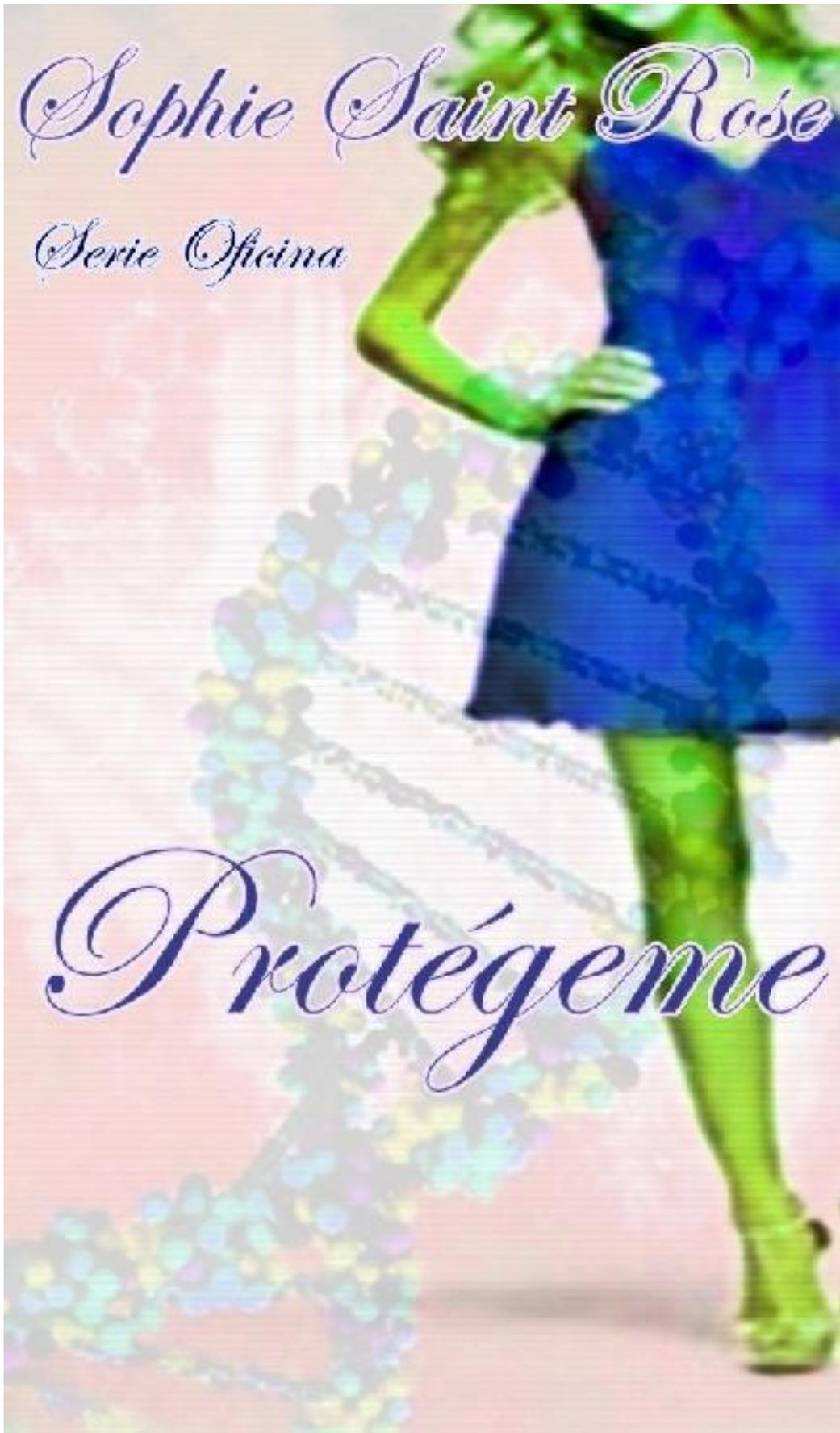


Sophie Saint Rose

Serie Oficina

Protégeme



Protégeme
Sophie Saint Rose

Laia hacía años que no tenía una relación con un hombre y en la despedida de soltera de su amiga Grace, se soltó un poco la melena. Bueno, igual no fue un poco porque las consecuencias de esa noche iban a cambiar su vida para siempre. Lo preocupante era que no recordaba muy bien lo que había ocurrido.

INDICE

INDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 1

Laia se llevó una mano a la cabeza sintiendo que le iba a explotar. Se giró en la cama y cuando la bilis le subió por la garganta, abrió los ojos de golpe levantándose de un salto y tropezando con uno de sus zapatos de tacón, se dio cuenta de que no estaba en su casa. Vio la puerta del baño abierta y corrió hacia el wáter para soltar hasta la primera papilla. Gimió apoyando el codo en la fría loza mirando a su alrededor con los ojos llenos de lágrimas del esfuerzo. ¿Dónde coño estaba? Sintióse peor que en toda su vida, vio los frasquitos de un hotel en la bañera. —Oh, Dios mío —susurró antes de vomitar apartando sus rizos pelirrojos.

Se pasó allí tirada tanto tiempo, que creyó seriamente que debía llamar a una ambulancia, pensando que se estaba muriendo en lugar de tener una resaca de aúpa. Nunca en su vida la bebida le había sentado peor y estaba claro que antes de volver a beber chupitos de vodka, se pegaba un tiro.

Consiguió ponerse de pie y desnuda llegó hasta la habitación cogiendo el vestido del suelo. Entonces vio el calzoncillo debajo. Se le paralizó el corazón, aunque era lógico que hubiera ido allí a echar un polvo, pues no estaba en su casa. —Laia, la has hecho buena.

Se sentó en la cama y pensó. Había salido con sus amigas del trabajo para la despedida de soltera de Grace y en la discoteca donde estaban, había bailado con varios. Negó con la cabeza porque no podía haberse ido con un desconocido, por muy borracha que estuviera. Ella no hacía esas cosas. Por Dios, si la última vez que se había acostado con un hombre había sido tres años antes y llevaba saliendo con él unas semanas. Que fuera un desastre en la cama, la decidió a dejarlo. Igual era por eso. Igual había querido probarle antes de iniciar algo con él. ¡Pero qué tonterías estaba pensando, si ni sabía su nombre! Se agachó apoyando los codos en las rodillas y frotándose la cara como si eso la ayudara a recordar. Entonces una cara le pasó por la cabeza. Un hombre moreno le sonreía ofreciéndole una copa. Llevaba una camisa blanca y le susurraba al oído que le encantaban las pelirrojas. Otra imagen de Grace y sus amigas en el baño, riendo mientras le decían que se lo iba a llevar a la cama, a la vez que ella reía asintiendo, casi la hizo vomitar de nuevo. Madre mía, las tonterías que se hacían bebida.

Resignada mirando los calzoncillos blancos de Calvin Klein, se dijo que al menos esperaba que hubiera pagado la habitación, porque aquel hotel no era precisamente barato. Se vistió con su ropa interior deseando salir de allí y se puso el vestido rosa. Los tacones le hacían daño en los talones y vio que tenía heridas. Ni se había dado cuenta. Asustada buscó su bolso y se arrodilló debajo de la cama para suspirar del alivio al verlo allí tirado. Estiró la mano cogiéndolo y lo abrió para comprobar que lo tuviera todo. Al menos los treinta pavos que le quedaban, seguían en su monedero.

Se mordió el labio inferior mirando los calzoncillos. No podía dejarlos allí. Cogió una bolsa del baño y los metió dentro para tirarlos a la basura. Salió de la habitación con ganas de tirarse por la ventana, que llegaba antes.

—No te preocupes —dijo Grace cogiendo su mano por encima de la mesa mirándola con pena con sus ojos azules—. Te irá bien.

—Claro que sí. —Sacó otro pañuelo de papel del bolso apartando su mano. — Embarazada, soltera y con un trabajo temporal. Me va a ir de miedo. —Se sonó la nariz dejándose la bien colorada mientras sus ojos verdes estaban cuajados en lágrimas. — Una noche. Una maldita noche y destrozo mi vida.

—No digas eso —dijo Milly preocupada—. Te ayudaremos en todo. Y tu trabajo no es temporal. Estás a prueba.

—Estoy allí porque me habéis enchufado, pero en cuanto se enteren de que estoy embarazada, me echarán a patadas.

—Tienes otra opción. —Milly miró de reojo a Grace con sus ojos castaños y vio aliviada que su amiga estaba de acuerdo mientras que Laia casi se echa a llorar de nuevo.

—¿Crees que no lo he pensado? Millones de veces desde ayer, pero no me siento capaz.

—Yo lo hice una vez —dijo Grace sorprendiéndolas mientras que se apartaba su cabello rubio tras la oreja.

—¿Lo hiciste?

—Sí, tenía diecisiete años. John lo sabe. Se lo dije hace un año y lo entendió. Fue un error.

—Pero eras muy joven. ¡Joder, yo soy una mujer adulta de veintiséis años! Debería saber lo que hago.

—Un error es un error. No puedes castigarte por ello y tomar una decisión que estará presente el resto de tu vida —replicó Milly.

Las miró fijamente y apretó los labios antes de decir —Yo no puedo hacerlo. Le siento parte de mí.

Sus amigas la miraron asombradas. —Pero si es minúsculo.

—Da igual. Desde el momento en que vi la prueba de embarazo, para mí es real.

Milly suspiró apoyando la espalda en el respaldo del asiento. —Es tu decisión. Pero ese cabrón ya podía haberse puesto la gomita.

Laia se sonrojó. —También fue culpa mía.

—Con lo sexy y experimentado que parecía —dijo Grace antes de beber de su café.

—¿Le recuerdas bien? Yo lo tengo borroso.

Sus amigas la miraron con la boca abierta antes de que Grace chillara y sacara su móvil a toda prisa. —¡Tengo fotos!

Impaciente cogió el móvil cuando su amiga se lo mostró. ¡Mierda de vida, era guapísimo! La cogía por la cintura mirando a la cámara y en otra foto la besaba en los labios mientras bailaban. ¡Menuda noche y no se acordaba de nada!

Gimió pasándole el teléfono a su amiga. —Tenía unos ojos grises que te cortaban el aliento. Guapísimo —añadió Milly—. No entiendo cómo no lo recuerdas. Ahí todavía estabas bien.

—Estaba fatal.

—Te las paso por WhatsApp. Y seguro que las otras tienen más. Me encargaré de recopilarlas para que se las enseñes a tu retoño en el futuro. Mira, este es papá.

—Muy graciosa.

—Pues deberías considerar buscarle —dijo Milly muy seria—. Tiene tanta responsabilidad como tú en esto y debe poner de su parte.

—No le voy a buscar —dijo abochornada—. Me muero de la vergüenza.

—Pues vete olvidándote de eso, porque cuando hay un hijo por el medio, la vergüenza no sirve de nada.

Las palabras de Milly la hicieron pensar cuando llegó a casa. Miró las fotos en su móvil de nuevo y suspiró grabándose sus rasgos en la memoria. Era muy guapo y tenía una sonrisa que la derretía. Era una pena que ninguna se acordara de su nombre.

—Señorita Clark, pase a mi despacho.

Laia miró de reojo a su amiga Milly sentada en la mesa de al lado, que la animó con la cabeza moviendo sus rizos castaños. Tomó aire entrando en el despacho y cerró la puerta tras su jefe. —¿Ocurre algo, señor Mathews?

—Hace cuatro meses que estás con nosotros y estamos muy contentos contigo —dijo el hombre quitándose la chaqueta de su anticuado traje de firma y colocándola en el perchero.

—Gracias, señor Mathews. Yo también estoy muy contenta con ustedes. —
Sonrió radiante aliviada porque había esquivado la bala.

—Pero ha llegado a mis oídos que está en estado.

Pues no. No la había esquivado.

—No afectará en nada a mi trabajo, se lo prometo.

—Más le vale. Porque como no cumpla con su trabajo, será despedida en el acto.
—Muy serio se sentó entrelazando sus dedos sobre la mesa y fulminándole con sus ojos verdes. —No estoy de acuerdo con que alguien en estado ocupe su puesto. Ya me ha pasado en otras dos ocasiones y es frustrante. O tienen médicos o tienen clase de preparación al parto o mil excusas para no cumplir con el trabajo. Puesto que está usted aquí, lo pasaré por alto de momento, pero queda advertida.

Viejo neandertal. No la despedía en el acto porque no tenía motivos y podía denunciarle porque ya no estaba a prueba, pero aun así sonrió. —No debe preocuparse. Cumpliré con mi trabajo y la baja maternal saldrá de mis vacaciones.

Eso pareció gustarle, porque el cerdo de su jefe sonrió. —Bien. Puede volver a su trabajo.

Reprimiendo las ganas que tenía de dar un portazo, cerró suavemente y Milly que estaba al teléfono la observó ir hasta su mesa. Pudo calmarse mientras su amiga concertaba una cita para su jefe. El socio del señor Mathews. Cuando colgó la miró interrogante.

—Me ha dado un aviso.

—Para echarte si no cumples, ¿verdad?

—Sí. —Cogió su bolso y sacó su móvil para cancelar la cita de la doctora Smithson. —Al menos me da una oportunidad.

—Cerdo seboso —siseó su amiga mirando la pantalla de su ordenador—. A Jane la echó cuando fue la segunda vez al tocólogo con la excusa de que no atendía su trabajo. Y todo porque se le olvidó concertarle unas citas. Me gustaría saber cómo trata a sus hijas que paren como conejas.

—Shusss, te puede oír.

—Es injusto.

—Sí, pero ahora no me puedo poner gallita. ¿No crees?

—Como pille al moreno, se caga.

Laia reprimió la risa porque Milly siempre decía lo mismo respecto al padre de su hijo. Como no sabían el nombre le llamaban el moreno y suponía que le llamarían así de por vida.

Salía de una comida de negocios con su jefe, cuando distraída antes de subir al taxi que la llevaría a la oficina, miró a su alrededor con la mano en la puerta mientras su jefe se subía sin ninguna educación. Un hombre en la acera de enfrente le llamó la atención y frunció el ceño observándole. Iba vestido con un abrigo azul y llevaba un maletín en la mano. Se le cortó el aliento cuando al girar la cara vio a su moreno justo antes de que se detuviera esperando a que el semáforo se pusiera en verde para poder cruzar el paso de peatones.

—¡Señorita Clark! ¿Quiere subir de una vez?

Indecisa dio un paso hacia el coche antes de salir corriendo, dejando a su jefe con la boca abierta. Sin fijarse al cruzar, esquivó los coches que pitaron a su paso frenando en seco. Cuando llegó a la otra acera, corrió hasta la intersección buscándole frenética corriendo a toda prisa. Tuvo que detenerse en el paso de peatones y gritó de frustración haciendo que se sobresaltara la mujer que tenía al lado que murmuró —Esta ciudad cada vez tiene más chiflados.

Ignorándola salió corriendo cuando se puso en verde y corrió por la calle mirando a todos los hombres con los que se cruzaba. Después de cruzar tres pasos de peatones se dio por vencida girándose una y otra vez mirando a su alrededor mientras la gente pasaba a su lado sin darse cuenta de la decepción que la recorría. Se mordió el labio inferior acercándose a la calzada para levantar un brazo y detener un taxi.

Como suponía su jefe se puso hecho una furia, aunque llegó cinco minutos después que él.

—¡Es intolerable! ¡Salió corriendo como una loca con el bolso en la mano! ¡Podrían haberla atropellado!

—Puesto que estábamos en la hora de comer y he llegado cinco minutos antes de mi hora de siempre, no sé a qué viene tanto aspaviento —dijo molesta. Estaba cabreadísima porque su moreno se le hubiera escapado y ahora encima esto.

—¡Puesto que estaba conmigo, merezco alguna explicación!

—¡Mi vida es mía y no tengo que darle explicaciones a nadie! Ahora si no le importa, me voy a trabajar.

—¡Vuelva aquí! —gritó el viejo al borde de la apoplejía por su descaro.

Se volvió con la mano en el picaporte. —¿Sí, señor? ¿Desea algo?

Su jefe apretó el puño sobre la mesa, pero Laia sabía que no podía despedirla por eso. No había hecho nada malo.

—Traiga un café.

—Sí, enseguida.

Milly apretó los labios cuando salió. —Menudo cabreo tenía cuando llegó. Dijo que te habías vuelto loca.

—Le he visto. —Fue hasta la cafetera y cogió la jarra con la mano temblorosa.

—¿A quién? —Al mirar sus ojos jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Al moreno?

—Estaba en la acera de enfrente. —Cerró los ojos impotente dejando la jarra de nuevo.

—Por eso saliste corriendo. —Preocupada se acercó a ella y la cogió del brazo. —¿Estás segura de que era él?

—Sí, era él. Mierda...

—Llévale el café. Hablaremos al salir. Ya sabes cómo se pone si le haces esperar.

Asintió llenando la taza de su jefe y fue hasta su despacho. Afortunadamente su jefe estaba hablando por su móvil, aunque se encargó de mirarla mal antes de salir. Estaba claro que a partir de ahora la tendría entre ceja y ceja.

Sus amigas la interrogaron al salir y sentadas en el sofá de su apartamento en Little Italy se miraron las unas a las otras.

—Menuda mala suerte —dijo Grace—. Está claro que es escurridizo.

—Y ahora me he puesto al señor Mathews en contra. Me va a hacer la vida imposible hasta que me eche.

—No estaba muy contento al salir. La miró de una manera... —Milly le cogió la mano preocupada. —Te va a terminar echando, cielo. Deberías buscar otro trabajo.

—¿Y quién me va a contratar ahora?

—Todavía no se te nota demasiado —añadió Grace.

Levantó una ceja irónica. —Pero esto crece y tendré el mismo problema que con Mathews. Tengo que ahorrar todo lo posible y no puedo quedarme sin seguro médico.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo Milly decidida—. Soportarás a ese cerdo hasta que des a luz y durante tu baja buscarás otra cosa.

—Eso si no la echa antes.

—No la puede echar si mantiene la boca cerrada y trabaja como una mula. Puede que después se le pase. Aunque ahora no esté contento con ella, puede cambiar de opinión... —Las caras de incredulidad de sus amigas la cabrearon. —¿Si te echa sin motivo, puedes llevarle al juzgado! El objetivo es no darle un motivo.

Nerviosa se levantó del sofá y paseó ante ellas. —Puedo hacerlo. Tragaré con todo hasta dar a luz poniendo buena cara. Seré la mejor secretaria que haya tenido nunca y no podrá echarme.

—Y si te echa, le denuncias y fuera.

—Claro, como me sobra el dinero. ¡Milly los abogados son carísimos!

—De eso se aprovecha —dijo Grace indignada—. Por eso tienes que sonreír mucho y darle la razón en todo. Puede que hoy se haya enfadado contigo, pero tampoco ha sido para tanto.

—Lo que pasa es que es un metomentodo y quería saber qué había ocurrido —apostilló Milly—. Y como ella ha protegido su intimidad, se ha ofendido. Tendrá cara.

—¿Y si se lo cuento? —Las dos la miraron y dejó caer los hombros. —¿Sería arrastrarme demasiado?

—Es que sería interesante la cara que iba a poner ese asqueroso puritano al decirle, pues mire Señor Mathews me acosté con un hombre en un hotel del que no sé ni el nombre y le vi en la calle. Por supuesto corrí tras él para reclamarle la pensión de manutención del niño. ¿Estás loca? —gritó Milly levantándose.

Hizo una mueca. —Sí, con lo puritano y machista que es, no lo digeriría bien.

—¡Entonces sí que te echa!

—Esperar... —Grace sonrió. —¿Y si le dices que viste a tu novio con otra? Que indignada le seguiste, pero les perdiste de vista. De ahí tu disgusto.

Las tres se miraron y se echaron a reír. —Es perfecto. La soltera embarazada engañada por su novio. Sentirá pena por Laia —dijo Milly—. Grace, eres maléfica.

—Gracias. —Se apartó su melena rubia del hombro sonriendo de oreja a oreja.

Milly la miró. —Échale una lagrimita al drama y el viejo tragará. No podrá echarte de momento porque se sentirá un miserable.

—Hecho. No me da ninguna pena mentirle cuando él está pensando echarme desde que se enteró de que estoy preñada.

—Por supuesto, estaría bueno —dijo Grace indignada—. Suéltale trolas como puños, si hace falta.

Y lo hizo. En cuando llegó al día siguiente fue hasta su despacho y le preguntó si podía hablar con él en privado. El hombre mirándola con desconfianza le dijo que se sentara.

—Usted dirá.

—Quería disculparme por mi comportamiento de ayer. Fue muy poco profesional y me disculpo por ello, pero es que... —Vio que su jefe entrecerraba sus ojos totalmente pendiente de sus palabras.

—Continúe, señorita Clark.

—No quiero aburrirle con los detalles —dijo pellizcándose el muslo disimuladamente para intentar llorar, pero joder, las lágrimas no salían—. Pero vi al otro lado de la calle a mi novio con otra mujer y... lo siento mucho.

—Corrió para sorprenderle, ¿verdad?

—Últimamente me ha dejado de lado, ¿se lo puede creer? Justo en este momento. Así que cuando le vi al otro lado de la calle con otra mujer, no lo pensé. Algo nada profesional, lo siento mucho. Y lo que ocurrió después también. Estaba alterada y lo pagué con usted, que ha sido tan amable conmigo.

El hombre entrecerró los ojos. —No tiene por qué disculparse —dijo sorprendiéndola—. Es una situación totalmente comprensible dadas las circunstancias. Menudo sinvergüenza. Supongo que habrá dejado las cosas muy claritas ayer noche.

—Ni me coge el teléfono —dijo muy nerviosa—. Así que imagínese. Ni he dormido pensando en que ahora tendré que cuidar a mi hijo sola.

—¡No puede consentirlo! Por eso hay que casarse antes de tener hijos. ¡Para que ya no se echen atrás! ¡Esta juventud siempre quiere correr demasiado! ¡Ya no hay valores!

—Tiene toda la razón. Pero ahora no puedo evitar lo que está ocurriendo y tendré que superar las adversidades —dijo dramáticamente.

—Por supuesto. ¡Eso haría una mujer como Dios manda! Me alegro mucho de que me lo haya contado y si necesita asesoramiento legal para emplumar al padre de su hijo, no dude en consultarme.

—Gracias, es usted muy comprensivo.

Su jefe sonrió dulcemente como si mirara a su nieta. —Vuelva al trabajo y no se preocupe. Todo tiene solución.

—Gracias de nuevo.

Al salir cerró la puerta y sonrió levantando los pulgares. Milly soltó una risita. —¿Se lo ha tragado?

—Todo. Hasta se le ha pasado el cabreo y me ha ofrecido asesoramiento legal —dijo asombrada

—¡Hala! ¿Te has pasado?

—¡Qué va! Podría haber dramatizado más, pero ha sido muy amable. Me ha sorprendido. —Se sentó en su sitio y cogió las cartas para clasificarlas.

—Esperemos que siga así.

Capítulo 2

—Señorita Clark, ¿ha concertado ya esas citas?

La voz de su jefe por el intercomunicador la sobresaltó porque estaba comiendo un yogurt. Tragó a toda prisa escondiéndolo y pulsó el botón. —Sí, señor Mathews. Recuerde que tiene una cita en Lewis and Bronson en una hora.

—Puede traerme el correo.

A la mierda el yogurt. —Sí, señor Mathews.

Le gruñeron las tripas y haciendo una mueca cogió las cartas acariciándose el vientre por encima de su vestido rosa premamá. —Espera, cielito. Solo son diez minutos.

Entró en el despacho sonriendo y él sonrió agradablemente al verla. —Ya queda poco.

—Sí. Hoy salgo de cuentas. Pero no debe preocuparse, lo he preparado todo para cuando esté ausente y...

—Estoy seguro de que así será.

Laia sonrió. Era increíble lo que su mentira había logrado. Ahora se comportaba con ella con una delicadeza propia de un abuelo que estaba esperando su primer nieto.

—¿Sabemos algo de ese sinvergüenza?

—Ha huido del país.

—Debería haberme dejado que le demandara.

—No creía que pudiera pasar —dijo acariciando su vientre—. ¿Quién se iba a imaginar que se iría del país? —Aparentando asombro le entregó la correspondencia. — La primera carta es la única que no puedo contestar yo. Si me indica...

Su jefe gruñó antes de coger la primera carta comentando distraído —Si vuelve, avísame. Le meteremos un paquete que se va a cagar.

Laia reprimió una risita porque él nunca hablaba así, lo que demostraba que a su moreno le tenía unas ganas... —Gracias, señor.

—Oh, esta es una carta de un antiguo cliente...

—He mirado en los archivos y el bufete llevó el divorcio del señor Wagner hace diez años. Al parecer se quiere casar de nuevo y necesita uno de esos contratos prematrimoniales.

—Sí... —Apretó los labios disgustado. —No me gustan este tipo de cosas. Los matrimonios actuales no tienen confianza en su pareja y por eso pasa lo que pasa.

—Tiene toda la razón. Ya no hay amor del bueno.

Su jefe sonrió. —Sí que lo hay, pero no debe confiar del primero que pase. Luego ocurre eso. —Señaló su barriga con el bolígrafo de oro. —Pero al menos usted tiene dos dedos de frente y trabaja duro para sacarle adelante. He comentado su caso con mi esposa y nos sentimos orgullosos de que no haya tomado el camino fácil.

—Por mi niña lo que haga falta.

—Dígale a Wagner que estoy a punto de jubilarme y que no puedo hacerme cargo de esto.

Se le cortó el aliento. —¿A punto de jubilarse?

—No se preocupe. Mi hijo se hará cargo de mi parte del bufete y cuando regrese de la baja por maternidad, él estará al mando. Le he hablado de usted y no tiene inconveniente en que trabaje a su cargo. Su secretaria prefiere quedarse en el bufete donde está ahora.

—¿Su hijo?

Él sonrió con dulzura. —Parece que me echará de menos. Sé que soy un poco anticuado en ciertas cosas, pero es que creo firmemente en el matrimonio. Por eso al principio me molesté un poco por su situación. Usted ha tenido mala suerte, eso es todo, ahora lo comprendo. Dio con un mal hombre, pero seguro que en el futuro todo irá bien.

Si él lo decía... Bueno, al menos tenía trabajo. Algo era algo.

—Siento que no siga en su puesto —dijo realmente decepcionada—. Me había habituado a su manera de trabajar.

—Se llevará bien con David. Es duro en su trabajo, pero usted ha demostrado ser eficiente. Se complementarán. Además, vendré por aquí de vez en cuando. Nos seguiremos viendo.

Laia sonrió. —Me alegro.

—Ahora váyase a comer. Le suenan las tripas.

Se echó a reír porque se había dado cuenta. —Volveré enseguida.

—Tómese su tiempo. Esa niña tiene que alimentarse.

Cuando salió Milly ya tenía su bolso en una mano y el yogurt en la otra. —Grace ya estará pidiendo la comida —dijo divertida.

—Uff, menos mal —Cogió el yogurt lo primero haciendo reír a su amiga y comiéndolo fue hacia el ascensor. Se metió en él con su amiga detrás y pulsó el botón del bajo. —Me muero de hambre —dijo con la boca llena mientras se cerraban las

puertas. Con la cucharilla de plástico en la mano, vio pasar a un moreno y se atragantó salpicando la puerta de acero.

—¡Laia! ¡Qué guarrada!

Nerviosa se tiró a los botones. —¿Qué haces? ¿Estás loca? Se parará en todos los sitios.

—¡El moreno! —Milly la miró sin comprender. —¡He visto al moreno!

Su amiga salió del ascensor en cuanto se abrió en la planta de abajo y Laia corrió tras ella hacia la escalera. Al mirar los escalones gimió cogiendo la barandilla metálica y empezando a subir, mientras su amiga ya estaba a mitad de camino con una cara de decisión que no podía con ella.

Laia llegó a la puerta y tiró de la manilla tomando aire mientras se sujetaba su barriga de nueve meses. Cuando llegó, buscó a su amiga, pero no estaba en el hall. Siguió la dirección del moreno, que era la misma que la del despacho del jefe. Siguió el pasillo hasta la puerta de caoba que estaba siempre abierta donde ponía los nombres de los asociados y al pasar vio a su amiga espiando a través de una ranura del despacho del señor Mathews.

—¿Qué haces?

Se volvió mirándola con los ojos como platos. —Vámonos —susurró acercándose a ella y cogiéndola por el brazo—. Ya.

Asombrada vio como tiraba de ella. —¿Qué ocurre? ¿Está ahí dentro?

—Oh, sí. Está ahí dentro.

—Pues entonces... —Sintió que su corazón se aceleraba. —Tengo que hablar con él.

—Ya lo harás. —Le hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Otro día.

—¿Estás loca? Me dijiste que...

—Olvida lo que te he dicho. ¿Qué sabré yo? —Casi la metió en el ascensor de nuevo a empujones.

—¡No! ¡No quiero perderle otra vez! La niña va a nacer y tiene que hacerse cargo. ¡Todos me lo habéis dicho!

Milly pulsó el botón del bajo pálida como si hubiera visto un fantasma. —Ya decía yo que me sonaba.

—¿Quién?

—¡El moreno! ¡Ya le había visto antes de ese día en la discoteca!

—No me lo dijiste. ¿Y de qué te suena?

—¡Cielo, es el hijo de tu jefe! —Milly sonrió de oreja a oreja apretando el puño ante su nariz. —¡Le tenemos agarrado por las pelotas!

—Ay, madre. Tiene que ser una broma. ¿Va a ser mi nuevo jefe?

—¿El señor Mathews al fin se jubila? Lleva diciéndolo desde hace dos años.

—¡Pues me acaba de decir que su hijo David se hará cargo! ¡Genial, me acabo de quedar sin abogado y encima sin trabajo!

—Calma. Tenemos que trazar un plan. —Su amiga entrecerró los ojos maquinando. —¿No tienes ganas de parir ahora?

—¡No!

—Vamos a caminar. Eso animará a la niña a salir cuanto antes. Le enseñaremos los escaparates.

—¡Deja de decir disparates!

—¡Si subes ahora, sí que te quedarás sin trabajo! ¡Mathews te echará a patadas y ya no tendrás abogado que te asista! —La cogió sacándola del ascensor. —Pero si esperas a tener a la niña y que Mathews se jubile, no podrá echarte. Imagínate el escándalo. Te echa cuando se entera de que ha tenido un hijo contigo. Se lo comerían vivo.

—¿Y por qué no puedo hacerlo ahora?

—¡Porque ahora es el hijo de tu jefe al que yo conocía! Pensarán que le tendiste una trampa y de momento solo está relacionado con el bufete porque su padre lo dirige. ¿Lo pillas? Puede que retrasen la jubilación de Mathews para que no salpique al bufete la demanda de paternidad, pero si ya está trabajando en el bufete...

—De esa manera es más potente para la prensa.

—Exacto. ¡Así que a parir! ¡No puedes volver hasta después del parto!

En el restaurante ambas la miraban con los ojos como platos. —¡Qué no! ¡Qué no pasa nada! —Se metió un puñado de patatas en la boca.

—Da igual —dijo Grace—. Puedes ir al hospital y decir que has sentido molestias. Es jueves. Seguro que das a luz antes del lunes. ¡Es perfecto! No tendrás que volver. Mañana le diremos a Mathews que te han recomendado reposo en urgencias.

—¿Tengo que ir sola? —preguntó apenada—. No quiero parir sola. Tendría que llamar a mi madre.

—¡Sí! —contestaron las dos a la vez—. ¡Te lo hemos dicho mil veces!

Masticó pensando en ello. Si le decía a su madre que estaba embarazada y a punto de parir, cogería el primer avión desde Michigan. Cuando hablaban por teléfono decía que todo iba bien y preguntaba por su familia porque no quería preocuparla. En Navidad cinco meses atrás, pudo disimular por los gruesos jerséis y los abrigos, pero ahora eso ya no se disimulaba. Ya no podía ocultarlo más y además no quería, porque la necesitaba allí.

—Sí, voy a llamarla. La llamaré desde la sala de espera. —Sus amigas la observaron morder la hamburguesa y dijo con la boca llena —Se lo tomará bien. —Ambas la miraron sin creerse una palabra. —Bueno, se enfadará un poco, pero se le pasará cuando vea la carita de su nieta. La llamaré como ella. Eso la ablandará.

—¿Vas a llamar a tu hija Guillermina? —preguntó Milly incrédula.

—¡La llaman Mina!

—¡Tienes que estar de broma! —exclamó Grace sobresaltándola—. ¡Me dijiste que la llamarías Alexandra!

—Seguro que se le pasa, aunque la llame Alexandra.

—Sí, tu hija te lo agradecerá —dijo Milly exasperada.

—Es una situación muy estresante, ¿vale? Yo llevo una carga enorme mintiendo a todo el mundo. ¡Miento a mi familia, a mi jefe, el otro día incluso mentí al portero diciéndole que mi marido llegaría en breve de Irak!

—¿Por qué demonios hiciste eso? —Grace la miraba con la boca abierta.

—¡No lo entenderías! Me daba rabia que siempre me miraran con cara de pena cuando decía que lo tendría sola y solté lo primero que se me ocurrió. Para el portero el padre de la niña lleva nueve meses en la guerra.

—¿Tenemos tropas en Irak? —preguntó Milly con el ceño fruncido—. ¿No las iban a retirar hace años?

—Este sigue ayudando al ejército iraquí. Y se va a quedar allí para rato.

—Estás fatal —dijo Grace mirando sus ojos verdes.

—Claro, como no tienes que soportar las mismas preguntas siempre. En tu boda me dieron la paliza todos nuestros conocidos. Te juro que si hubiera podido beber, me hubiera cogido otro pedo que hiciera época.

—Ya tuviste uno que hizo época. —Milly reprimió la risa.

—Mira quién fue a hablar. La monja del grupo.

Grace se echó a reír a carcajadas. —Ahora la llaman bragas sueltas.

—No tiene gracia. Se me rompió la goma.

—¡Y se le cayeron en medio de la fiesta!

Gimió porque se lo había perdido. A partir de ahora se lo iba a perder todo. Una patada en la barriga la hizo sonreír pensando que tendría otras cosas. Cosas mucho mejores.

Capítulo 3

Sentada en la sala de espera se puso el teléfono al oído muy nerviosa.

—¡Hija, qué sorpresa!

Su madre estaba contenta. Eso era buena señal.

—¿Cómo estás, mamá?

—Muy bien. ¿No deberías estar trabajando?

—Pues esto... —Joder, aquello era más duro de lo que pensaba.

—¿No estarás enferma?

—No, mamá. Estoy muy bien.

La que estaba sentada a su lado frunció el ceño y puso la oreja para escuchar descaradamente. —Bueno, ¿recuerdas que en Navidades dijiste que estaba mucho más mona porque había engordado unos kilitos?

—¡Estás como una foca! ¡Ya sabía yo que en Nueva York no comerías bien! ¡Tanta comida rápida y tantas prisas para todo!

—¡No estoy como una foca!

Su vecina miró su vientre e hizo una mueca. Laia apartó el teléfono. —Oiga, ¿no tiene algo que hacer?

—Hasta que no me llamen, no.

Frustrada intentó girarse, pero la anciana que tenía al lado también estaba pendiente.

—Hija, ¿dónde estás? ¿Ese es el sonido de una ambulancia?

—Es Nueva York, mamá. Hay sonidos por todos los lados.

—Ah.

—¿Quieres venir a conocerlo?

—Deja, deja. Tanto ruido y tanta gente...

—Pues tienes que venir —dijo de los nervios.

—Vale, iré cuando me den las vacaciones. Hija, ¿seguro que estás bien?

Suspiró pasándose una mano por la frente. —No, mamá. Tienes que coger el primer vuelo.

—¡Te ha pasado algo! ¿Qué es?

—La niña va a nacer.

—¿La niña? ¿Qué niña? —Su madre jadeó. —¿Grace está embarazada? ¡Su madre no me ha dicho nada! Si se ha casado hace poco, ¿no es cierto?

—No, mamá. No es Grace la que está embarazada.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y Laia escuchó como caía algo al suelo y parecía de cristal. —¿Mamá? —preguntó asustada—. Mamá, ¿qué ocurre?

—Laia Mary Rose Clark —siseó su madre—. ¡Te voy a matar!

Sonrió aliviada. —Estás bien.

—¿Estoy bien? ¡Me acabo de enterar de que voy a ser abuela! ¡Soy muy joven para ser abuela!

Su madre y su obsesión por los años. —A todas las madres les hace ilusión.

—¡Al menos seré una abuela joven!

—Mamá, ¿vas a venir o no?

—¡Claro que voy a ir! Espero que el padre sea alguien que me guste, porque sino... ¡Ni me has dado la oportunidad de darle un repaso!

Ni la iba a tener.

—Te lo explico cuando llegues.

—¡Laia! ¿Me estás diciendo que no hay hombre al que dar el repaso? —gritó a los cuatro vientos.

—¡Mamá, no quiero decirte por teléfono que fue una noche loca! ¡Esas cosas se dicen a la cara!

—Espérame ahí. Que enseguida llego —dijo amenazante como cuando hacía alguna travesura. Laia siempre salía corriendo, pero en esa ocasión a su madre se le pasaría antes de llegar.

—Muy bien mamá. Te quiero.

Que le colgara el teléfono en ese momento indicaba que estaba furiosa. Menos mal que no estaba cerca para darle una azotaina.

Preocupada metió el móvil en el bolso que tenía encima de las rodillas. —Se le pasará.

—Claro que sí, hija —dijo la anciana—. En cuanto te pegue cuatro gritos se quedará a gusto.

—¿Señorita Clark?

Laia miró a la enfermera y se levantó de la silla en el acto. La mujer de color miró su vientre sonriendo. —Así que ha tenido molestias. ¿Cada cuánto?

—En realidad no sé si son gases. He venido para prevenir. —Y para no ver a su jefe. Entonces se detuvo en seco. ¡El señor Mathews era el abuelo de la niña! ¡Madre mía, qué lío!

Tumbada en la camilla miraba el techo aburridísima. Le habían puesto unos parches en la barriga y el sonido de la máquina que tenía al lado era muy irritante. Llevaba allí dos horas y se preguntó si la doctora se había olvidado de ella. Cuando la puerta se abrió y entró sonriendo de oreja a oreja le preguntó —¿Todo va bien? ¿Puedo irme a casa?

—Uy, uy, uy —dijo la mujer que debía tener la edad de su madre mirando el gráfico—. Estamos a punto.

—¿A punto de qué?

La doctora la miró como si fuera tonta y Laia se sonrojó. —¿Cómo que estamos a punto? —Exaltada se sentó en la camilla. —¡Mi madre no ha llegado!

—Tumbese.

—¿Tengo contracciones? Porque yo no siento nada. ¿Está segura? Quiero una segunda opinión.

—La veo algo nerviosa.

—¿Nerviosa? ¡Se supone que no tendría que salir hoy! ¡Haga algo! ¡Mi madre no ha llegado y mis amigas no saben nada! ¡Era todo mentira!

—No entiendo nada de lo que dice. —Amablemente la cogió del hombro para empujarla ligeramente y que se tumbara, pero Laia se resistió. —Debe calmarse.

—Escuche. Alexandra no puede salir hasta que llegue mi madre. ¡No me perdonaría no estar en el parto! Me lo recordaría el resto de sus días, ¿entiende?

—Sí, las madres somos así. ¿Quiere que avise al padre?

—Si le encuentra. ¡Porque no tengo ni idea de dónde está!

—Entiendo.

—¡Pues entiende más que yo! ¡Una noche, una maldita noche y me pasa esto! —Se señaló la barriga con los ojos como platos. —Y encima el padre resulta que es el hijo de mi jefe. ¿Se puede tener peor suerte?

—Sí, puede estar casado. ¿Está casado?

Laia palideció con cara de asombro y susurró —No lo sé.

—Pues cuando lo averigüe, vuelve y me lo cuenta. Me he quedado con la intriga. —Fulminó a la mujer con la mirada. —La pasaré a las habitaciones de maternidad.

—Sí, será lo mejor. ¡A ver si allí hay alguien que me comprenda!

Cuando la llevaron a una habitación donde había una mujer en la otra cama rodeada de su familia que estaban locos de contentos, se deprimió aún más. No tenía ni idea de dónde tenía su teléfono y cuando la silla de ruedas fue colocada al lado de la cama se volvió sobre su hombro para preguntar al auxiliar. —¿Dónde están mis cosas?

El hombre levantó una bolsa que colgaba del manillar. —Por favor, no use el teléfono móvil pues interfiere con los aparatos.

Miró al joven con los ojos como platos. —¡Tengo que avisar a mis amigas!

—Pues rapidito.

Exasperada se levantó y le arrebató la bolsa de la mano. —Muchas gracias.

—De nada —le soltó con ironía sacando la silla de ruedas de la habitación.

Avergonzada vio que toda la familia se había vuelto para mirarla y forzó una sonrisa. —Hola.

Sujetándose la barriga se sentó en la cama y la chica que estaba tumbada en la cama de en frente sonrió. —¿Cada cuánto las tienes?

—No siento nada.

—¿De veras? Qué suerte tienes.

Al parecer tenía que conversar. Se acarició la barriga asintiendo y rebuscó en la bolsa su móvil mientras los demás la miraban.

—¿Has llamado a tu marido? —preguntó el joven que le cogía de la mano con una sonrisa de oreja a oreja. Laia le miró antes de mirar a las cuatro personas mayores que estaban al otro lado de la cama sin perderla de vista y a una adolescente que sentada en una silla de manera desgarbada leía un libro como si todo aquello no fuera con ella.

Volvió a mirar al joven que parecía muy ilusionado y susurró —Pues le avisaría si supiera dónde está.

El chico perdió la sonrisa poco a poco. —Ah...

—Exacto, ah. Ahora si me disculpan. —Se levantó cogiendo la cortina y cerró rodeando la cama para no verles.

—Está sola —susurró una de las mujeres como si no estuviera en la misma habitación.

—¡Sí! —gritó a la cortina empezando a ponerse de los nervios—. Estoy sola. ¿Qué pasa?

Al otro lado no contestó nadie y con los ojos entrecerrados se sentó de nuevo en su cama sacando el móvil. Decidió llamar a Milly pues ya eran más de las cinco, pero al ver un mensaje de WhatsApp de ella, lo abrió a toda prisa. “Todo perfecto. Te llamo mañana y te cuento cómo ha ido mi cita”

Se mordió el labio inferior porque no recordaba que Bruce de contabilidad al fin le había pedido salir. Llevaba esperando esa cita meses y tampoco quería fastidiarla con un parto inesperado. Entonces recordó que Grace también tenía planes con sus suegros que cumplían cuarenta años de casados y todos iban a celebrarlo a un restaurante de lujo. Su madre estaría de camino y no le cogería el teléfono. Escuchó a los de la cama de en frente murmurar y se sintió muy sola. Realmente sola. Una patada de su hija le dijo que no iba a estar sola nunca más, pero aun así era duro no poder compartir ese momento con nadie.

Se tumbó sobre la cama y suspiró antes de sobresaltarse sentándose de golpe por un grito que escuchó en la habitación de al lado. Con los ojos como platos escuchaba que gritaban “Empuja” y si antes estaba de los nervios, ahora estaba mucho peor. Mierda. Preocupada escuchó como la mujer volvía a gritar antes de oír el llanto del bebé. Sonrió más tranquila. No era para tanto. Eso la decidió. Hasta ese momento pensaba que debían ponerle la epidural, pero ya que su vecina había sufrido tan poco, mejor era no ponérsela porque una compañera del trabajo le había dicho que era mejor hacerlo a pelo.

Hizo una mueca. —Puedes soportar algo de dolor. Nunca ha sido una quejica.

—¡Me cago en la puta! —gritó sujetándose el vientre con las dos manos con la cara roja como un tomate—. ¡Cómo duele esto!

La doctora la miró entre las piernas. —Todavía queda.

—¿Cómo que todavía queda? —La fulminó con la mirada sudando a mares provocando que sus rizos pelirrojos se pegaran en su frente. —¡Drógueme, joder!

—Ahora es tarde para eso. Querías un parto natural.

—¡Esto es horrible!

—Pues se ha hecho así durante miles de años. —Divertida salió cerrando la cortina de nuevo. —Vamos a ver cómo vas tú, Sheila.

—Muy bien, no me duele nada —dijo la repipi de su vecina de enfrente.

—Lo estás haciendo muy bien, mi amor.

Laia lo repitió en voz baja con burla. No les soportaba. Eran lo más empalagoso que había en el universo. Otra contracción la recorrió olvidándose de ellos y Laia no era de reprimirse. El grito se escuchó en toda la planta de maternidad.

—Nos va a dejar sordos —dijo indignada una de las mujeres.

Porque no podía levantarse en ese momento, pensó jadeando, porque si la pillaba, le tiraba de los pelos.

—Las hay algo exageradas. Yo he pasado por eso y no es para tanto. Cinco veces.

—¡Oigan! ¡Qué las oigo perfectamente!

—¡Mejor! A ver si así cierras un poco la boca, bonita.

Asombrada miró la cortina azul que tenía delante. Aquello era el colmo.

—Disculpen, pero su hija tiene la epidural mientras que Laia no tiene ninguna droga en el organismo. Deben comprender que a ella le duele mucho más y no todos los partos duelen de la misma manera. Les agradecería que se abstuvieran de hacer esos comentarios, porque mi paciente debe estar lo más relajada posible. Si no pueden contenerse, les agradecería que abandonaran la habitación.

—Mamá, cállate —dijo la repipi a toda prisa.

Las palabras de la doctora la emocionaron sin saber por qué y se tapó los ojos con la mano deseando que su madre estuviera allí. Se iban a enterar esos pijos de lo que era bueno.

La cortina se volvió a abrir y ella apartó la mano para ver a la doctora que se acercaba sonriendo. Parpadeó reprimiendo las lágrimas y sonrió cuando le puso un vaso de hielo en la mano. —Gracias.

—Volveré en unos minutos. —Miró de nuevo la máquina que la monitorizaba y asintió saliendo.

Ella miró hacia la máquina que controlaba el latido del corazón de la niña antes de meterse algo de hielo en la boca justo en el momento de que la recorriera otra contracción. Intentó reprimirse, pero fue imposible. La presión que sentía cada vez era mayor e incorporó más la cama para estar cómoda, pero nada. Aquello iba a peor. Jadeando apoyó la cabeza en las almohadas. Dudó en si llamar a la doctora porque habían pasado solo cinco minutos como mucho, pero sintió unas ganas de empujar de repente que no se pudo reprimir, así que doblando las rodillas y apretándose el vientre desesperada lo hizo gritando con fuerza. Cuando sintió algo saliendo de ella, apartó la bata mirándose entre las piernas para ver la cabeza de su hija y asustada volvió a empujar gritando desgarrada.

—Por Dios, qué exagerada —dijo la vecina antes de abrir su cortina y quedarse con los ojos como platos.

Laia estaba jadeando y siseó entrecortadamente —¿Puede llamar al médico?

La mujer asintió antes de salir corriendo justo cuando sintió otra contracción y cogiéndose de las rodillas empujó todo lo que pudo. El llanto de su hija la maravilló y cogiéndola por el torso, empujó de nuevo expulsándola al exterior. Fascinada se la colocó en el pecho mientras la rodeaba un montón de gente, pero Laia solo podía mirar a Alexandra. Sonrió porque era pelirroja.

—Laia, déjame a la niña —dijo la doctora sonriendo—. Tengo que reconocerla.

—¿Está bien?

—Solo será un momento. Te la devolvemos enseguida.

En cuanto se la cogió, ella miró a los que estaban enfrente y levantó ambas cejas. —Supera eso, guapa. ¡Ja!

Estaba dormida y el llanto de su hija la sobresaltó. Miró la cunita de plástico transparente que tenía al lado y dolorida se sentó en la cama para cogerla en brazos.

—Mi bonita... —Le acarició la mejilla con el dorso del índice y se apartó la bata para que se le enganchara al pezón como la enfermera le había enseñado unas horas antes. Era una glotona y sonrió al verla comer con ganas.

Se abrió la puerta y sorprendida volvió la cabeza para ver a su madre entrando en la habitación con cara de no haber pegado ojo en toda la noche. Sus rizos pelirrojos cortados a la altura de la barbilla estaban algo despeinados y su ropa estaba arrugada del viaje. Su madre las miró a las dos y de repente se echó a llorar acercándose. —¡Mi niña!

Laia no pudo evitar echarse a llorar y cuando su madre las abrazó, dejó que la cubriera de besos. Mina Clark miró a su nieta y la besó en la frente. —Hija, es igualita a ti cuando eras pequeña.

—¿De verdad?

—Preciosa. —Su madre apretó los labios mirándola con sus mismos ojos verdes llenos de lágrimas. —La historia se repite.

—Mamá, no es lo mismo. Papá murió en un accidente un año después de que yo naciera.

—Pero estarás sola. —Acarició su cabello con tristeza. —¿Vas a contarme la historia o me la tengo que imaginar?

Se sonrojó con fuerza. Contarle eso a tu madre no era plato de gusto, pero tenía que ser sincera. —En la despedida de soltera de Grace se me fue la mano.

—¿Se te fue la mano?

—No recuerdo nada. Lo único que sé es por lo que me han contado y las fotos...

—Fotos. —La cara de su madre era un poema.

—Mamá, no me mires así. Bastante me castigo yo todos los días, te lo aseguro. Todavía no entiendo qué ocurrió.

—¿No te habrán...?

—¡No! —exclamó en el acto—. No, mamá. Al parecer me gustaba y...

—Te lo han contado tus amigas.

—Sí. —Gruñó mirando a su hija que buscaba el pezón porque lo había perdido de la boca. Sonrió cuando se enganchó de nuevo. —Y he visto las fotos.

—¿Te has hecho fotos? —preguntó su madre indignada.

—¡De la fiesta, mamá! —Entonces parpadeó. —Después no sé lo que pasó. —La verdad es que podía haber hecho un video porno y ella ni se acordaría. Gimió mirando a la niña. —Pero sé quién es.

—¿Lo sabes?

Era obvio que su madre lo dudaba. —Al parecer solo estuve con un hombre en la fiesta. ¡No me iba a ir con él y acostarme con otro!

—Hija, acabas de decir que no sabes lo que hiciste.

—No. —Entrecerró los ojos. —Pero debió ser él. Nunca me iría con un desconocido.

—¡Era un desconocido! —Se puso como un tomate y su madre exasperada se levantó. —A ver cómo se lo digo a la familia.

—¿No les has dicho nada?

—Simplemente les he dicho que tenías la gripe.

—Pues menuda gripe —dijo intentando suavizar el asunto, pero su madre la miró como si quisiera darle una azotaina. Dejó caer los hombros—. Lo siento, mamá.

Mina suspiró pasándose la mano por la frente. —Ahora ya da igual. Veré como suavizo las cosas con el abuelo. Ya sabes cómo es.

—Sé quién es. Se tendrá que hacer cargo de la niña.

—¡Claro que se hará cargo! ¡Es su obligación! —Miró a la niña calmándose. —Mírala, quién no la querría... En cuanto tu abuelo la vea, se le pasará el enfado. Eso si no te casamos antes de que se entere.

—Mamá...

—¡Oh, Dios! ¡Está casado!

Gimió cerrando los ojos con fuerza queriendo despertarse, pero cuando los abrió su madre la miraba con los brazos cruzados esperando una respuesta. —No lo sé.

—¡Estupendo! Esto es estupendo.

—¡Todavía no he hablado con él! ¡No me apures!

—¡Has tenido nueve meses para hablar con él!

—Es que...

—Uy, uy... me estás poniendo de los nervios. ¡Suéltalo de una vez!

—Es el hijo de mi jefe. ¡No me enteré hasta ayer! ¡No fue intencionado! ¡Ayer se presentó en la oficina cuando iba a comer y Milly me insistió en que esperara a dar a

luz! Va a dirigir el bufete, mamá. —Su madre entrecerró los ojos. —Así que Milly me dijo que esperara hasta que él estuviera al mando y así...

—Ya veo por dónde vas. No podrá echarte.

—Si le amenazo con la prensa, tendrá que hacerse la prueba y colaborar. Si se lo hubiera dicho antes, su padre que es un anticuado, me hubiera echado hasta que se hubiera resuelto todo en los tribunales. ¡No conoces al señor Mathews, está chapado a la antigua y se sentirían amenazados! Pensaría que intento aprovecharme y tirarían a sus abogados sobre mí. Y son muy buenos, te lo aseguro.

Su madre asintió mordiéndose el labio inferior. —Entiendo. Así que cuando él se haga cargo...

—Mi jefe me ha dicho que cuando pase la baja por maternidad, seguramente su hijo ya habría ocupado el puesto. Así que cuando vuelva y me haya reincorporado, suelto la bomba. No podrá echarme para proteger el prestigio del bufete. No querrán que la prensa meta las narices en el asunto. Tendrá que hacerse la prueba quiera o no.

—Igual no se niega. Igual es una persona responsable que asume lo que viene.

—Claro, por eso salió de la habitación sin despedirse siquiera —dijo con rencor.

—¡Más bien para presentarse!

—Eso.

Su madre puso los ojos en blanco como si no pudiera con ella. La niña terminó de mamar y se acercó a toda prisa para cogerla en brazos. Sonrió maliciosa. —¿No decías que eras muy joven para ser su abuela?

—Paso por la madre, lista. —Levantó la barbilla orgullosa poniéndose a la niña al hombro y dándole palmaditas en la espalda. —¿Qué nombre le has puesto? —preguntó como si nada.

—Alexandra.

—¡Oh, qué bonito! —Suspiró de alivio al ver como sonreía apartando la cara para mirar a la niña sobre su hombro. —Alex, eres tan bonita que la abuela se te va a llevar. —Abrió los ojos exageradamente. —Sí, se te va a llevar.

La niña eructó vomitándole encima y Laia se echó a reír a carcajadas por la cara salpicada de su madre.

—Es neoyorkina, mamá. ¿Qué esperabas?

Capítulo 4

—¿Estás nerviosa?

—No, mamá —dijo empujando el carrito con una sola mano mientras tenía el teléfono al oído.

—¡A mí no me mientas!

—Mamá, tengo que colgar. ¡Voy a llegar tarde en mi primer día de trabajo! Voy a causar muy buena impresión.

—Entonces díselo mañana.

—Sí, seguro que cuando vea entrar a su ligue de una noche en el despacho la conversación no surge. —Llegó a la puerta de la guardería y suspiró de alivio. —Mamá, te dejo. Voy a dejar a Alex en la guardería.

—Te quiero. Llámame luego.

—Vale. Te quiero.

Colgó y tiró de la puerta de cristal entrando en la sala decorada con muñecos por todas partes. Se acercó empujando el carrito hasta una de las chicas con bata rosa. —Hola, soy Laia Clark. Y ella es Alex.

—Estupendo. ¿Trae todo lo necesario?

—Oh, sí. —Apurada le entregó la bolsa que estaba llena a reborar y la chica levantó una ceja. —Es por si necesita algo.

—Ya.

—Llámame si ocurre cualquier cosa —dijo indecisa viendo a su hija dormidita en su carrito vestidita de rosa. Era tan pequeñita...

—No se preocupe. Aquí estará bien.

Forzó una sonrisa. —Tienen mi número, ¿verdad?

—Sí, las siete veces que llamó para asegurarse de que teníamos su número con el resto de sus datos, ya lo teníamos.

—Pues muy bien.

Nerviosa se volvió antes de arrepentirse para mirar a su hija de nuevo. Gimió antes de ir hacia la puerta. Aquello era durísimo. Más que parir. Dejar a su hija de seis semanas allí era peor. Mucho peor. Pero no podía tomarse más tiempo porque no se lo pagarían. Había unido sus vacaciones a una baja de incapacidad después del parto y solo podía permitirse seis semanas. Bueno, al menos había encontrado una buena guardería. En el metro miró la hora mil veces y casi llora del alivio al llegar corriendo a la puerta del trabajo cinco minutos antes de las nueve.

Entró en el ascensor a toda prisa y se chocó con un compañero. —Perdón —dijo con la respiración jadeante.

—Puedes atropellarme todo lo que quieras, preciosa.

Ella giró la cara lentamente y levantó una ceja. —No, gracias.

Varios se echaron a reír y cuando salió en la segunda planta se dio cuenta de que era de contabilidad. Rojo de vergüenza, salió con la cabeza gacha y ella se arrepintió de haber sido tan borde. Le había hecho un piropo y ella se portaba así. Se dijo que la próxima vez que lo viera le pediría perdón.

A medida que se iba bajando la gente había más espacio y Laia se apoyó en el ascensor levantando la pierna hacia atrás para mirarse la pierna por detrás. Aliviada vio que no se había hecho una carrera en la media. Había temido haberlas fastidiado al salir del metro con el maletín de un pijo. Levantó la vista distraída y vio a un hombre observándola con un maletín en la mano. Se quedó de piedra al ver a su moreno guapísimo, con un traje gris, con una camisa blanca y una corbata azul. Se enderezó carraspeando y él sonrió mirándola de arriba abajo recorriendo su figura cubierta con un vestido verde que enfatizaba el color de su pelo. Laia miró al frente como un resorte abriendo los ojos como platos. Tenía los ojos grises más sexis que había visto en su vida. No le extrañaba que se la hubiera llevado a la cama a las primeras de cambio.

Sintió su presencia tras ella. —¿Nos conocemos?

¡Encima no se acordaba de ella! Aquello no iba bien.

Tímidamente le miró de reojo y forzó una sonrisa. —Algo.

—¿Algo? —Confundido sonrió. ¡Madre mía, y ella sin acordarse de nada! Era para matarla. —¿Nos conocemos algo?

—Mejor te lo explico en el despacho.

—¿Tengo una cita contigo? Mi secretaria no me ha dicho nada, pero es temporal.

Ella alargó la mano. —Laia Clark

—Oh, eres mi nueva secretaria. —Le cogió la mano y Laia sintió que la traspasaba un rayo. Si sentía eso tocándole una mano, ni se quería imaginar lo que era acostarse con él. Por eso no se acordaba de nada. ¡Le había fundido los plomos!

Apartó la mano a toda prisa sintiendo que sus pechos se endurecían. Eso era lo que le faltaba, tenía que haberse sacado más leche.

—Pero eso no me aclara lo de que nos conocemos algo...

Casi chilló del alivio cuando se abrieron las puertas. —¿Vamos al despacho?

Él le estaba mirando el trasero que todavía estaba algo más grueso de lo normal. Sonrojada caminó hacia la puerta de dirección. Milly estaba ante su mesa e iba a decir algo, pero al ver a su jefe detrás cerró el pico.

—Buenos días, Milly.

—Buenos días, David.

Laia dejó el bolso sobre su escritorio y tomó aire. David entró en su despacho y gimió dándose valor.

Milly se levantó mirando hacia la puerta y corrió hasta ella. —¿Se lo has dicho?

—¿Tiene cara de que se lo haya dicho?

—Pues ya que lo dices no. —Le cogió las manos mirándola intensamente. —Ánimo. Tú puedes.

Resignada se volvió hacia la puerta y forzó una sonrisa. —Vamos allá.

—Comételo vivo.

Qué más quisiera.

Entró en el despacho y cerró la puerta. David que se estaba sentando tras su mesa sonrió. —Me alegra que hayas vuelto. La última secretaria no sabía lo que hacía. Mi padre me ha dicho que eres eficiente y eso es lo que necesito.

¿Eficiente? Al menos sus ovarios sí que lo eran.

—¿Puedo llamarte David?

—Sí, a mí me gusta un ambiente menos formal. —La miró a los ojos como si con ella quisiera ser lo menos formal posible.

—¿Te ha dicho tu padre por qué no he venido a trabajar?

—Sí, algo de una baja por enfermedad. —Parpadeó sorprendida. —Pero veo que ya estás muy bien. Así que si no te importa, Milly te pondrá al día.

Laia carraspeó y dio un paso hacia su mesa totalmente sonrojada. Aquello era lo más vergonzoso que había hecho en la vida. Que recordara.

—David, ¿no me recuerdas?

Su jefe parpadeó. —¿Nos conocíamos de antes?

—Sí, más o menos.

Él apoyó la espalda en el respaldo de su sillón. —Ahora no caigo.

—Hace diez meses más o menos. Yo estaba en una despedida de soltera. Nos conocimos en una discoteca y...

David negó con la cabeza. —No. Yo no voy a discotecas.

—A esta fuiste. Te lo aseguro. —Soltó una risita forzada.

Su jefe perdió la sonrisa lentamente. —¿Me estás diciendo que tú y yo nos conocemos de una fiesta en una discoteca?

—Sí.

—Laia creo que estás confundida. Yo no era.

—¡Tengo fotos! ¡No puedes negarlo! —dijo exaltada.

—¿Y qué tengo que negar exactamente? ¿Que te conocí en una discoteca?

—¡Y mis amigas son testigos! ¡Bien que me metías la lengua hasta la campanilla!

David entrecerró los ojos empezando a mosquearse. —¿Me estás gastando una broma?

—¡No he estado enferma! ¡He tenido un bebé! ¡Alexandra se llama! ¡Y por tu culpa la he tenido que dejar en una guardería!

—¡Por mi culpa! —Furioso se levantó de golpe.

—¡Exacto! Bien que te largaste a la mañana siguiente de ese hotel como si escondieras algo. —Le miró fijamente. —Estás casado, ¿verdad?

—¿Estás loca? ¡Sal de mi despacho de inmediato!

—¡Qué más quisieras! Quiero una prueba de paternidad.

—¡Mira chiflada, no te conozco y mucho menos me he acostado contigo! ¡Así que sal de aquí antes de que llame a seguridad!

—Si crees que en cuanto salga, no llamaré al Times para decirle lo que acabo de decirte a ti, vas listo. Será una historia muy jugosa. Dueño de un bufete prestigioso echa a la madre de su hija del trabajo después de enterarse de que la niña es suya. ¡Prepárate, porque hasta salimos en la televisión!

David se enderezó. —No sé a dónde quieres llegar con esto, pero te juro que lo vas a pagar. ¿No te das cuenta de que la prueba de paternidad dirá que no soy el padre?

—¿Crees que montaría todo esto si no supiera a ciencia cierta que sí que eres el padre?

Él entrecerró los ojos. —¿Hace diez meses?

—En la discoteca Stilus. ¿Vas recordando?

—Enséñame las fotos —siseó mirándola con desprecio.

Laia salió del despacho a toda prisa y cogió el móvil. Cuando volvió él se estaba pasando las manos por su cabello negro obviamente nervioso. Como lo tenía de fondo de pantalla le mostró el móvil rodeando la mesa y él apretó los labios viéndola. — ¡Joder!

—Exacto.

Muy tenso entró en la galería de fotos sin pedirle permiso y ella se acercó. Una foto de su hija la hizo sonreír. —Ella es Alexandra. —Soltó una risita. —¿A que nos ha salido guapa? Mi madre dice que es igualita a mí, pero tiene la forma de tus ojos. Ahora los tiene azules, pero dicen que se les cambian de color.

Él la miró como si estuviera mal de la cabeza antes de deslizar el dedo sobre la pantalla. Pasó varias de su madre con la niña y llegó a una de ella bañándose con la niña. Ella jadeó quitándole el móvil de la mano.

—¿No se supone que nos hemos acostado? Eso ya lo he visto, ¿no?

—¡Pero no nos acordamos!

David se cruzó de brazos. —¿Perdón? ¿Me estás diciendo que tú no te acuerdas?

—¡Bebimos mucho! No tienes derecho a recriminarme nada cuando tú tampoco te acuerdas. —Se sonrojó con fuerza. Le puso el móvil ante la cara. —Pero tengo pruebas. ¡Vas a pagar eso de no haberte puesto gomita, guapo! ¡Y lo de dejarme tirada al día siguiente! ¡Qué feo!

—¡Pues sólo he visto una foto en una discoteca! ¿Crees que el juez pedirá la prueba de paternidad con esa base? ¿Borracha además? —le gritó a la cara.

—¡Mis amigas vieron que nos íbamos juntos! ¿Con quién me acosté? ¿Con el del aparcamiento?

—¡Me da la sensación de que no eres demasiado selectiva!

Laia palideció dando un paso atrás como si la hubiera golpeado y desvió la mirada intentando disimular que su comentario le había hecho daño. —¡Ahora si no te importa, fuera de mi despacho y del edificio!

La cara de su hija en su mente hizo que entrecerrara los ojos. —Tú lo has querido.

Muy tiesa salió del despacho y Milly asintió levantándose lista para la guerra acercándose a ella con un papel en la mano. —Dale esto. Quería guardarlo para tener algo de lo que tirar en el juicio, pero me he dado cuenta de que abreviará las cosas. No puedes quedarte sin trabajo.

—¿Qué es?

—Me pasé por el hotel. Seguro que esto le abre los ojos.

Laia miró la hoja y era la fotocopia de un recibo de tarjeta de crédito a nombre de un tal señor Mathews la noche en cuestión. Abrió los ojos como platos al ver el nombre del hotel en el encabezado. —¿De dónde lo has sacado?

—Cincuenta pavos dan para mucho.

Cuadró los hombros antes de entrar en su despacho de nuevo cerrando de un portazo. David ya estaba tras su mesa. —¿No te había dicho que te largaras? ¡Voy a llamar a la policía, zorrón chantajista! —gritó a los cuatro vientos.

Laia le tiró la hoja a la cara y siseó —¡Te veo en la televisión!

Muy digna salió del despacho y cogió el bolso pensando que aquello no estaba saliendo como tenían previsto. Si tenía que contar su historia a un periodista, se moría de la vergüenza. Milly suspiró mirándola con pena. —Te llamo luego y hablamos.

—¡Laia!

—Corre, corre.

—Sí, será lo mejor.

Fue hasta el ascensor y cuando esperaba impaciente miró hacia la puerta de los despachos de los jefes para ver a David salir en su dirección con grandes zancadas. Levantando la barbilla miró las puertas de acero muy tensa. —Laia pasa al despacho.

—No, me voy a ver a mi abogado. ¡En otro sitio! —La cogió por el brazo tirando de ella hacia el despacho. —¡Esto es retención ilegal!

—¡Mira, ahora no te hagas la digna, que me da la risa!

Pasaron ante Milly que les miró con los ojos como platos mientras la metía en el despacho casi a la fuerza. Cuando cerró la puerta le soltó el brazo como si le diera asco tocarla.

Intentando disimular su disgusto dijo descarada —¿Qué? ¿Has reconocido tu firma?

—¡Pues sí que la he reconocido! ¡Pero quiero la prueba de paternidad porque sigo sin creer que sea mío! ¡Yo siempre uso preservativo!

—Muy bien. No tengo inconveniente.

Él entrecerró los ojos. —De eso ya me he dado cuenta.

—¡Pues cuanto antes mejor!

—Te aseguro que yo también quiero solucionarlo cuanto antes y echarte a patadas.

—¡No lo dudo! ¡Espero una disculpa cuando la prueba diga que la niña es tuya!

—Sigue soñando —dijo con rabia yendo hasta su mesa.

—Sobre el trabajo...

Él la miró sorprendido. —¿Crees que voy a dejar que sigas trabajando aquí después de lo que has hecho?

—¡Querrás decir después de lo que hicimos los dos! ¡Tú también estabas allí y mi hija tiene que comer!

David apretó los labios. —Está claro que te ha salido todo de perlas, ¿verdad?

—¡No tengo ni idea de lo que me hablas!

—¡Te has asegurado la vida teniendo una hija con el hijo de tu jefe! ¡Muy lista!

—¡No sabía que eras tú!

—Sí, claro. Y yo me lo creo. —El desprecio de su voz fue el colmo. Después de pasar todo el embarazo pensando que la despedirían en cualquier momento y que tuviera sola a su hija, que le dijera que había hecho negocio con ello era lo que le faltaba por oír.

Dolida dio un paso hacia él y le arreó un tortazo que le volvió la cara. —¡Esto por echarme a mí la culpa cuando tú también eres responsable de lo que ocurrió! ¡No tienes ni puta idea de lo que he pasado con el estirado de tu padre en estos meses y lo he pasado todo sola! ¡Yo no tengo una familia rica que me solucione la vida regalándome un puesto de trabajo! ¡He tenido que trabajar como una mula para que tu padre no me echara por mi embarazo!

—¡A mí nadie me ha regalado nada!

—¡Claro, estás aquí porque eres el mejor abogado de la ciudad!

—¡Pues sí! —le gritó a la cara.

Sonrió con desprecio. —Eso espero o no te quitarás a tu padre de la chepa mientras viva. Puede que sea un anticuado, pero en su trabajo es el mejor.

—Eso ya lo sé.

—Pues a trabajar.

—¡Lo mismo digo! —Enderezó la espalda yendo hacia la puerta. —¡Y tráeme un café!

Salió del despacho cerrando la puerta y suspiró del alivio. Había esquivado las balas. Milly levantó los pulgares en señal de victoria antes de contestar el teléfono. Dejó el bolso sobre su mesa antes de ir por el café y como no tenía ni idea de cómo lo tomaba llevó una bandeja al despacho con todo lo necesario. Abrió sin llamar y él que estaba hablando por teléfono la fulminó con la mirada, pero ignorándole le puso la bandeja delante levantando una de sus cejas pelirrojas interrogante.

—Espera. —Tapó el auricular del teléfono. —Solo sin azúcar.

Observó cómo le ponía la taza delante antes de coger la bandeja y salir de nuevo del despacho. Estaba claro que no podía soportarla, pero era la primera impresión. Aunque en realidad la primera impresión se la había llevado en el ascensor y bien que le miraba el culo. Ahí no le parecía muy suelta y poco selectiva.

Con rabia se sentó en su sillón y encendió el ordenador. Se volvió hacia su amiga que la observaba preocupada y forzó una sonrisa. —Bien, ¿qué hay pendiente?

Capítulo 5

Afortunadamente había mucho que hacer y pudo distraerse. Gimió al ver todo el correo que llegó ese día y empezó a abrir cartas distraída mientras miraba la pantalla de su móvil sobre la mesa. Su nuevo y agradable jefe salió del despacho en mangas de camisa y le dijo con rabia —¿Y ese correo?

—Acaba de llegar. Enseguida te lo llevo.

—Date prisa. ¡Tengo una reunión con los abogados Senior en una hora!

Milly la miró asombrada mientras Laia se mordía la lengua. Estaba claro que le pensaba hacer el día imposible y se lo demostró cinco minutos después cuando le colocó las cartas delante. Le dictó como si quisiera que la mina de su lápiz ardiera. Iba tan rápido que a mitad de la primera carta tuvo que decirle que fuera más despacio.

—¡Si no puedes seguir el ritmo, lo mejor es que busques otro trabajo!

Ella cerró la boca mirando su libreta y cuando él continuó hizo lo que pudo. Fue la hora más larga de su vida y le dolía la muñeca muchísimo cuando terminó. Se la acarició levantando la vista para ver que él ya se había puesto la chaqueta de nuevo, listo para la reunión.

—Acompáñame. Tomarás notas de la reunión y de lo que diga cada uno.

—¿Y las cartas?

—¡Ya las responderás cuando vuelvas! —dijo yendo hacia la puerta sin esperarla.

Casi tuvo que correr tras él y Milly frunció el ceño al ver que se iba. La miró a los ojos antes de susurrar a su amiga —Iros a comer sin mí.

Milly asintió viendo como corría hacia el ascensor donde David ya estaba esperando. Fue muy incómodo entrar en el ascensor con él, porque estaba más que claro que no quería ni mirarla. Cómo cambiaban las cosas.

Al llegar a la planta inferior donde estaban los abogados con más antigüedad, le siguió hasta la sala de juntas por la impecable moqueta granate. Sin hacerle ni caso entró en la sala donde varios abogados ya estaban sentados y él se sentó en la cabecera sin indicarle donde tenía que sentarse. Decidió hacerlo en una esquina a su espalda para huir de su odio durante el tiempo que durara la reunión.

Tres horas después mientras ellos comían unos succulentos bocadillos gourmet, que se había encargado de pedir alguna secretaria, seguían discutiendo de cómo iba cada puñetero departamento legal de ese edificio y ella estaba deseando que aquello acabara porque ya no sentía la mano. Estaba segura de que como no lo apuntara todo, buscaría esa excusa para echarla a la calle. Cómo echaba de menos a su padre.

Terminaron la reunión a las tres de la tarde y cuando él se levantó abrochándose la chaqueta ni le preguntó si tenía hambre. —Quiero esas notas antes de las cinco —dijo saliendo de la sala mirándola con desprecio.

Asintió siguiéndole porque no quería discutir. Estaba claro que no podría ir a comer algo, así que cuanto antes acabara mucho mejor.

Milly le susurró en cuanto se sentó es su mesa —¿Has podido comer?

Forzó una sonrisa y asintió para que no se preocupara. Inquieta por Alex en su primer día de guardería, miró el móvil y aliviada vio que no tenía llamadas. Decidió empezar por las cartas y enviarlas antes de las cinco. Nunca tecleó más rápido, pues tenía que salir a las cinco en punto. Cuando terminó las cartas, angustiada miró el reloj y vio que eran las cuatro. Corrió hacia el despacho y abrió la puerta dejándole las cartas ante él para regresar a su puesto. Diez minutos después dejó su trabajo para ir a por las cartas para ver que no las había firmado. Él estaba leyendo un expediente.

—¿Puedes firmarlas? Si quiero enviarlas antes de las cinco tengo que ...

—Enseguida lo hago.

Exasperada volvió a su sitio y cuando dieron las cuatro y media volvió a entrar para verlas en el mismo sitio. Harta dijo —¡Tengo que recoger a la niña a las cinco y media de la guardería! —David apretó los labios. —¡Haz el favor de firmar las puñeteras cartas para que pueda terminar mi trabajo!

—¡Lo haré cuando me dé la gana!

—¿Te cuesta mucho firmar de una vez?

—Creo que no has entendido de qué va esto. ¡Yo soy el jefe y tú la empleada!

—Muy bien.

Volvió a su mesa y siguió con las notas de la reunión. A las cinco menos cinco esperaba impaciente que salieran las hojas de la impresora mirando su reloj cada segundo.

Las recogió llevándolas de inmediato al despacho donde él levantó un dedo para que esperara pues estaba al teléfono. David sonrió. —Por supuesto que te voy a llevar a ver esa obra de teatro, preciosa.

A Laia se le retorcieron las tripas al escucharle. —Sí, claro que sí. Esas braguitas blancas eran una maravilla. —Se echó a reír mientras ella solo quería pegarle un tiro y más cuando le escuchó reír. —Sí, es una pena que se rompieran. Preciosa, te compensaré con un conjunto nuevo.

¿Cómo podía haberse acostado con ese idiota? El alcohol te nubla el juicio, eso está claro.

—Sí, te recojo a las siete.

Colgó el teléfono y Laia le puso las notas delante intentando no demostrar lo molesta que estaba. Él apartó las notas y le entregó las cartas firmadas. Laia frunció el ceño. —No pienso enviarlas ahora.

—¿Perdona?

—¡Te he dicho que tenía que recoger a la niña a las cinco y media!

—Allá tú. Pero como no las envíes hoy, búscate otro trabajo.

—¡Estás hablando de tu hija! —exclamó indignada.

—Eso está por ver. —La fulminó con sus ojos grises esperando su respuesta.

Asombrada le arrebató las cartas de la mano antes de salir del despacho. Milly hizo una mueca. —No te lo va a poner fácil.

—Eso está más que claro.

—¿Te ayudo?

—No, gracias. Vete, que seguro que Bruce te está esperando abajo.

—Que espere.

—No, de verdad. No quiero meterte a ti en problemas —dijo preocupada porque David no sabía que Milly estaba en la discoteca.

Su amiga sonrió con tristeza. —Solo serán unos días hasta que se le pase el cabreo.

Laia asintió reprimiendo las lágrimas. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil?

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Milly.

Escribió las direcciones en los sobres con el ordenador lo más rápido que pudo y metió las cartas en cada sobre según iban saliendo. Eran y veinte cuando terminó y dejó las cartas sobre la bandeja para que las recogieran los encargados del correo que afortunadamente no habían pasado todavía. Con su bolso en la mano abrió la puerta del despacho y dijo —Hasta mañana.

Esperó respuesta por educación, pero él ni se molestó en levantar la cabeza de lo que estaba haciendo. —Muy educado —dijo con ironía sin poder evitarlo antes de cerrar la puerta de nuevo.

Corrió hasta el ascensor y miró el reloj por enésima vez. —Estupendo. Me van a cobrar una pasta por esto.

Llegó a la guardería acalorada de tanto correr y las chicas la miraron como si fuera una arpía por dejar a la niña allí veinte minutos más de la hora. —Lo siento, pero me han retenido en el trabajo.

—Debería llamar —dijo la chica con mala leche sacando el carrito de la niña.

—Perdona... —Miró la chapita que tenía prendida en la camisa rosa. —Carla. No lo he hecho a propósito, te lo aseguro. —Se agachó para mirar a su niñita y sonrió emocionada. —Hola, preciosa. ¿Cómo ha ido el día?

La niña que estaba despierta sonrió y Carla respondió por ella —Es buenísima y come muy bien.

—¿Te lo has comido todo, mi amor?

—Son veinte pavos.

Se incorporó resignada y abrió su bolso. —No ha sido la hora completa.

—Se cobra igual.

—Entiendo. —Sacó el dinero de la cartera y la chica sonrió cogiéndolo.

—Necesito recibo, Carla. —La niñera perdió la sonrisa mientras que la de Laia se ampliaba. —Pienso pasárselo a mi jefe.

—Entiendo. —Fue hasta la recepción y le hizo un recibo. Se lo tendió con chulería. —Por cierto, no ha traído crema para el culito. Acuértese mañana de meterla en la bolsa, por favor.

Le extrañaba que se hubiera olvidado de ella, pero solo quería llegar a casa y desestresarse. —Me ocuparé, gracias.

Se puso la bolsa de la niña cruzada en bandolera y empujó el carrito de Alexandra hasta el exterior. Después de recorrer diez manzanas a pie, llegó a su casa y tuvo que subir el carrito tres pisos por las escaleras porque no tenían ascensor. Hasta ese momento no sintió que lo necesitara y eso que se pasaba con la niña de un lado a otro todo el día cuando no estaba trabajando. Evidentemente después del día que había pasado, se necesitaba un ascensor.

Lo primero que hizo en cuanto llegó, fue comer algo mirando a su hija que tumbada en el sofá se estaba quedando dormida. —Qué raro. A esta hora siempre tienes hambre.

Después de ducharse la niña se puso a llorar y sin ponerse la crema hidratante salió hasta la habitación para cogerla de su cuna. —¿Tienes hambre? Ya me extrañaba a mí.

Apartó la bata para darle el pecho y mientras la niña comía se sentó en la cama. La acababa de cambiar de pecho cuando le sonó el teléfono. Preocupada por si era su madre fue a por él al bolso que había dejado en el salón, pero era el número de la oficina. Decidió no contestar. No tenía por qué estar disponible después de las cinco. Además, su hija estaba comiendo. Pero David insistió una y otra vez durante más de diez minutos. —Será gilipollas.

Descolgó para que la dejara en paz—¿Diga?

—¡Ya era hora!

La niña protestó y al mirar hacia abajo se le cayó el teléfono al suelo. La colocó bien acercando el pezón a su boca y con cuidado se agachó para coger el teléfono. —¿Sí? —preguntó agotada sentándose en el sofá.

—¡Mañana a las siete pasarán los de la clínica por tu casa para hacerle la prueba a la niña!

—¿A mi casa? ¿No tengo que ir a la clínica yo?

—Por discreción irá un técnico de laboratorio a tu casa.

—No estarás intentando pegármela, ¿verdad?

—Para pegártela a ti habría que ser mucho más listo que tú —dijo con ironía—. No te llevo ni a la suela de los zapatos. Es una clínica reconocida y prestigiosa.

—Muy bien. ¿Algo más?

Le colgó antes de despedirse siquiera. Apretó los labios tirando el teléfono sobre el sofá y sonrió a su hija. Acarició su pelito pelirrojo. —Ya verás lo guapo que es papá. Te va a querer muchísimo. En cuanto te ponga la vista encima, te querrá muchísimo. Ya verás como sí.

Pasó una noche horrible porque la niña no dejaba de llorar y se asustó muchísimo. Incluso llamó al número de su pediatra para emergencias. Su doctora se presentó en su casa a las cuatro de la mañana y cuando reconoció a Alexandra sonrió tocándole el vientre. —Tiene gases. Estos cólicos pueden ser dolorosos. ¿Le sigues dando el pecho?

—Sí, incluso me saco la leche para que se la den en la guardería. Hoy ha sido su primer día en la guardería. ¿Cree que tiene algo que ver?

—No lo creo. —Su pediatra cogió a la niña en el brazo boca abajo y le acarició la espalda mientras lloraba. La doctora le acarició la espalda y Alexandra soltó un eructo increíble haciendo reír a la doctora. —Ahora se encontrará mejor.

—Gracias, gracias —dijo muy nerviosa cogiendo a su hija en brazos.

—Tranquila, es normal. Vemos que sufren y nos ponemos nerviosos.

—No sé cómo agradecerse. Dios mío. La he hecho levantarse de la cama por unos gases. Debe pensar que soy una madre horrible —dijo emocionada de los nervios.

—Creo que eres una madre fantástica que no quiere que su hija lo pase mal. —Fue hasta la puerta. —Si necesitas cualquier cosa, ni se te ocurra no llamarme por no molestar. Más vale prevenir.

—Sí, doctora Cadwell. ¿Le llamo un taxi?

—He traído el coche. Descansa, ahora se quedará dormidita.

Cuando se volvió a tumbar en la cama eran las cinco y media. Agotada cerró los ojos para sobresaltarse cuando llamaron a la puerta. Miró a su hija en su cunita al lado de su cama y gimió al verla dormida. Se arrastró fuera de la cama y ajustándose la bata fue hasta la puerta principal para preguntar —¿Quién es?

—¡Abre la puerta!

La voz de su nuevo jefe era lo que necesitaba para despertarse. Abrió la puerta para ver a una mujer con un maletín en la mano y a David detrás con cara de pocos amigos. —¿Todavía estás así? Son las siete. ¿No te había dicho que veníamos a las siete?

Sonrojada por la regañina asintió. —Sí, lo siento. Me he dormido. Pase, por favor —dijo mirando a la mujer que debía tener unos cincuenta años y llevaba un traje gris.

—Soy la doctora Kelvin.

—Mucho gusto. Soy Laia Clark.

—Lo sé. ¿Una mala noche?

—No ha dejado de llorar. —Sonrió agotada. —Tenía gases.

—Uh, no me hable. Mi hijo mayor me las hizo pasar canutas.

Pasaron al salón y David con las manos en los bolsillos del pantalón miró a su alrededor con desprecio. Avergonzada porque no había tenido tiempo a recoger, se acercó al sofá para apartar varias cosas de la niña. Entre ellas un sonajero y varios pijamas. —Siéntese. Enseguida la traigo.

—No hace falta que la traiga. Ya voy yo. —Puso el maletín sobre la mesa de centro y lo abrió sacando un tubo transparente. —Será un minuto. Ni se enterará.

—Bien —susurró incómoda mirando a David de reojo, que ahora la miraba a ella con el mismo desprecio.

Fue hasta la puerta de su habitación con ellos detrás y se sonrojó al ver el estado en que estaba, saturada de cosas de la niña por todos lados. Fue hasta la cunita disimulando y la doctora sonrió. —Es preciosa, señorita Clark.

Sonrió encantada. —Gracias. Se llama Alexandra.

La mujer sacó el bastoncillo y se lo metió en la boquita con cuidado. David con el rostro tallado en piedra miraba a la niña y Laia se preguntó cómo podía tener un corazón tan duro viendo a su hija por primera vez. Sintió una opresión en su pecho y parpadeó para no llorar volviéndose hacia la doctora que estaba cerrando el tubo. —Ya está. Tendremos los resultados en unos días. Le enviaré a usted una copia y otra al señor Mathews.

—Gracias.

La mujer miró de reojo a David. —Yo ya he terminado.

—Bien. Espero sus noticias.

—Por supuesto. Buenos días.

Salió de la habitación a toda prisa y David se acercó a la cuna. —No se parece en nada a mí.

Laia se mordió la lengua y vio como acercaba su mano a la niña y le tocaba el dedo gordo del pie. —¿Así que ha pasado mala noche?

—Sí.

—Pues es una pena —dijo enderezándose antes de ir hacia la puerta—. Te espero en el trabajo y recoge un poco la casa, por Dios. Esto es un desastre.

Laia sintió que le traspasaba un rayo justo en ese momento en que él se largó. Debió ser la gota que colmó el vaso, porque se sentó en la cama y se echó a llorar tapándose la cara con las manos. Nunca se le hubiera pasado por la cabeza que todo aquello fuera tan duro. Estaba agotada y con los nervios a flor de piel. Encima las palabras de ese idiota no ayudaban nada, haciéndola sentirse como si fuera un desastre.

Varios minutos después más calmada se pasó la mano por debajo de la nariz y miró a su hija forzando una sonrisa al verla con los ojos abiertos. —Hora de levantarse, preciosa.

Capítulo 6

Cuando llegó al trabajo tenía mejor aspecto. Había desayunado mucho y tomado tres tazas de café. Estaba casi lista para afrontar el día. Y fue duro, porque David no se cortó en hacerle la vida imposible. Afortunadamente pudo salir a comer y sus amigas la apoyaron poniéndole verde como era su obligación. Esa noche su niña durmió como siempre y pudo descansar, así que al día siguiente entró en el despacho con la cara radiante y sus rizos pelirrojos brillaban de vitalidad.

—Vaya, ¿qué te has tomado? —preguntó Milly al verla maravillosa con un vestido rosa cruzado en el pecho.

—Alex me ha dejado dormir casi doce horas. Con descansos cada tres, pero me ha sentado estupendamente.

—Esa niña es una ricura.

—Lo sé.

Se sentó tras el escritorio y sonriendo dejó su bolso en el cajón. Desafortunadamente llegó su jefe y la miró como si fuera un insecto haciéndole perder la sonrisa. —Buenos días, Milly.

—Buenos días, David —dijo su amiga asombrada por su descaro mientras entraba en su despacho. Ni se molestaba en darle los buenos días—. Increíble.

Laia hizo una mueca encendiendo el ordenador cuando escuchó por el interfono —¿Dónde está mi café!

Sintió como le quitaba toda la alegría de golpe y resignada se levantó de su asiento para ir a la cafetera que todavía estaba apagada. Mierda, ahora tendría que esperar a que calentara el agua. Decidió decírselo antes de que le echara otra bronca y entró en el despacho. —Enseguida está. La cafetera estaba apagada.

—¿Es que no sabes encender una cafetera cuando llegas? —La fulminó con su mirada sentándose en su sillón.

—¡No soy tu sirvienta! ¡Soy tu secretaria!

—¿Acaso a mi padre no le llevabas el café?

—Pues sí. Pero al menos él tenía educación cuando lo pedía.

—Oh, perdona por haber herido tus sentimientos —dijo con burla—. ¿Me traes el café, por favor?

Estaba claro que con él no se podía razonar. Sin decir una palabra salió del despacho para volver a su mesa. —Yo te decía lo que le echaba en el café —siseó Milly.

—Me he dejado el arsénico en casa.

—Cachis...

Eso la hizo sonreír y cuando le llevó la taza aun sonreía sin darse cuenta. David cogió la taza levantando una ceja. —Te veo muy contenta esta mañana. Tranquila, que eso seguro que va a cambiar.

Laia se tensó perdiendo la sonrisa de golpe. —Me lo imagino. Verte la cara me amarga el día.

—Perfecto.

Rabiosa volvió a su trabajo y solo habló con él de lo estrictamente profesional. Volvían de comer y las chicas se metieron en el ascensor. Grace sonrió a un compañero de trabajo. —Hola, Lewis.

El chico de pelo castaño vio a Laia y se sonrojó farfullando —Hola, Grace.

Laia suspiró recordando quien era y alargó la mano. —Soy Laia. Siento lo del otro día. No era mi mejor momento.

Lewis sonrió. —No pasa nada. Es normal que una chica como tú ni me mire dos veces.

Se sonrojó intensamente porque ella no era tan superficial. Lewis parecía majó y no era muy atractivo, pero no estaba mal. No quería que se llevara esa impresión de ella así que soltó. —¿Quieres salir a cenar?

Lewis abrió los ojos como platos. —¿Me estás invitando a cenar?

—No, yo te pregunto si quieres cenar, pero pagas tú que estoy baja de fondos —dijo haciendo reír a sus amigas.

—Sí, claro. Yo invito. —Encantado de la vida salió del ascensor. —Te envío por mail mi número y quedamos.

—Hecho.

Lewis sonrió y ella no pudo evitar corresponderle. Era encantador y seguro que lo pasaban bien.

—Bien hecho —dijo Milly—. Bruce me ha hablado de él y dice que es muy buen tipo.

—¿Es amigo de Bruce?

—Sí. Y es muy divertido. Lo pasarás bien.

—¿Te quedas con la niña?

—Claro. Así compruebo si mi chico tiene madera de padre. —Le guiñó un ojo haciéndola reír cuando se encontraron a su jefe hablando con una mujer rubia y guapísima ante la puerta del ascensor. Parecían enfadados y se quedaron en silencio en cuanto la vieron. Milly se quedó mirando a la rubia que llevaba un vestido de firma en color coral que era una maravilla y Laia la cogió del brazo para tirar de ella hacia la oficina mientras David las fulminaba con la mirada.

—¿Has visto a esa? —preguntó su amiga asombrada—. Llevaba más de cincuenta mil dólares en ropa.

—Hala, exagerada.

—¡Llevaba un Birkin!

—Pues mejor para ella —dijo sin ningún interés guardando su bolso de cuarenta pavos en el cajón.

David pasó ante ellas antes de cerrar de un portazo y dijo con burla —Al parecer va a tener que buscarse a otra.

—No creo que tenga problema.

—No —dijo con pena porque estaba claro que entre ellos jamás habría nada en el futuro—. Yo tampoco lo creo.

Estaban a punto de salir cuando David la llamó a su despacho. Cogió su bolso para que pillara la indirecta y entró sin llamar como siempre.

David estaba apoyado en una esquina del escritorio con unos papeles en la mano y al verla los dejó caer sobre la mesa antes de incorporarse.

—¿Querías algo?

—Han llegado los resultados.

—Bien.

Se cruzó de brazos entrecerrando los ojos. —¿No quieres saber el resultado?

—¡Ya sé el resultado! ¡Tienes que ser tú al que se le abran los ojos!

—La prueba es positiva a un noventa y nueve por ciento.

—Perfecto, ¿y ahora qué? —preguntó mirando sus ojos grises—. Estoy esperando una disculpa.

—Mejor me callo porque vamos a discutir. —Su manera de despreciarla estaba empezando a sacarla de sus casillas e iba a abrir la boca cuando la interrumpió. —Te pasaré una pensión para la manutención de la niña y me la quedaré dos fines de semana al mes. Un mes de vacaciones.

¿Así sin más? Se encogió de hombros como si le diera igual y David levantó una ceja. —¿Te parece bien?

—Mientras cubras la mitad de los gastos, por mí perfecto. —Entonces se le iluminó una bombilla y sonrió radiante. —Por cierto, hoy tienes que quedarte con la niña.

David dejó caer la mandíbula. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Llevas semanas de retraso con las visitas y yo tengo una cita. Te toca para que sea a mí a la que arranquen las bragas esta noche. —La miró atónito salir de su despacho y gritar —¡A las siete tienes que estar en mi casa! ¡No te retrases!

Pulsando el botón del ascensor pensó que hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien.

A las siete menos cinco ella ya estaba preparada con un vestido negro entallado y unos zapatos de tacón del mismo color con sus cabellos pelirrojos alisados llegándole hasta la cintura. La niña estaba en su capazo encima de la mesa de centro con el chupete en la boca. Se acercó a ella sonriendo y la niña chilló al verla. —Sí, papá llegará enseguida.

En ese momento llamaron a la puerta. —¡Sí! Ya está aquí.

Abrió la puerta y vio a David al otro lado. Casi se echa a reír porque estaba muy nervioso, aunque intentaba disimularlo. —Tranquilo, Alex te tratará bien.

—Muy graciosa.

Entró en el apartamento a regañadientes y se quitó la chaqueta dejándola en el sofá.

—Bien, esto va así —dijo ella acercándose después de cerrar la puerta—. Aquí está la niña que se pasa dormida casi todo el tiempo.

—Ahora está despierta.

—Qué perspicaz. —Fue hasta la cocina y abrió la nevera. —Ahí tienes dos biberones. Los calientas en el calienta biberones y... —Le advirtió con la mirada. —Antes de darle la leche la compruebas en el interior de la muñeca. ¿Entiendes?

—Lo he visto en las películas millones de veces.

—Exacto. Entonces ya sabes cómo cambiar un pañal.

Sonrió radiante y él entrecerró los ojos. —Así que vas a salir.

—Si no fuera a salir, no estarías aquí. ¿Tienes alguna duda?

—¿Con quién vas a salir?

—Como no soy demasiado selectiva, es uno cualquiera. —Puso las manos en la cintura que había vuelto a su sitio afortunadamente y levantó una ceja. —No es asunto tuyo.

—¿Y si te necesito?

—Oh... —Señaló la puerta de la nevera. —Aquí tienes mi número, el número de la pediatra, el de mi madre...

—¿El de tu madre? ¿Para qué voy a llamar a tu madre?

—Para que no me molestes a mí mientras me arrancan las bragas.

—Lo de la ropa interior de Beth te ha llegado al alma, ¿verdad? —Sonrió malicioso robándole el aliento.

—¿Quién es Beth? —preguntó haciéndose la tonta molesta porque pensara que estaba celosa. Había que estar loca para sentirse celosa de un estirado así. Seguro que era una seta en la cama y no le recordaba porque no había nada para recordar. —Por cierto, si quieres cenar algo, también tienes el número de la pizzería. —Se cruzó de brazos. —¿Me has traído mi cheque?

—No me has dicho cuánto es mi parte —respondió tensándose.

—Mmm. —Se mordió el labio inferior pensando en ello. —¿Quinientos? Sí, creo que de momento quinientos estará bien. Por la guardería más que nada. No gasta mucho. Aun le doy el pecho...

Él le miró los pechos y carraspeó antes de volverse para regresar con la niña mientras ella reprimía una sonrisa. Se acercó al espejo que había al lado de la puerta y sacó de su bolsito un lápiz de labios rojo. Se pintó los labios lentamente mientras él se sentaba observándola. —Te has alisado el cabello. Me gusta más de la otra manera.

—Como si me importara lo que te gusta. —Unió sus labios moviéndolos de adelante atrás y guardó el labial en el bolso antes de coger su móvil. Se volvió hacia él mirando la pantalla por si tenía algún mensaje y al levantar la vista distraída vio que miraba a la niña como si fuera una bomba de relojería. —Puedes cogerla. No te va a morder —dijo exasperada.

—Nunca he cogido a un bebé.

Laia dejó el móvil sobre el sofá y sonrió a la niña. —Papá es un cagón.

La niña chilló mientras la cogía en brazos sujetando su cabecita mientras David gruñía y se volvió hacia él. —Cógela.

—¿Y si llora?

—Pues la paseas un rato.

—Tendría que haber llamado a una niñera.

Laia le advirtió con la mirada. —Es tu hija. Nunca la hagas de menos o te capo.

—No la hago de menos.

—¡Coge a la niña!

Él alargó los brazos y cogió a la niña como si fuera de porcelana. —Eso es, solo tienes que tener cuidado con la cabeza. —Se enderezó sonriendo. —Se te da bien.

Llamaron a la puerta y sonrió echándose el cabello hacia atrás antes de estirarse el vestido sin que David perdiera detalle. Lewis estaba al otro lado sonriendo y con un ramo de claveles rosas.

Abrió los ojos como platos al verla. —¡Vaya, estás preciosa, preciosa!

David se levantó entrecerrando los ojos. —¡Este es el del ascensor! ¡Le habías rechazado!

Lewis miró hacia él y abrió los ojos como platos al ver a su jefe con un bebé en brazos. —Señor Mathews... qué sorpresa.

—¡Laia!

—Es para disculparme por haber sido tan grosera con él. —Sonrió a Lewis y le acarició la mejilla. —¿A que me has perdonado?

La miró con adoración. —Claro que sí, preciosa. Un mal día lo tiene cualquiera.

—Oh, qué mono. —Cogió las flores y le dio un beso en la mejilla. —Gracias, me encantan los claveles.

David la miraba atónito y dio un paso hacia ellos. —Laia...

Ella le miró. —Si tienes alguna duda me llamas.

—¿Es tu hija? —Lewis les miró confundido. —¿Es de los dos?

—Sí, ¿a que es preciosa?

Lewis sonrió acercándose. —Me encantan los críos. Mi hermana tiene tres. —Sonrió a David. —¿Puedo cogerla?

—No —dijo David apartándose mirándole como si le odiara.

—Ya la cogerás otro día —dijo Laia advirtiéndole con la mirada al padre de su hija, que a su vez la miró como si fuera el demonio—. Vamos Lewis, quiero aprovechar que hoy tengo niña.

Lewis salió del apartamento y fulminando a David con la mirada cogió el bolso antes de salir tras él. Antes de cerrar la puerta siseó —Mas te vale que mi niña esté bien cuando vuelva.

—Que lo pases bien —dijo irónico.

—Gracias. Eso pienso hacer. —Miró a la niña y apretó los labios indecisa antes de mirarle a los ojos. —Llámame si me necesitas.

—Lárgate de una vez —dijo con desprecio.

Furiosa cerró la puerta y forzó una sonrisa al mirar a Lewis que la observaba preocupado. —¿Una mala ruptura?

—Una mala noche.

—Entiendo. —Sonrió algo avergonzado.

—¿Te importa que no hablemos de eso? Solo quiero divertirme.

—Estupendo. Pues vamos allá.

Y se divertieron porque Lewis era muy simpático. En eso su amiga Milly tenía razón. La llevó a un restaurante de comida italiana muy anticuado, pero la comida era deliciosa y después la llevó a un bar donde varios aspirantes a cómicos hacían monólogos. En las mesas había tomates para tirarles y se lo pasó estupendamente tirando unos cuantos.

Cuando llegaron a casa, Lewis sonrió acercándose y ella se apartó pegando la espalda a la puerta. —Ehh...

—Está bien. Lo entiendo. No eres de beso en la primera cita.

La risa al otro lado de la puerta la tensó con fuerza y Lewis se sonrojó. —Mejor te llamo mañana.

—Me lo he pasado muy bien. Gracias, ha sido estupendo. —Avergonzada intentó sonreír, pero la risa al otro lado la enfureció. Molesta se acercó a Lewis y cogiéndole por las mejillas le dio un beso de tornillo sin sentir absolutamente nada por él.

La puerta se abrió de golpe. David la miró como si fuera una furcia y ella se apartó dejando a Lewis obnubilado mirándola como si fuera una diosa. —Hasta mañana.

—Ajá... —respondió atontado siguiéndola con la mirada.

En cuanto entró, David cerró de un portazo casi dándole en las narices a Lewis.

—¡No te has llevado el móvil! ¡Te he llamado veinte veces!

Asombrada miró en el interior de su bolso y vio que no estaba allí. —¡Te lo has dejado sobre el sofá! ¿Qué clase de madre eres tú que ni está localizable?

Preocupada se acercó a la cunita de su hija y aliviada vio que estaba dormida. —¿Qué ha ocurrido? Está bien.

—¡No dejaba de llorar! —Cerró los ojos con fuerza porque se le había olvidado hablarle de los gases de Alex. —¡He tenido que llamar a tu madre! ¡Me he llevado un susto de muerte!

—Pues bien que te reías hace unos minutos.

Sonrió irónico. —¡Es que ver cómo te haces la virgen inocente me ha parecido el colmo!

Se tensó al escuchar su tono y enderezó la espalda intentando disimular que le había hecho daño. —Gracias por ocuparte de tu hija. Buenas noches.

David apretó los labios y furioso fue a por su chaqueta antes de salir del piso. Reprimiendo las lágrimas se quitó los zapatos y se sentó en el sofá. Miró a su hija que estaba dormida y se preguntó si había hecho lo correcto. Igual debería haber intentado

salir adelante ella sola. Pero tampoco era justo para su hija negarle un padre. David se haría cargo de Alex. Había demostrado ser responsable y ella se había dejado el móvil en casa. Al recordarlo se echó a llorar sin poder evitarlo. Era un desastre. Debería haberlo comprobado antes de salir de casa. ¿Y si hubiera pasado algo? David no tenía ni idea de cuidar niños y ella por darle una lección le dejaba a cargo de su hija. ¿Qué clase de madre era? ¡Ni había mirado el móvil una sola vez dándose cuenta de que no lo tenía!

Se sobresaltó cuando llamaron a la puerta y se limpió las lágrimas a toda prisa. —¿Sí? —preguntó con la voz tomada de haber llorado.

—¡Abre, me he dejado el móvil!

Miró a su alrededor y lo vio sobre la encimera de la cocina. Lo cogió a toda prisa y abrió una rendija tendiéndoselo mientras se escondía detrás de la puerta para que no se diera cuenta de que había llorado. —¿Laia?

—Estoy desnuda. ¡Coge el teléfono!

David vio su muslo cubierto por el vestido negro y empujó la puerta sorprendiéndola. Tuvo que dar un paso atrás para que no le pegara con ella. Avergonzada agachó los párpados tendiéndole el móvil. —¿Quieres cogerlo?

Él apretó los labios arrebatándole el móvil. —No sé por qué coño te pones así.

Laia forzó una sonrisa. —No sé de qué hablas. —Empezó a recoger la caja de pizza y los pañales sucios que él había dejado por todo el salón. —Buenas noches.

David la observó varios segundos antes de salir del apartamento.

Capítulo 7

Al día siguiente era jueves y estaba deseando que llegara el fin de semana. No había dormido mucho dándole mil vueltas a su situación y eso que la niña la había molestado poco. David llegó al trabajo media hora más tarde. La suerte de ser el jefe.

En cuanto llegó le llevó el café para que no se lo pidiera a gritos y cuando se lo dejó sobre la mesa él preguntó sin mirarla mientras se sentaba en su sillón —¿Cómo está la niña?

—Muy bien —susurró distraída yendo hacia la puerta.

—Este fin de semana voy a hablar con mis padres.

Se detuvo en seco y se volvió para mirarlo insegura. —¿Tan pronto?

—No veo razón para esperar —siseó David—. Se llevarán un disgusto, pero estoy seguro de que en cuanto vean a Alexandra se les pasará. Mi madre será la más dura de pelar, pero tendrá que asumirlo.

—Lo dices como si fuera una condena o algo así.

—¡Puesto que tú tomaste todas las decisiones, creo que a mí no me has dejado muchas opciones!

—¡Perdona, pero es que no sabía dónde estabas! ¡De hecho, saliste corriendo!

—Dejemos el tema. ¡No nos llevará a ningún sitio! —Molesto abrió un expediente dando por terminada la conversación.

Laia apretó los puños antes de salir del despacho. Estaba convencido de que ella tenía conocimiento de quién era desde el principio y no había manera de quitarle eso de la cabeza, así que para qué intentarlo.

Casi no hablaron el resto del día y afortunadamente el viernes por la mañana tuvo que acudir al juzgado, lo que para ella fue un respiro. Estaba deseando irse a las cinco cuando él salió del despacho listo para irse con el maletín en la mano. Se acercó a su mesa. —Mañana os recojo a las once para ir a almorzar con mis padres y mis hermanas.

Abrió los ojos como platos. —¿Qué?

—Querrán conocer a la niña y es mejor pasar el trago con todos a la vez.

Milly jadeó y cuando David miró hacia ella fríamente se sonrojó desviando la mirada.

—¿Pero no es mejor que se lo digas tú y que...?

—Se lo tomarán mejor con la niña presente.

Se puso como un tomate porque no le había dicho todo lo que le había comentado a su padre sobre él. Nerviosa miró a su amiga que intentaba disimular. Carraspeó poniéndose de pie. —Pero es que tu padre...

David sonrió con maldad. —Le va a encantar escuchar lo que tienes que decir. Estoy convencido de ello.

Laia iba a decir algo, pero él se alejó dejándola con la palabra en la boca.

—Madre mía. Enfrentarse a toda la familia Mathews es peor que sacarte una muela sin anestesia —dijo su amiga apenada—. Lo siento.

—¿Cómo voy a explicar todo lo que ha ocurrido? —Abochornada cogió el bolso. —Me voy a morir de la vergüenza.

—¿Sabes qué? ¡Si él no tiene vergüenza por lo que ha ocurrido, tú tampoco deberías sentirte mal por ello! ¡Dales en las narices con una ración de realidad! ¡Tú no has hecho nada malo!

Tomó aire enderezando la espalda. —Tendrán que asumirlo por su nieta.

—Exacto. ¡Después de tener la niña sola, no deberías amilanarte por cuatro pijos! ¡Qué les den! Si no lo admiten tampoco les necesitas. Nos tienes a nosotras.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Sentada en el Jaguar de David muy nerviosa, pensaba si el vestido azul que llevaba era correcto y como si quisiera saltar del coche en cualquier momento, se volvió hacia atrás para mirar a la niña sentada en su sillita nueva.

Nerviosa se apretó las manos mirando de reojo a David que estaba algo tenso. —Creo haber oído en la oficina que tienes hermanas. ¿Cuántas hermanas tienes?

—Cuatro.

Dios mío, cuatro. —¿Y estarán todas allí?

—Sí.

—Tienes sobrinos, ¿verdad?

—Seis.

Gimió interiormente. —Y Harmony, la mayor, está esperando el séptimo. Ya tiene dos.

—¿Hay alguna que no tenga hijos?

—Sara está soltera. Es la pequeña —dijo molesto como si le fastidiara hablar de su familia—. Se casa la próxima primavera.

—¿Y las otras dos se llaman?

La miró de reojo. —Martha y Caroline.

—¿Y tienen dos cada una?

—Sí.

Se mordió el labio inferior pensando que aquello iba a ser más duro de lo que se suponía. —¿No les has insinuado nada?

—Les he dicho que iré acompañado —siseó muy tenso—. ¿Quieres dejar el interrogatorio?

—Es que no les conozco —susurró mirando por la ventanilla—. Perdona.

Él la miró de soslayo apretando el volante. —No se van a tirar sobre ti cuando se enteren de lo que ha ocurrido. ¡Estás exagerando!

Como todo le molestaba, decidió mantenerse callada sintiendo una opresión en el pecho. Sentía unas terribles ganas de llorar y se dijo que era una estúpida por esperar que él fuera amable en esos momentos. Le daba rabia quedar mal con sus padres por su culpa y ella era el chivo expiatorio a sus frustraciones. Respiró hondo viendo como llegaban a la parte alta de la ciudad. Cuando llegaron a la setenta y cinco Oeste se puso de los nervios cuando David entró en un garaje.

—¿Tienes llave del garaje de tus padres?

—Vivo aquí. En el piso de debajo al de mis padres. El edificio era de mi abuela. —La fulminó con la mirada aparcando. —¿Algo más?

En silencio se bajó del coche y abrió la puerta de atrás. Sonrió a su hija intentando relajarse y la cogió en brazos aspirando su aroma. Eso siempre funcionaba.

—¿Quieres que saque el carrito de la niña?

—Si no quiero comer con ella en brazos... —respondió asombrada por la pregunta.

Como si le molestara, abrió el capó sacando el carrito, pero como lo había cerrado ella no sabía cómo se abría. —Déjame a mí. —Se acercó a él, pero como la miró le indicó que no quería su ayuda. Al final la abrió colocando encima el capazo de la niña. Ella cogió la bolsa de dentro del capó por si tenía que cambiarla, mientras escuchaba que él refunfuñaba —¡Todas las cosas que hay que llevar, joder!

Al escuchar como David cerraba el capó con fuerza Alexandra se sobresaltó y se echó a llorar con fuerza poniéndose roja de furia. Le miró como si quisiera matarlo, pero él empujó el carrito hacia ella como si nada.

—La llevaré en brazos para calmarla, gracias.

—Como quieras.

Empujó el carrito sin esperarla y Laia le siguió hasta el ascensor. Movi6 a su hija de un lado a otro, pero no conseguía calmarla.

—¿No puedes hacer que se calle?

—Eso intento.

Exasperado se acercó a ella y la cogió en brazos. Para su sorpresa Alex se calló casi al momento y vio como sonreía a la niña antes de mirarla y levantar una ceja como si fuera estúpida.

Estupendo. Aquello era estupendo.

Salieron del ascensor e intimidada por el lujo que la rodeaba fue hasta la única puerta que había, empujando el carrito detrás de David que pulsó el timbre. Había llegado el momento. Ver a su jefe abriendo la puerta en el acto en mangas de camisa no era precisamente lo que esperaba y forzó una sonrisa. El señor Mathews perplejo miró a su hijo sin saludarla siquiera. —David, ¿qué es esto?

—Ahora lo explico papá. —Entró en la casa dejándola fuera como si le importara una mierda que entrara o no.

—Me alegro de verle, señor Mathews —dijo tímidamente metiendo el carrito a toda prisa por si la dejaba fuera.

Su antiguo jefe frunció el ceño mirándola de arriba abajo. —Me alegro de verte, Laia. Llámame Greg.

Ella miró a su alrededor encontrándose con un hall demasiado clásico para su gusto, pero seguro que todo lo que allí había eran antigüedades carísimas. —Así que mi hijo te ha invitado a comer.

—Sí, gracias por la invitación.

—Pasa por aquí. ¿Lo que llevaba en brazos mi hijo era un bebé?

—Sí. Mi hija —respondió entrando en un enorme salón lleno de gente. Dios mío.

Al menos veinte personas la miraban como si fuera un extraterrestre mientras que David estaba ya sentado en un sillón con su niña en brazos mientras varios niños le rodeaban.

Nerviosa dejó el carrito y se acercó a él mientras los hombres de la sala la miraban con admiración y mientras las mujeres la observaban con desconfianza.

—Ella es la madre de mi hija —dijo David como si fuera algo inevitable—. Se llama Laia.

Una mujer mayor que su madre con el cabello teñido de rubio la miró con horror. —¿Pero qué estás diciendo, David? ¿Quién es esta mujer?

—¡Mi secretaria! —gritó Greg at6nito mirando a su hijo.

Una mujer de unos treinta años embarazada de unos cinco meses la miró como si fuera el anticristo. —Niños, a la sala de juegos.

Los niños salieron corriendo en el acto como si la orden la hubiera dado un general. Nerviosa se quitó el bolso de la niña del hombro dejándolo sobre el suelo antes de que su jefe gritara —¿Mi hijo es el padre de tu hija?

Se sonrojó intensamente. —Lo siento.

—¿Cómo que lo sientes? —preguntó la embarazada antes de dirigirse a su hermano—. ¿Te presentas en casa con un bebé y nos sueltas esto?

—Yo me acabo de enterar como quien dice —dijo irónico.

Su jefe la señaló con el dedo. —¿Quieres endilgarle tu hija a David? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Se dé buena tinta que el padre de la niña huyó del país! ¡Tú me lo dijiste!

—No podía decirle quién era el padre.

—Es que dice que no lo sabía —dijo David con burla.

Todos la miraron como si fuera una furcia y la abuela de su hija se llevó una mano al pecho.

—¿No sabías de quién era tu hija? —preguntó fríamente una chica de su edad con el pelo castaño.

—Sabía quién era —susurró avergonzada—. Pero no sabía cómo se llamaba.

—Tenía una foto mía de cierta noche loca que acabó en un hotel. Yo creía que había usado protección, pero al parecer algo falló —dijo él como si nada antes de mirar a su hija sonriendo—. Y ahora ella está aquí.

—¿Cómo sabes que es hija tuya? ¡Puede ser de cualquiera! —dijo la embarazada mirándola con odio.

—Harmony, no te pases —dijo la de pelo castaño—. David no es tonto.

—Es mía. Me he hecho la prueba.

Nunca en la vida se había sentido más humillada que en ese momento y su jefe la miraba horripilado. —Así que era de mi hijo. ¿Y no sabías quién era antes de esa noche? ¿No te contó Milly quién era? ¡Porque sé que sales con Milly! ¡Ella es tu amiga desde hace años! ¡Fue Milly quien te recomendó para el puesto, porque te conocía desde hacía años!

David levantó la cabeza como un resorte. —¿No me digas, papá?

—Oh, Dios —dijo su madre dramáticamente—. ¡Te han tendido una trampa y has caído como un idiota!

—Sí. Pero tranquila, mamá. Solo pide quinientos al mes para la guardería. Es una zorra con escrúpulos.

Pálida como la muerte dio un paso atrás y más cuando Harmony la miró con odio como si quisiera lanzarse sobre ella.

—Creo que os estáis pasando con Laia —dijo muy seria una chica de pelo castaño cortado a lo chico—. David también es responsable de esto y la estáis tratando como si ella fuera el demonio o algo así. —Que alguien la defendiera la emocionó y sus ojos se llenaron de lágrimas. —No la habéis dejado hablar tirándoos sobre ella como buitres.

David la miró con ironía. —Cuéntale la historia a Martha. —Al ver que palidecía aún más él se volvió hacia su hermana. —Espera que te la cuento yo. Nos conocimos en una discoteca y estábamos borrachos. Cuando se despertó estaba sola y no se acordaba de nada.

—¿Y tú? ¿Te acordabas? —preguntó Martha.

—Pues no. Vi un bulto a mi lado y me fui. Así de simple.

—¿Y si sabía quién eras por qué no lo dijo antes? ¿Por qué esperar tantos meses? —preguntó Harmony desconfiando.

—Oh, es que ahí viene lo mejor. Quería presionarme con el bufete. Fue lo primero que dijo en cuanto se reincorporó al trabajo.

Su padre frunció el ceño. —David estás equivocado. Ella no sabía que me iba a jubilar.

—Claro que lo sabía. Me dijo que ...

—¡No podía saberlo, David! —exclamó su padre—. ¡No se lo dije a nadie de la empresa hasta dos semanas antes de irme! Justo cuando ella se puso de parto. ¡De hecho, Laia se enteró el último día de trabajo! ¡Y te aseguro que se sorprendió del cambio!

Martha la miró a los ojos. —¿Lo sabías?

—El día que nació la niña yo estaba en el ascensor cuando le vi pasar. Milly corrió tras él y cuando llegó al despacho del señor Mathews fue cuando se dio cuenta de que era tu hermano. —Reprimiendo las lágrimas se agachó para coger a su hija y les dijo —Gracias por la invitación, pero se me ha quitado el hambre.

Metió a su hija en el carrito y cogió el bolso intentando ocultar las lágrimas.

—Laia... —David se levantó, pero ella ya empujaba el carrito hasta el recibidor a toda prisa.

Él intentó cogerla del brazo y rabiosa se soltó con fuerza mientras todos la observaban. —¡Ni se te ocurra tocarme! Esto es lo que querías, ¿no es cierto? ¡Humillarme ante toda tu familia! ¡Qué pasara por la vergüenza de contarle todo! —Se volvió hacia ellos. —¡Pues sí! —gritó fuera de sí—. ¡Me emborraché y me lo tiré! ¡Bienvenidos al siglo veintiuno, donde las mujeres hacemos lo que nos da la gana! ¡Aunque luego paguemos las consecuencias!

La abuela de su hija jadeó como si hubiera dicho un sacrilegio, pero ella la ignoró para mirar a Greg. —¿Y sabe usted? ¡Las mujeres tenemos derecho a ir al médico cuando lo necesitamos! ¡Qué me amenazara con despedirme por ir a las

revisiones, para que tuviera que ir después del trabajo, fue ruin porque trabajaba como la que más! —Tuvo la decencia de sonrojarse mientras sus hijas lo miraban asombradas. —¡Seguro que a ellas no se lo hubiera hecho! —Le miró a los ojos. —¡Pues sí! ¡Mentí sobre que el padre de mi hija me había abandonado, porque hubiera intentado despedirme si no le hubiera dado pena y necesitaba el trabajo!

Su hija protestó y ella la miró colocándole el chupete en la boca. —Sí, cariño. Ya nos vamos.

—Laia... —David intentó cogerla de nuevo, pero ella salió del piso a toda prisa. Llamó al ascensor y él la siguió. —Laia, vuelve adentro.

Miró impaciente las puertas y volvió a pulsar el botón sin darse cuenta de que lloraba.

—Vale, lo siento. Me he pasado, pero... —Entró en el ascensor sin mirarle pulsando el botón del bajo. —¡Mierda, Laia! ¡Estaba cabreado, pensaba que me la habías jugado! —Detuvo las puertas furioso. —¡Sal del ascensor!

Furiosa miró sus ojos grises y le pegó un puñetazo que le hizo trastrabillar hacia atrás llevándose la mano a la cara. —Por cierto —dijo mientras se cerraban las puertas—, ¡métete tus quinientos pavos por el culo, gilipollas!

Cuando se cerraron las puertas se sintió mucho mejor. Se miró la mano e hizo una mueca porque le dolían los nudillos. Salió a la calle y caminó dirección al metro. Aquello era la gota que había colmado el vaso. Estaba harta. Harta de aguantar en el trabajo y harta de él. Limpiándose las lágrimas decidió que era hora de buscar una vida mejor para su hija y para ella. Era hora de volver a casa.

Capítulo 8

Llegó a su casa y subió el carrito por las escaleras. Juró por lo bajo al tirar en el último tramo y cuando llegó arriba su niña se puso a llorar. —Sí, cielo tienes hambre. Lo sé. Enseguida...

Se quedó con la palabra en la boca al ver a David ante su puerta. Tenía la nariz hinchada. No sentía ningún remordimiento.

Empujó el carrito hasta la puerta y David se enderezó. —Nena, lo siento, ¿vale? Nos pasamos... Mi familia quiere pedirte disculpas y... —Vio como metía la llave en la puerta y entró el carrito, pero David aprovechó para entrar antes de que cerrara. La observó dejar la bolsa sobre el sofá y sacar a la niña del carrito. —Creo que se nos ha ido un poco de las manos. —Carraspeó cuando la vio bajarse el tirante del vestido y abrir su sujetador de lactancia. Impresionado vio como la niña atrapaba el pezón a toda prisa. Laia canturreó ignorándole mirando a su hija mientras acariciaba su cabello pelirrojo y David se pasó una mano por la nuca nervioso. —¿Qué tal si empezamos de nuevo?

Al ver que no contestaba se sentó a su lado sin llegar a tocarla. —Me lo tomé mal. Lo reconozco. Te he echado la culpa de todo cuando la responsabilidad es de los dos. Lo admito. Fue una noche loca y ya está. No hay por qué buscar culpables.

Eso lo decía ahora que había soltado toda su mierda sobre ella. Siguió tarareando mirando a su hija y él suspiró. —No piensas hablarme. Me ha quedado claro.

Cambió a su hija de pecho y a David se le cortó el aliento al ver como la niña se enganchaba al otro pezón. Vio cómo se cubría después su otro pecho tranquilamente como si él no estuviera, lo que le cabreó muchísimo. —¡Joder! ¡Insúltame, dime que soy un cabrón, pero no te quedes así como si nada! —Nervioso se volvió a levantar paseando ante ella por el salón.

Cuando terminó Alex de mamar, se colocó la parte de arriba del vestido y se la puso al hombro acariciándole la espalda con suavidad mientras seguía canturreando una nana. Exasperado la miró con las manos en las caderas. —Lo que dijiste antes no iba en serio, ¿verdad? Necesitas esos quinientos. Es mi obligación entregártelos. Te juro que no hay problema por el dinero. Necesitas incluso más. ¿Y si te paso mil al mes?

La niña eructó con fuerza y preocupado vio cómo se levantaba para tumbar a su hija en la cuna. Al ver que Laia iba hacia la habitación la siguió y vio como cogía un

montón de ropa de la niña y detergente. La vio ir hacia el baño y arrodillarse ante la bañera para abrir el grifo. —Nena, ¿por qué no la llevas a la lavandería? —Entonces vio que el detergente era para lavar a mano. —¿Lavas toda la ropa de la niña a mano? Si necesitas ayuda...

Ella seguía sin reaccionar empezando a frotar la ropita de la niña y furioso salió del baño. Laia suspiró del alivio deseando que se largara. Por ella no le volvería a ver nunca más.

Cuando terminó de lavar la ropa, la puso a secar sobre la barra de la cortina de la ducha. En unas horas estaría seca. Al salir empezó a recoger la habitación y fue hasta el salón con intención de coger su móvil para llamar a su madre. Cuando lo vio sentado en el sofá con la niña en brazos se detuvo en seco.

Él se levantó. —No sé lo que se te pasa por la cabeza, pero es mía y voy a luchar por ella. No creas que voy a desaparecer.

Laia se cruzó de brazos furiosa. ¿Ahora quería luchar por ella? Le miró con desprecio. —Puedes seguir con esa actitud todo lo que quieras. Pero pienso cumplir con las visitas y te ingresaré el dinero como habíamos acordado.

—Bien —dijo acercándose—. Dame a la niña. Este fin de semana no te toca. —David se la tendió a regañadientes. —Ahora fuera de mi casa o llamo a la policía.

—Creo que no te das cuenta de que tú tuviste meses para habituarte a esto mientras que yo solo he tenido unos días. Siento habérmelo tomado tan mal y me he disculpado.

Como no contestó, suspiró yendo hacia la puerta. —Muy bien. Te veo el lunes.

David las miró apretando los labios como si no quisiera irse antes de cerrar la puerta y a Laia le tembló el labio inferior porque seguramente esa sería la última vez que le viera.

Subió los escalones de la casa familiar corriendo y entró en la casa. —¡Ya estoy aquí! —canturreó dejando el bolso en el perchero—. ¡Abuela, ya he llegado!

Extrañada porque su abuela no contestaba fue hasta la cocina y frunció el ceño al no verla preparando la cena. Iba a subir al piso de arriba cuando se detuvo en seco al escuchar un gorgorito de su hija en el salón. Sonrió yendo hacia allí y se le cortó el aliento al ver a Greg Mathews sentado en el sofá con su hija en brazos y a David de pie al lado de la chimenea. Había pasado un mes, pero al parecer la había encontrado.

—Hola, nena —dijo sonriendo abiertamente—. Te veo muy bien.

—¿Qué hacéis aquí?

—Tu abuela ha sido tan amable de dejarnos pasar. Aunque no sabía quiénes éramos, claro. Sino no lo hubiera hecho. Estoy seguro por su reacción cuando nos presentamos.

—¿Dónde está mi abuela?

—Se parece mucho a ti —dijo Greg divertido—. Tiene un pronto... Iba a sacar la escopeta.

—¿Dónde está mi abuela! —gritó furiosa.

—En el armario de la escalera.

Atónita corrió hacia allí y abrió la puerta para ver a su abuela amordazada y sentada en una silla con una cuerda rodeando su torso. —¿Abuela!

Le quitó la mordaza y su abuela siseó fuera de sí —¿La escopeta! Coge la escopeta del abuelo.

David en la puerta del salón se cruzó de brazos. —Ya sé de dónde has sacado esa vena rencorosa, nena. ¿Era pelirroja de joven? Tendremos que controlar a la niña, seguro que ha heredado vuestro carácter.

—¿Espera que llegue mi marido! ¡Te va a meter un tiro entre ceja y ceja!

—¿Abuela! —Asombrada empezó a desatarla. —Cálmate. Te va a dar algo.

El padre de su hija se echó a reír y justo en ese momento Mina entró en la casa con una maceta de hiervas aromáticas en la mano. Al ver a David amplió la sonrisa. —¿Tenemos visita?

—¿Mina! ¡Coge la escopeta!

—¿Abuela! ¿Estás loca? ¡Es el padre de Alex!

—¿Por eso!

Mina soltó la maceta que cayó al suelo con estrépito y furiosa miró a David. —¿Este es el que te llamó zorra? —David hizo una mueca. —¿El que dijo que no eras selectiva? ¡Espera que te voy a enseñar yo lo selectiva que es mi hija!

Asombrado la vio correr a la cocina y miró a Laia. —¿No irá a por un cuchillo?

—Hijo, igual deberíamos irnos.

—No sueltes a la niña —le advirtió alerta.

Mina llegó con un bate de béisbol en las manos y su abuela se levantó de la silla mientras Laia se giraba. Las tres dieron un paso hacia ellos como leonas y Greg susurró —Hijo, esto no ha sido buena idea.

—Dame a la niña, jefe —dijo Laia mirando a Greg.

—Nos la llevamos. Tenemos una orden del juez y me la llevo. Y como intentes impedirlo, haré que la policía se meta en esto. Pero si eres razonable, volveremos a Nueva York y aquí no ha pasado nada.

Mina miró a su hija preocupada y vio que estaba pálida. —¿Cariño?

—¿Dame a la niña! —gritó con lágrimas en los ojos—. ¡Tú no la quieres! ¡Ninguno la queréis! ¡Es mía!

David dio un paso hacia ella. —Nena, no...

Mina gritó furiosa y se tiró sobre él golpeándole con el bate en el estómago. Greg dio un paso atrás viendo a su hijo quejarse de dolor doblándose hacia adelante. La abuela le cogió por el cabello y demostrando mucha fuerza tiró de él hacia la salida. Laia se acercó a Greg extendiendo los brazos. —¡Dame a mi hija!

—No.

Entrecerró los ojos. —¡Dame a mi hija ya!

Su madre llegó corriendo con el bate en la mano y lo levantó sobre su cabeza gritando. Greg se acercó a toda prisa para dejarle a la niña en los brazos antes de salir corriendo, esquivando a Mina que gritaba como una loca.

Se acercaron a la puerta de la entrada para ver cómo se subían a un cuatro por cuatro aparcado calle abajo. David abrió la puerta furioso mirándola a los ojos y supo que no se daría por vencido.

—Se la van a llevar —dijo asustada.

—Voy a llamar al tío Arthur. —Su madre salió corriendo hacia el teléfono.

—Tranquila —dijo su abuela abrazándola por los hombros cerrando la puerta—. Arthur lo arreglará.

Muy nerviosa se dejó llevar hasta el sofá y esperaron las tres impacientes a que llegara su tío que era policía.

No tardó en hacerlo. Él y dos patrullas más. Al mirar por la ventana vio que el coche de David aún estaba allí. —Mierda, mierda.

El tío Arthur entró solo en la casa y las encontró en el salón. —¿Qué ocurre? Nos han dado aviso de un secuestro a una menor.

—Dios mío. —Su madre se llevó la mano al pecho.

Su abuela más templada le explicó la situación. —¿Qué te han encerrado en el armario? —gritó a los cuatro vientos.

—Les amenazó con la escopeta —dijo Laia preocupada—. ¿Pueden hacerle algo a la abuela?

Arthur se pasó la mano por su denso bigote castaño. —¡Mamá, espero que no te denuncien!

—¡Tienes que hacer algo! —dijo su hermana muy nerviosa—. ¿Pueden llevarse a la niña?

—¡Sí, Mina! ¡Pueden llevarse a la niña si tienen una orden judicial! Seguro que ha demostrado ante un juez que es hija suya y que la madre la ha sacado del estado antes de poder afianzar su paternidad. ¡Eso es secuestro, aunque sea su madre! —Miró a su sobrina fijamente. —Te aconsejo que lo arregles por las buenas. Porque si va por las malas, podéis terminar las tres en la cárcel. ¡Tú por secuestro y ellas por agresión!

Asustada se echó a llorar sentándose en el sofá. No se lo podía creer. ¡Si antes no la quería! ¿Ahora la reclamaba? ¿Qué iba a hacer sin su niña?

—Voy a decirle que pase solo a él para que hable contigo.

Asintió pasándose la mano por debajo de la nariz mirando a su hija que estaba dormidita en sus brazos como si todo aquello no fuera con ella. Su madre y su abuela siguieron a su tío pidiéndole que la ayudara, pero su tío fue firme diciendo que no podía hacer nada contra un mandamiento judicial.

Minutos después escuchó pasos en el suelo de madera y vio los zapatos negros de David ante ella. —Nena... yo no quería esto. —Se acuclilló ante ella y le apartó un mechón de cabello de la cara para colocárselo tras la oreja con suavidad. —Solo quería que volvieras a casa.

—Ya estoy en casa —susurró sin dejar de mirar a la niña.

—Eso sería antes de tener una niña conmigo. No pienso estar separado de ella porque ahora quieras estar con tu familia.

—No la querías.

—Nunca he dicho eso. Sé que me he comportado como un cabrón contigo, pero eso va a cambiar. Volverás a casa y nos habitaremos a estar unidos para el resto de nuestra vida.

Sorprendida le miró a los ojos. —¿Qué?

—Nos casaremos. La niña necesita una familia. Sabes que estamos algo anticuados en ese aspecto.

—¡No voy a casarme contigo! —le gritó a la cara.

Furioso la cogió por la nuca acercándola. —Sí que lo harás. No querrás ver esposada a tu madre y a tu abuela, ¿verdad?

Le miró sorprendida y él sonrió. —Veo que lo has entendido. Puedo hasta acusarlas de ser tus cómplices en el secuestro, así que ahora vas a colaborar y harás el equipaje para volver a casa.

Una lágrima cayó por su mejilla sintiendo que su pecho iba a explotar por la rabia contenida. David sonrió. —Así me gusta, preciosa. Te prefiero enfadada. —La besó suavemente en los labios y a Laia se le cortó el aliento cerrando los ojos lentamente. Fue la caricia más dulce que había recibido en su vida y cuando sus labios acariciaron su labio inferior separó los suyos sin darse cuenta antes de que se alejara. Abrió los ojos para ver en su mirada que estaba satisfecho. —Dame a la niña.

Le miró con temor y David negó con la cabeza. —No me iré con ella dejándote aquí. Dame a la niña. Nos iremos los tres. Te lo juro.

Aun desconfiando alargó los brazos y David cogió a Alex incorporándose. —Haz el equipaje. Nos vamos ahora mismo.

—Todo lo de la niña llevará un rato —dijo esperando que le diera unos minutos para pensar.

La miró a los ojos. —Nena, coge lo imprescindible porque el resto te lo pueden enviar. No necesitamos cuna. Ya tengo de todo.

—¿De todo?

Sonrió a la niña. —Tenía que tener la habitación preparada para cuando llegais. Recoge lo indispensable. Que lo demás te lo envíen —dijo con indiferencia acariciando el cabello de su hija—. Cómo ha crecido. Está preciosa.

Se le encogió el corazón al ver como la besaba en la frente antes de sentarse. Distráido levantó la vista para verla allí parada y perdió la sonrisa al ver su indecisión. —Laia, no me va a temblar el pulso a la hora de poner la denuncia. Date prisa.

Se volvió para ir hacia las escaleras y sintió su mirada en su espalda. Corrió escaleras arriba y empezó a hacer la maleta con lo más necesario. Después de hacer la bolsa de la niña, escuchó hablar en el piso de abajo. Afortunadamente no se pegaban gritos. Su madre asomó la cabeza y entró insegura. —Lo siento, hija. No hemos ayudado en nada. Todo lo contrario.

—Ayúdame con esto, ¿quieres? No quiero que haya más problemas con ellos abajo.

—Tu abuela les mira como si quisiera cargárselos, pero el tío Arthur se ha quedado para que no se exaltara. Él la controlará. —Reprimió una risita. —David va a tener algunos morados después de los golpes.

Apretó los labios metiendo unos vaqueros en la maleta. —Estaremos bien. No os preocupéis. Al menos ahora quiere a la niña.

—Iré a verte en unos meses. ¿Dónde te vas a quedar mientras encuentras piso? ¿Con Milly?

Miró de reojo a su madre apretando los labios. Suspiró pasándose la mano por la frente. —Mamá, me voy con David.

Su madre la miró sorprendida. —¿Por qué? ¿Porque le han dado la custodia?

—No pienso separarme de la niña.

Intrigada Mina se sentó en la cama. —¿Pero él dejará que te quedes en su casa?

—Quiere que nos casemos para formar una familia.

Atónita la vio coger una pila de camisetas y meterlas en la maleta antes de ir hasta el tocador. —¿Casarte? ¿Casarte con él?

—¡No me queda otro remedio, mamá! ¡Me ha quitado a la niña! ¡Si quiero seguir con ella, tengo que casarme con David!

—¿Pero qué futuro tendréis?

—Uno muy negro. Eso seguro. Porque lo que mal empieza, mal acaba.

—Pues nosotros empezamos muy bien, nena. Hicimos a Alexandra —dijo David desde la puerta fríamente—. ¿Has terminado?

Se sonrojó intensamente. —Enseguida acabo.

Él metió las manos en los bolsillos del pantalón mirando a su futura suegra. —A mi padre le gustaría presentarse como Dios manda y hablar con usted unas palabras.

Su madre carraspeó. —¡No tengo nada que hablar con ese señor!

—Mamá... es el abuelo de Alexandra.

—Si quiere seguir teniendo contacto con la niña, le aconsejo que con mi familia mantenga un contacto educado al menos. —David la miró fríamente. —¡Debería disculparse por su manera de recibirnos a golpes!

—¡Quizá debería haberles recibido con insultos como ustedes recibieron a mi hija!

David se tensó. —Y se disculparán en cuanto tengan ocasión. Se lo aseguro. Ahora si no le importa dejarme solo con mi mujer...

Mina salió empujándole del pecho para pasar por la puerta. David la miró irónico. —¿Serás así con cincuenta años? Tendré que endurecerme.

—Esto no va a durar hasta que tenga cincuenta. —Entró en el baño y empezó a recoger a toda prisa. Él la siguió hasta allí y apoyó el hombro en el marco de la puerta observándola. —Terminaré enseguida. Ya te lo he dicho.

—Y te he oído. —La miró de arriba abajo deteniendo la vista en su trasero. —Has cogido unos kilitos.

—Muérete.

David se echó a reír al ver que se ponía como un tomate. —Te sientan muy bien.

Le miró con desconfianza con dos neceseres llenos en las manos y quiso pasar. —¿Me permites?

Él se apartó unos centímetros y tuvo que pasar de lado. Abrió los ojos como platos cuando se pegó a su espalda cogiéndola por la cintura y le susurró —Me va a gustar esto del matrimonio.

Se apartó mirándolo con odio y David se tensó. —Nena, sé que estás enfadada, pero intenta olvidarlo por el bien de todos.

—¿Por mi bien? ¡Yo estaba perfectamente hasta que llegaste!

—¡Pues el que no estaba perfectamente era yo! —Fue hasta la puerta de la habitación. —¡Así que acostúmbrate!

Reprimió las lágrimas de frustración dejando caer los neceseres en la maleta. El día que había entrado en aquel despacho para decirle que tenía una niña, había cometido el peor error de su vida.

Capítulo 9

La despedida de su familia fue muy tensa, pues David no la dejó sola en ningún momento. Su abuela y su madre no dejaron de llorar y la niña inquieta porque debía presentir que pasaba algo hacía lo mismo. Greg la tenía en brazos y angustiado la miró a ella, pero fue David quien la cogió en brazos calmándola al momento. La abuela le miró sorprendida al igual que su madre antes de mirarse la una a la otra y sonreír. Laia puso los ojos en blanco antes de abrazarlas. —Despedirme del abuelo.

—No sé dónde se ha metido este hombre —dijo su abuela frustrada—. Le va dar mucha pena no despedirse de la niña.

En ese momento se abrió la puerta y se volvió hacia el abuelo que frunció el ceño al ver a su hijo ante la escalera. —¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar de servicio?

El abuelo giró la cabeza y apretó los puños al ver a David con la niña en brazos. —Papá, tranquilo. Tienen una orden para llevarse a la niña.

Los ojos verdes de su abuelo fueron a parar a Laia y abrió los brazos. Laia se echó a llorar corriendo hacia él y abrazándole con fuerza. —Todo se va a arreglar —le susurró con cariño—. Te vas con ellos, ¿verdad?

—Sí —susurró contra su camisa de cuadros.

—Es tu obligación seguir a tu hija. No llores.

—Te echaré de menos.

—Lo sé. —La besó en la frente antes de mirar a David. —¿Podrán venir en Navidades?

—Vendremos. —Esa palabra dejó claro que no pensaba dejar que fueran solas.

El abuelo acarició su cabello apartando su cara y sonrió. —Estaremos aquí para lo que necesites.

—No va a necesitar nada —dijo David muy tenso—. Nena, nos vamos.

Ella se apartó de su abuelo limpiándose las lágrimas y su abuelo dijo —Puede que necesite cariño.

Greg apretó los labios mirando a su hijo de reojo. —Mejor voy llevando esto al coche. —Cogió una maleta y sonrió. —Espero verles pronto.

—Ahora vamos, papá. —David dio un paso hacia el abuelo que pasó su mano por la cabeza de la niña. —No nos han presentado. Soy David Mathews.

Alargó la mano y su abuelo se la estrechó a regañadientes. —Arthur Curtis.

Cuando se soltaron su abuelo la miró sonriendo con tristeza. —Llámanos para que sepamos que estáis bien.

—Sí, abuelo. —Volvió a abrazarle y su madre se echó a llorar. —Te quiero.

—Lo sé.

Sonrió sin poder evitarlo porque su abuelo nunca le decía que la quería, aunque sabía de sobra que la quería con locura.

David ya esperaba en la puerta y Laia le siguió hasta el coche sin decir una palabra.

Cuando se subió en el asiento trasero después de asegurar a la niña, les vio en el porche y sonriendo se despidió con la mano mientras David se sentaba tras el volante y su padre en el asiento del pasajero.

Greg estaba hablando con alguien al móvil y tuvo que morderse la lengua al escuchar que ya estaban listos para volver y que la niña estaba con ellos. Increíble. No sabía con quién hablaba, pero se imaginaba que era su mujer. Y lo confirmó cuando empezó a describir lo preciosa que estaba.

David la miró a través del espejo retrovisor y molesta se cruzó de brazos desviando la mirada como si no pudiera ni verle.

Se mantuvo en silencio hasta que llegaron a lo que parecía un aeropuerto privado. Se quedó atónita al ver que habían ido en un avión alquilado para la ocasión. Estaba claro que no escatimaban en gastos y ella reclamando quinientos pavos al mes. Eso era una mierda para ellos viendo cómo vivían.

Se entretuvo abriendo el cierre de seguridad de Alexandra y David abrió su puerta. Cogió a la niña en brazos para salir y él la cogió por el brazo. —No lo ha hecho con maldad. Estaban preocupados, eso es todo.

—Claro, es una Mathews —dijo con ironía como si ella les importara una mierda—. Tranquilo que sé que no habéis venido por mí. Yo solo soy una zorra que se acuesta con cualquiera. Me tienen que tragar. Me ha quedado clarísimo.

Pasó ante él sin ver como David había palidecido al escucharla y subió la escalerilla sin esperar a nadie.

Hasta tenían azafata, que tenía ya un asiento especial para el bebé preparado. Unos minutos después David se sentó frente a ella con su padre a su lado. Muerta de sed bebió el zumo que le había pedido a la azafata y aunque quería más, no lo pidió por no molestar.

—Tráigale otro zumo a mi mujer —dijo David sorprendiéndola. Sin poder evitarlo le miró a los ojos mientras él bebía del whisky que había pedido.

—Enseguida, señora. —La azafata sonrió sirviéndole otro whisky a Greg.

—Laia, tienes una familia encantadoramente pintoresca.

Fulminó a su futuro suegro con la mirada. —Al menos son sinceros en sus sentimientos.

—No quería ofenderte —dijo David muy serio.

—Oh perdona, es que ya no distingo la diferencia. ¡Y no hace falta que le defiendas! ¡Este viejo cascarrabias sabe defenderse solo!

Greg se echó a reír asintiendo. —En eso tiene razón.

Cogió el zumo de la bandeja de la azafata mientras David gruñía antes de beber de golpe su whisky.

—¿Desea que le sirva otro antes de despegar?

—No, gracias.

En el momento que se encendieron los motores, Alex se echó a llorar y ella pasó la mano por su barriguita para intentar calmarla, pero nada. Cuando ya habían despegado soltó su arnés y la cogió en brazos.

—Nena, ¿tendrá hambre?

—Tiene una habitación para asistirla si quiere —dijo la azafata mostrándole una puerta.

David se levantó cogiendo su bolsa y la siguió abriéndole la puerta para que pasara. Cuando la cerró al pasar los dos ella le miró sorprendida. —Puedo hacerlo sola.

—Hace un mes no te importaba.

Tomó aire mordiéndose la lengua yendo hacia la cama y se sentó levantándose la camiseta azul que llevaba. Se desabrochó el enganche de su sujetador de lactancia, pero la niña no quería mamar. Preocupada le miró. —Nena, no es nada.

Se acercó y le cogió a la niña tumbándola en la cama le abrió los corchetes del body para comprobar su pañal. —Se lo cambió mamá antes de salir.

David asintió al comprobar que estaba limpio. —¿En qué vinisteis? ¿En avión?

—No, en tren. —Preocupada vio como la cogía en brazos. —¿Crees que serán los oídos?

Él la miró con sus ojos grises y sonrió dándole palmaditas en la espalda. —No pasa nada. Se puso a llorar antes de despegar. No le gustarán los aviones.

Suspiró de alivio y se dejó caer en la cama de espaldas agotada. Había trabajado todo el día en el supermercado y ahora esto. Levantó la cabeza para ver a David paseando por la pequeña habitación con la niña en brazos como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¿No habías cogido en brazos a tus sobrinos antes que a Alex?

David se sonrojó haciendo una mueca. —Te mentí.

—Ah... —Extrañada se sentó. —¿Por qué?

—Por si te arrepentías y te quedabas en lugar de ir a la cita.

Gruñó tirándose de nuevo sobre la cama. —¿Me has mentido en algo más?

—¿Y tú a mí?

—He preguntado yo primero. —Levantó la cabeza porque no contestaba. —
¿David?

Distraído la miró. —¿Qué?

—¿Me has mentido en algo más?

—No. Que yo recuerde no. ¿Y tú a mí?

—¡Yo no he mentido en nada!

Él la miró de reojo. —¿De verdad no te acuerdas de nada de esa noche?

—No. —Se sentó de golpe. —¿Te acuerdas tú? ¿Hice mucho el ridículo?

—¿Por qué ibas a hacer el ridículo?

—No sé. ¡Cuando se bebe se hacen muchas tonterías! ¡Cómo tener sexo con desconocidos! —Él gruñó balanceando a la niña que no se callaba. —Oh Dios, ¿te acuerdas verdad? ¿Estuve muy mal? Claro que estuve mal —dijo para sí frunciendo el ceño mientras él la miraba asombrado—. Estaba casi grogui.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—¿A ti no te preocupa? —David negó con la cabeza. —¿Y eso?

—¡Será porque yo siempre lo hago bien!

—¿Como siempre te pones el preservativo? —preguntó con ironía.

Él chasqueó la lengua y entrecerró los ojos dando un paso hacia ella. —Nena, ¿estás preocupada porque nos vamos a acostar?

Nerviosa le fulminó con la mirada. —¡No nos vamos a acostar!

—Claro que sí. En cuanto llegemos a casa. —Se le cortó el aliento viendo en sus ojos grises como la deseaba. —Y si la niña no estuviera llorando, te hacía el amor ahora mismo por media habitación hasta comerte entera. Y empezaría por esos preciosos pezones de color melocotón que tienen pinta de ser de lo más sabrosos.

Se puso como un tomate sin darse cuenta de que sus pezones se habían endurecido y él lo vio a través de la camiseta. —En unas horas estaremos en casa, nena —dijo con voz ronca—. Puede que tengamos mil problemas, pero el sexo no va a ser uno de ellos.

Sin poder evitarlo ella miró su entrepierna y vio que estaba excitado. —Laia, no me mires así que quemamos el avión.

Nerviosa se pasó la lengua por su labio inferior y carraspeó levantándose. — ¿Dónde está el baño?

—Ni se te ocurra tocarte. —Asombrada jadeó roja como un tomate porque ni se le había pasado por la cabeza. —Estás advertida —dijo antes de salir de la habitación dejándola de piedra.

¿Qué estaba advertida? ¡Si quería tocarse, se tocaba y punto! Menudo descaro. Fue hasta la puerta que había allí y empujó con fuerza, pero no se abrió hasta que se dio cuenta de que se abría hacia afuera. Al menos era un baño más grande que los habituales. Se lavó la cara y las manos. Se miró al espejo y vio que estaba acalorada, así que se la mojó de nuevo. Al levantar la vista se sobresaltó al ver a David tras ella a través del espejo y se volvió de golpe mirándole a los ojos. —Me estaba lavando la cara —dijo con el corazón a mil por hora.

David alargó la mano y la cogió por la cintura pegándola a él. Cerró los ojos sintiendo que se mareaba de placer al sentir su duro cuerpo contra el suyo y con la otra mano la cogió por la barbilla levantando su cara. —La niña...

—Está bien. Se ha dormido. —Acarició su cuello hasta llegar a su nuca. —Joder nena, no puedo esperar a llegar a casa.

Sus caricias la estaban volviendo loca y miró sus labios deseando que la besara, aunque su cabeza le decía que aquello no estaba bien.

David se acercó a su oído. —Pero haré un esfuerzo, preciosa. —Besó el lóbulo de su oreja haciéndola gemir cuando se lo acarició con la punta de la lengua. Se alejó de ella sonriendo de oreja a oreja jactándose de dejarla casi temblando y eso la puso frenética.

—¡Capullo!

Se echó a reír saliendo del baño. —Nena, ¿quieres dormir un poco? Así estarás despejada después...

—Seguro que me duermo en plena faena —murmuró rabiosa.

La risa de David saliendo de la habitación la sonrojó aún más. Debía salir porque Greg estaría especulando lo que ocurría allí y era lo que le faltaba, que su suegro se imaginara cosas.

Después de secarse la cara salió a la cabina, donde Greg estaba medio dormido y la niña estaba en su asiento dormida del todo. David estaba leyendo unos documentos sentado ante la niña y cuando se sentó suspirando su prometido susurró —Laia, ¿tienes hambre?

Pues ahora que lo decía... —Sí, ¿hay algo de comer?

—Está preparando la cena.

—¿Siempre viajas así?

Alzó una ceja divertido. —Qué más quisiera. El avión es de un amigo.

—Pues vaya suerte de amigo —susurró mirando a su alrededor mientras acariciaba los brazos de cuero de su asiento.

—Es un amigo y un cliente.

—Pues tienes que conservarlos. A los dos.

Él sonrió sin levantar la vista de lo que hacía. —Eso pretendo.

—¿Estaba en la discoteca esa noche?

David entrecerró los ojos. —Creo que lo mejor es que no hablemos más de esa noche. ¿No crees? —Se encogió de hombros mientras continuaba molesto —Ya hemos hablado bastante.

—Vale. Por mí perfecto.

—Júramelo —dijo sin creerse ni una palabra.

—No hablaremos más de esa noche. Lo juro.

David asintió. —Perfecto.

Ella estiró el cuello intentando enterarse de lo que leía. —¿Eso qué es?

—Trabajo.

—¿Te has traído trabajo?

—Para el vuelo.

—Increíble. —Cruzó la pierna inquieta y David reprimió la risa mirando los papeles.

—Seguro que te gustaría que estuviera haciendo otra cosa.

—No. —Se sonrojó. —No tengo ni idea de lo que hablas.

—Es que quiero tomarme las cosas con calma. Uno rápido en el baño no es lo que quiero para la primera vez.

—No es la primera vez.

La fulminó con la mirada. —Para mí como si lo fuera y para ti también que no te acuerdas de nada.

—¿No habíamos dicho que no hablábamos más de esa noche?

—Has sacado tú el tema.

Afortunadamente llegó la azafata sonriendo de oreja a oreja empujando un carrito. Al no tener el asiento delante no sabía dónde estaba la bandeja, pero la chica la sacó de su brazo disimulando no haberse dado cuenta de su ignorancia. —Gracias —susurró haciéndola sonreír.

—Tiene una niña preciosa.

Volvió la cara para mirar a su hija. —Sí, ¿verdad?

—Es igualita a usted.

Le puso la bandeja delante escuchando a David que susurraba —Esperemos que no se parezca en todo.

Esas palabras hicieron que perdiera su sonrisa y disimuló mirando su impresionante cena. David al ver su reacción frunció el ceño y cuando la azafata se alejó dijo en voz baja —Me refería a ese carácter tan explosivo que tienes, Laia.

Sin hablar cogió el tenedor y empezó a revolver los guisantes pensando que todo aquello era una locura. Después de todo lo que había pasado, pensar en acostarse con él era una auténtica locura. ¡Por Dios, si la acababa de sacar de su casa! ¡Le había quitado la custodia de su hija! Distraída metió el tenedor en la boca con algo de puré de patatas sin darse cuenta de que David no perdía ojo de todo lo que hacía tensándose.

Todo aquello no tenía futuro. Puede que él fuera un buen padre, pero su relación como pareja estaba herida de muerte desde el principio. Dejando aparte que se había ido sin despedirse del hotel, su manera de tratarla después demostraba que ella no le importaba en absoluto. Solo quería lo mejor para la niña y si ella estaba bien le importaba muy poco. ¿Cómo podía pensar en acostarse con alguien que la trataba así? ¿Por qué cada vez que le tenía cerca todo su cuerpo reaccionaba a él? Eso era pura química y era la razón por la que estaba sentada en ese avión en ese preciso momento. Por la puñetera química que había entre ellos. Era la química lo que la había metido en ese lío.

Se mantuvo callada sumida en sus pensamientos hasta que la cena se quedó fría y cuando dejó el tenedor no había comido ni la mitad.

La azafata le sirvió más agua y miró su bandeja. —¿No le ha gustado la cena? ¿Le preparo otra cosa?

—Tenía menos apetito del que pensaba. Estaba muy bueno. Gracias.

Greg se despertó en ese momento y la azafata asintió antes de preguntar si él quería algo de cenar. —No, gracias. Me tomaría un té.

—Enseguida se lo traigo. —Miró a David. —¿Señor Mathews?

—Nada, gracias —dijo mirando con desconfianza a Laia. Cuando la azafata se alejó, su padre se levantó para ir al lavabo. Él esperó a que su padre desapareciera para decir —Todavía puedo quedarme con la niña. Que no se te olvide. —Le miró sorprendida sin saber a qué venía aquello. —Sigue mis reglas y todo irá perfectamente, nena. ¿Lo has entendido?

—Por eso estoy aquí —dijo con rabia.

Él apretó los labios. —Eso ya lo sé. Pero te lo digo por si sientes la tentación de olvidar que tienes alguna opción en esto, porque no la tienes. Me he asegurado de ello. Así que déjate llevar. Es lo único que puedes hacer.

Su corazón se rompió al escuchar esas palabras apartando la mirada. Al parecer tenía que decir sí a todo si quería seguir conservando a su hija. Maldito el día en que entró en ese despacho para decirle que se hiciera cargo de su hija. Había cometido el peor error de su vida y lo pagaría caro.

Intentó dormir y como no pudo, lo disimuló. El llanto de la niña la hizo levantarse para darle de mamar en la habitación y afortunadamente él no la siguió continuando con su trabajo. Fue un alivio aterrizar, porque le daba la sensación de que los Mathews observaban todo lo que hacía. Un coche les esperaba para llevarles a casa y en silencio se sentó al lado de su hija colocada en una sillita mientras que David se sentaba al otro lado. Suspiró pasándose la mano por la frente sintiéndose agotada. Necesitaba una ducha y tumbarse un rato. Cerró los ojos al ver la calle del señor Mathews, recordando que David vivía en el piso de debajo de sus padres. Estupendo. Viviría debajo de la bruja y seguro que vería a las demás a menudo. Esa teoría se confirmó cuando al entrar en el portal su supuesta suegra salió del ascensor vestida impecablemente para la hora que era, acercándose a su marido para darle un suave beso en los labios antes de mirarla con una falsa sonrisa en la cara. —Me alegro de que estés aquí.

—No mienta, señora. La niña es pequeña y no tiene que disimular todavía. Podría salirle una úlcera. Sería una desgracia —dijo sin cortarse.

La mujer se sonrojó mirando a su hijo de reojo que estaba muy tenso. —Laia...

Su madre sonrió a la niña acercándose a su cuquito y la miró encantada. —Está preciosa.

—Se llama Alexandra —apostilló irónica.

—Lo sé.

—Oh, era por si no se había enterado la última vez que la vio. Porque pareció que no se había enterado.

—Nena... basta. Mamá siente lo que ocurrió ese día. Todos los sienten.

—Pues al parecer el único que dices que lo sienten eres tú, porque ellos no dicen nada.

—Laia, claro que lo sentimos —dijo Greg sorprendido.

Les miró con desprecio antes de entrar en el ascensor. —David, hay que cambiar a la niña. Está a punto de llorar.

En ese momento Alex se echó a llorar poniéndose roja como un tomate. David gruñó metiendo a la niña en el ascensor y sus padres les siguieron algo incómodos.

Chasqueó la lengua mirando las luces y preguntó con ganas de joder —Por cierto, suegra, ¿cómo se llama?

David se sonrojó al igual que los demás. —Mi madre se llama Harmony. Como mi hermana mayor.

—¿La que está embarazada? —preguntó haciéndose la tonta.

—Sí, esa.

—Ah...

—Haremos una comida un día de estos... —La madre de David se calló cuando la miró con horror sin poder disimular. —Mejor esperamos.

—Sí —siseó furiosa—. Será lo mejor.

—Tarde o temprano tendrás que conocerlos a todos —dijo David advirtiéndola con la mirada.

—Cuanto más tarde mejor.

No pudo evitar que el alivio se reflejara en su cara cuando las puertas del ascensor se abrieron y sus padres salieron forzando una sonrisa. —Espero que te guste la habitación de la niña —dijo su suegra algo nerviosa.

—Mientras le guste a ella. —Se encogió de hombros importándole un pepino y siguió a David hacia la puerta de la que ahora sería su casa.

Abrió la puerta y encendió la luz. Ella cogió a la niña para entrar sin despedirse de sus suegros y escuchó como David decía —Dame la maleta, papá.

—Hablaremos mañana —dijo su padre preocupado.

—Sí, ya hablaremos mañana.

Indiferente Laia miraba el hall que tenía una decoración mucho más de su estilo con muebles más modernos, aunque de calidad. Fue hasta lo que era el salón, pero estaba tan oscuro que decidió esperar, pues llevaba a la niña en brazos que seguía llorando. Intentó calmarla mientras David cerraba la puerta y se acercaba a ella muy tenso. Encendió las luces y ella entró en el salón levantando una ceja para que le dijera hacia dónde ir. Él entró por un pasillo a su izquierda y Laia le siguió hasta una preciosa habitación pintada de rosa con una gran cuna blanca en el centro. Apretó los labios porque aquella cuna costaba una fortuna. Se acercó al cambiador y sacó a la niña del cuquito para tumbarla boca arriba. Empezó a desvestirla mientras David la observaba.

—Sólo quieren suavizar las cosas.

—¿No me digas? —Quitó el pañal y cogió unas toallitas del envase que tenía en frente. Era cierto que tenía de todo.

—Nena, si queremos arreglar esto...

Sorprendida se volvió. —¿Arreglar el qué?

—¡Vamos a ser una familia!

—Entérate bien. ¡Nunca seremos una familia! ¡No nos soportamos! ¡Así que jamás seremos una familia!

Él entrecerró los ojos. —¡Si no te soportara, nunca te habría propuesto matrimonio!

—¡No me has propuesto matrimonio! ¡Me has ordenado que me case contigo! —Siguió cambiando a la niña y cuando terminó la llevó a la cuna.

—Estás cansada y creo que lo mejor es que nos acostemos...

—¡No voy a acostarme contigo! —gritó empezando a ponerse de los nervios.

David apretó los labios. —Muy bien. Puedes dormir en la habitación de al lado.

Aliviada fue hasta su maleta y la cogió saliendo al pasillo y entrando en la habitación de al lado sin mirarle siquiera. Cerró la puerta sin darse cuenta de la decepción en los ojos de David, que fue hasta la cuna de su hija y la miró hasta que la niña se quedó dormida de nuevo.

Laia fue hasta el baño y se quitó la ropa con rabia tirándola al suelo pensando que estaban mal de la cabeza. ¿Qué querían? ¿Que lo olvidara todo y empezara de cero? ¡Ella había tenido que parir sola mientras toda aquella familia maravillosamente perfecta no se había enterado de nada! ¡Ella había tenido que soportar sus insultos! ¡Los insultos de David! ¡Y nadie se había disculpado!

Con el cabello húmedo y desnuda salió a la habitación recordando que en su maleta no había camisones. Intentó encontrar una camiseta larga, pero al parecer no tenía ninguna entre sus cosas. Un carraspeo tras ella la hizo volverse dando un grito y al ver a David solo con el pantalón del pijama se quedó de piedra antes de gritar cubriéndose como podía. —¡Fuera de mi habitación!

Él mirándola de arriba abajo sin cortarse dijo con voz ronca —Quería preguntarte por el trabajo...

Nerviosa cogió la maleta, dejando caer sus cosas al suelo para cubrirse con ella. Él gruñó dando un paso hacia Laia. —¡Largo!

—Nena, tienes el trasero más bonito que he visto en mi vida. —A Laia se le cortó el aliento al ver como se acercaba. —Y todo lo demás...

—¡Ya lo habías visto!

—Seguro que tú tampoco recuerdas el mío. —Sonrió de medio lado haciendo que su corazón se sobresaltara en su pecho. —¿Quieres verlo?

Laia entrecerró los ojos. —¿Es una pregunta trampa? ¿Tendré que hacer algo después?

David sonrió. —Nada que no quieras. Lo prometo.

No estaba tan loca como para rechazar aquella propuesta. —Vale.

—Vale, ¿qué?

—Quiero verte. —Madre mía con los abdominales que veía en ese momento ya tenía sueños eróticos para un año entero, pero si veía lo demás...

Él puso las manos en las caderas dándose la vuelta. Laia se mordió el labio inferior viendo como bajaba lentamente el pantalón del pijama mostrando un duro trasero que pedía a gritos que ella le tocara. David la miró sobre su hombro mientras dejaba caer los pantalones al suelo. Los ojos de Laia bajaron por sus muslos cubiertos de un fino vello negro sintiendo que le subía la temperatura. Sin darse cuenta apretó los

muslos tras la maleta y David le miró las piernas antes de darse la vuelta. —Joder, nena....

Asombrada al ver lo excitado que estaba ni se dio cuenta de que David cogía la maleta tirándola a un lado de la habitación antes de cogerla por la cintura pegándola a su cuerpo. Laia gritó de la impresión al sentir su miembro endurecido contra su vientre y se sujetó en sus hombros antes de que él atrapara sus labios haciendo que la traspasara un rayo por todo su cuerpo haciéndola sentirse más viva que nunca. Gimió en su boca cuando su lengua la saboreó y sus pezones se endurecieron contra su torso. Pero cuando él bajó las manos desde sus caderas hasta sus muslos subiéndola sin esfuerzo, se abrazó a su cuello antes de mirarle a los ojos apartando la boca asustada. Él la intentó besar de nuevo, pero se detuvo cuando se apartó. —¿Qué pasa, preciosa? —Muerta de miedo sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y él la miró fijamente. —¿No quieres hacerlo?

—Nunca he estado contigo —respondió casi sin aire.

David palideció sin dejar de observarla, pero forzó una sonrisa. —Nena, ¿qué dices? Nuestra hija está en la habitación de al lado.

—Me has mentado. No es hija tuya.

—Laia, ¿qué disparates dices?

—Yo no recibí los resultados de los análisis.

David preocupado la sentó sobre la cama y se acuclilló ante ella. —¿Por qué piensas eso? ¿Cómo te voy a decir que es hija mía si no es así después de todo lo que ha pasado?

No lo podía explicar. ¿Cómo iba a sentir algo así tocándole y no acordarse de ello? Asustada le miró a los ojos. —¿No me mientes? ¿Alex es hija tuya?

Preocupado la besó en los labios suavemente. —Nena, es hija nuestra. ¿Quieres que te muestre los análisis?

Una lágrima cayó por su mejilla asintiendo. Preocupado salió de la habitación y volvió apenas unos minutos después con un papel en la mano. Casi saltó de la cama para coger el papel y confirmar lo que él había dicho. El resultado era positivo a un noventa y nueve por ciento. Se echó a llorar. —Me estoy volviendo loca.

David la abrazó a él y la besó en la coronilla. —Olvida esa noche, nena. Sé que odias no acordarte de nada, pero todo nos irá bien.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Todo esto ha sido demasiado para todos. Pero nos acostumbraremos. Ahora a la cama.

La cogió en brazos y la tumbó sobre el colchón con suavidad sentándose a su lado. Acarició sus mejillas borrando sus lágrimas mientras se miraban a los ojos. —Ahora cuéntame qué te ha asustado. Parecía que todo iba bien.

Laia se sonrojó con fuerza. —Es que...

—Nena, confía en mí.

—¿Cómo es posible que no me acuerde de esto?

—¿De esto?

Una lágrima cayó por su sien. —De lo que siento cuando me tocas.

Los ojos de David la miraron con deseo. —Te aseguro que no se te va a olvidar de nuevo.

La besó apasionadamente y Laia se aferró a él necesitando cada caricia y cada beso. La mano de David llegó hasta su pecho y se lo amasó con suavidad antes de apartar la boca de sus labios y atrapar su endurecido pezón acariciándolo con la lengua. Laia gritó arqueando la espalda mientras David se colocaba entre sus piernas. Mareada de placer, clavó las uñas en sus hombros temiendo que la abandonara y cuando besó su otro pecho creyó que moriría de necesidad hasta que sintió como acariciaba su sexo con suavidad con la mano. Gritó abriendo los ojos como platos sorprendida por el estremecimiento que la recorrió de pies a cabeza y David atrapó sus labios besándola como si quisiera devorarla antes de que su sexo entrara en su ser de un solo empujón, alargando su orgasmo de manera exquisita. Apenas había recuperado el aliento cuando él empezó a moverse en su interior, provocando que todo su ser se tensara y rodeó sus caderas con las piernas deseando tocarle con todo su cuerpo. David apartó sus labios para mirarla a los ojos entrando en ella de nuevo una y otra vez. —Córrete conmigo, nena —dijo entrando con fuerza en su cuerpo, catapultándola a un mundo desconocido para ella hasta ese momento.

Volvió en sí boca abajo en la cama y sonrió contra la almohada al sentir los besos de David bajando por la columna vertebral mientras sus manos acariciaban sus costados.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó divertido al oírla suspirar cuando amasó sus nalgas—. Si no es así, ya no puedo esperar más —dijo antes de mordisquear sus nalgas haciéndola chillar de la sorpresa y por el placer que le provocó.

Capítulo 10

Un beso en el hombro la hizo abrir un ojo y se encontró con David vestido de sport con unos vaqueros y un polo azul con su hija en brazos. —Le daría un biberón, pero...

Suspiró sentándose en la cama y él se la puso en brazos rozando uno de sus pezones. Gimió porque los tenía muy sensibles después de la noche anterior. Hizo una mueca cuando la niña empezó a mamar y David la besó en la frente acariciando sus rizos hasta llegar a su nuca. —¿Estás bien?

—Sí. —Se miraron a los ojos. —¿Y tú?

David se echó a reír asintiendo. —Estoy muy bien.

—¿No vas a trabajar?

—Es sábado, nena.

—Ah, es verdad.

—¿Vas a volver a trabajar? Necesitaríamos una niñera...

—¿Me das trabajo después de plantarte?

—No he puesto a nadie fijo en tu puesto porque no sabía lo que iba a ocurrir, pero si quieres trabajar a mí me parece bien. Aunque me distraerás a menudo. —La besó en la sien mirando a la niña. —Si quieres quedarte con ella, me parece adecuado. Lo que quieras.

No quería que su familia pensara que la estaba manteniendo, pero se perdería el crecimiento de su hija. No sabía qué hacer.

David sonrió al ver sus dudas. —Piénsatelo unos días. No hace falta que me lo digas ahora.

Suspiró de alivio exageradamente haciéndole reír. Cuando la niña terminó de comer él la cogió en brazos mientras ella se duchaba. David la siguió con la niña. —¿Pasamos el día fuera?

Entrando en la ducha le miró sorprendida. —¿A dónde quieres ir?

—Podemos ir a la playa. Empieza a hacer bastante calor.

Le miró de reojo enjabonándose el cabello. —¿No comes los sábados con tus padres?

—No creo que sea buena idea. Nos vendrá bien estar un tiempo solos.

—Pues va a ser difícil viviendo debajo de ellos —dijo sin poder evitarlo. En ese momento llamaron a la puerta—. ¿Ves?

David gruñó saliendo del baño y sonrió sin poder evitarlo dejando que el agua cayera sobre su cara.

Como no volvió, supuso que estaba hablando con ellos para intentar convencerles de que les dejaran en paz unos días. Salió de la ducha y cogió la toalla rodeándose el cuerpo con ella pensando que su ropa tirada en el suelo de la habitación debía estar hecha un asco. Cuando salió, escuchó a David caminar por el pasillo y se sonrojó intensamente al ver que Harmony hija entraba en su habitación sin ser invitada. —¡Disculpa, pero estoy vistiéndome! —exclamó ofendida al ver que cerraba la puerta.

—Y yo quiero hablar contigo —dijo como si nada mirándola a los ojos con los mismos ojos grises que David—. Mira, soy la mayor y siempre he protegido a mis hermanos. Cuando te vi, no me gustaste un pelo.

—Vaya, gracias —respondió irónica agachándose y cogiendo las primeras bragas que encontró.

Ella levantó una ceja mirando la ropa en el suelo y la maleta tirada al lado de la cómoda. —¿Así deshaces el equipaje?

—¿Venías a algo? ¿Aparte de a criticarme?

—Venía a disculparme. —Levantó la barbilla sin sentir ningún remordimiento. Lo veía en sus ojos. Aquella bruja no la tragaba ni lo haría en la vida. —Siento que mi actitud te ofendiera, pero solo estaba protegiendo a mi familia.

—¿Esa es tu manera de disculparte? ¿Diciendo que haces daño a los demás para defender a tu familia? ¡Mira lárgate de aquí antes de que me pongas de mala leche! ¡Y te aseguro que estaba de muy buen humor!

Harmony tuvo la decencia de sonrojarse. —Puede que fuéramos algo agresivos...

—¡Me humillasteis! ¡Todos menos Martha os pusisteis en mi contra sin conocer la historia!

—¡Porque conocemos a David y él nunca hace nada mal!

—¡Claro, toda la culpa es mía!

—¡Tú eres la que no te acuerdas de lo ocurrido!

—¡Y él tampoco!

—¡Eso es lo que me pareció raro! David nunca pierde el control. ¿Qué hiciste? ¿Le drogaste?

Miró a Harmony asombrada y cuando se abrió la puerta vio a David furioso al otro lado. —¿Esa es tu manera de disculparte con mi mujer? ¿Acusándola de drogarme?

Su hermana se sonrojó. —Perdona, pero...

—¡A mí no tienes que decirme nada! ¡Es con ella con quien tienes que disculparte y creo que ahora no es el momento porque no serías sincera! ¡Vete de mi casa!

Harmony la miró con odio como si ella hubiera roto la relación que tenía con su hermano y salió de allí a toda prisa.

Él se pasó la mano por el cabello intentando parecer calmado mientras miraba a su hermana antes de forzar una sonrisa cogiendo el pomo de la puerta y mirándola. —No te preocupes, nena. Yo no creo esa tontería. ¿Nos vamos a la playa?

David estaba en medio y tampoco quería que se sintiera mal, así que forzó una sonrisa. —Muy bien.

La dejó sola y suspirando se agachó para coger unos pantalones vaqueros limpios y una camiseta de tirantes. Aunque ya hacía bueno, no quería tomar el sol. Pasearían por la playa. Además, no tenía bikini.

Cuando salió David estaba hablando por teléfono en el salón y sonrió al verla. —Tengo que dejarte. Hablamos de ese contrato el lunes. —Colgó mirándola de arriba abajo. —Nena, ¿y tú bañador?

—¿Bañador? Eso se lo pone mi abuela.

David se rió acercándose. —Pues mis hermanas los usan.

—¿No me digas? ¿Dónde está Alex? ¿En su cuna?

—No. Está arriba, porque hoy nos vamos tú y yo solos. —Ella perdió la sonrisa y David apretó los labios. —Laia, estará bien.

—Vete a por ella, David. No se va a quedar allí con... —Al darse cuenta de lo que iba a decir, cerró la boca.

—Te aseguro que son más que capaces de cuidarla y lo hacen encantados.

—La que no está encantada soy yo. Sube a por la niña.

Él se acercó y la cogió de la mano llevándola hasta el sofá sentándola allí. —Nena, tenemos que estar un tiempo solos. Será bueno para nosotros. Alex estará muy bien hasta que volvamos. Tienes que ser razonable.

—Soy razonable. —Molesta soltó la mano. —¿Vas tú a por ella o voy yo? —Como no se movió, se levantó furiosa. —¡No sé cómo se te ha ocurrido que dejaría que se quedara allí después de lo que dicen de mí!

—Es un bebé. ¡No creo que se dejara influir demasiado por lo que digan!

—¡No tiene gracia!

—No intentaba ser gracioso. ¡También son su familia y no la conocen!

—¡Precisamente por eso no pienso dejarla sola!

—Cuando se quedó en la guardería rodeada de desconocidos no te preocupaba tanto.

Le miró asombrada. —¿Crees que no me dolió dejar a mi hija de un mes con desconocidos para ir a trabajar? ¡Lo dices como si me hubiera alegrado de librarme de ella!

—¡Tergiversas todo lo que digo!

—¡Será porque siempre habláis con segundas!

David se levantó yendo hacia la puerta. —Ahora la traigo.

—¡Bien!

—¡Bien!

No sabía si estaba siendo poco razonable o no, pero después de lo que acababa de suceder con Harmony en la habitación, ni loca le dejaría a la niña ni a cien metros de distancia sin supervisión. Escuchó voces en el piso de arriba y se mordió el labio inferior mirando el techo. Asustada corrió hacia la puerta y vio las escaleras. Las subió a toda prisa y entró en el piso de sus suegros para quedarse de piedra al ver a Greg diciendo a gritos —¡Es nuestra nieta! ¡No puede alejarla de nosotros!

—Papá... baja la voz. ¡Te va a oír!

—Ya te ha oído —dijo Martha irónica mirándola desde el sofá con la niña en brazos—. Hola Laia.

—¡No tenéis derecho! —gritó furiosa dejándolos a todos de piedra—. ¿Primero la rechazáis y ahora la queréis?

—Nena, espérame abajo.

—¡Me llevo a mi hija! —Se acercó a Martha, que pesarosa dejó que la cogiera en brazos colocándosela al hombro. —¡La veréis cuando yo quiera!

David se tensó. —No, nena. Eso no va a pasar. Yo tengo la custodia y acabo de decidir que la niña se queda.

Le miró sorprendida. —¿Qué dices? ¡Es mi hija!

—¡No! ¡Es mi hija ante la ley! ¡Yo decido lo que se hace! ¡Y ahora la niña se queda con mis padres!

Harmony de pie al lado de la ventana sonrió maliciosa. —No sé por qué no te quedas con Alex y despachas a esta zorra.

David la fulminó con la mirada mientras Laia palideció al escucharla. —¡Cierra la boca! —gritó su prometido fuera de sí—. ¡Métete en tu vida y deja la mía en paz! —Se volvió hacia ella mirándola a los ojos y dijo fríamente —Vuelve a dejar a la niña con mi hermana.

Martha se levantó y otra de las hermanas se acercó a ella diciendo —Creo que esto no es buena idea, David.

—¡Sara no te metas! ¡Laia!

Apretó las mandíbulas resistiendo las lágrimas porque se lo estaban quitando todo y dejó a la niña en brazos de Martha que la miraba con pena. Salió corriendo de allí dejando silencio tras ella y cuando llegó al piso de abajo se encerró en su habitación. Se tiró sobre la cama a llorar diciéndose que era una idiota de primera al pensar que David se había puesto de su lado frente a su familia. De su lado, menuda tontería. Había pedido la custodia para que no pudiera quitarle la niña, no porque ella le importara en absoluto.

—¡Laia, abre la puerta! —escuchó al otro lado. No parecía enfadado sino decepcionado—. Nena, lo he hecho por nuestro bien.

Como si lo que ella pensara le importara algo. Sin dejar de llorar se puso de lado cogiendo la otra almohada para taparse la cabeza y no escucharle, pero le oyó decir —Vale, desahógate. Te espero en el salón.

Seis horas después ella estaba tumbada sobre la cama mirando el techo y le escuchó acercarse a la puerta. —¿No tienes hambre? No has desayunado y tampoco has comido nada. Además, ayer casi no cenaste... —Eso le hizo recordar por enésima vez que no sabía que estaba comiendo su hija porque no se había sacado leche y se lo recordaban sus pechos que le dolían bastante.

Una lágrima cayó por su mejilla tapándose la cara con las manos intentando buscar una solución y solo se le ocurría que debía ir a un abogado para que alguien la ayudara. Aunque estaba claro que él habría hecho las cosas bien. Su tío había visto la orden del juez y él no la engañaría. Sabía que era un callejón sin salida, pero no le quedaba otra opción. Igual había alguna sentencia anterior que la ayudara.

—Vamos nena, abre la puerta. —Parecía que estaba harto de la situación. —¡Por esta actitud hemos perdido todo el maldito día! ¡Te estás comportando como una niña!

Apretó los labios intentando dejar de llorar cuando escuchó llorar a la niña en el piso superior. Y lloraba muchísimo. Asustada se sentó de golpe en la cama mirando al techo y escuchó a David correr por el pasillo. Saltó de la cama saliendo de la habitación a toda prisa al oír gritar a una mujer en el piso superior. Cuando entró en el piso de arriba, corrió hacia las voces sin darse cuenta de que entraba en un pasillo para ver a su hija en brazos de David que sujetaba un paño con sangre en su cabeza mientras que varios niños lloraban y los mayores no dejaban de hablar atropelladamente. Al ver como sangraba casi se muere del susto y apartó a Sara de un empujón para acercarse a David, que la miró preocupado. —No te preocupes, nena. Se pondrá bien.

—Dame a mi hija —dijo mirándole con odio.

David se la tendió y la cogió en brazos saliendo de allí a toda prisa. Greg la siguió. —Los niños no se daban cuenta de lo que hacían. La trataron como a una muñeca y se les cayó al suelo. Creíamos que estaban en la sala de juegos...

Sin escucharle porque lo único que quería era llegar al médico lo antes posible, entró en el ascensor con David detrás. Asustada porque no dejaba de sangrar, miró su carita congestionada y pálida como la muerte tragó saliva intentando no llorar porque su hija la necesitaba. Impaciente miró las luces del ascensor. —Laia, se va a poner bien.

—¡No me hables! —gritó desquiciada—. ¡No vuelvas a hablarme en tu vida!

Cuando llegaron al exterior el detuvo a un taxi y le abrió la puerta para que entrara. El hospital era un caos, pero cuando vieron a la niña varios sanitarios se acercaron a ellos a toda prisa arrebatándosela de las manos. Angustiada quiso ir con ella, pero una enfermera no se lo permitió mirándola con desconfianza como si ella hubiera tenido la culpa de lo que había pasado. David se tensó al escuchar —Siéntense en la sala de espera hasta que hablen con ustedes.

Fueron unas horas angustiosas en las que se mantuvieron en silencio y cuando se presentaron dos policías en la sala de espera, acompañados por una doctora de color que les dijo algo en voz baja antes de acercarse, casi salta de la silla. —¿Son ustedes los señores Mathews?

—Yo soy David Mathews y ella es mi prometida, Laia Clark —dijo David levantándose.

—Tenemos unas preguntas que hacerle debido al estado de la niña.

—¿Está bien? —preguntó muerta de miedo mirando a la doctora.

—Escuche al agente y después responderé a su pregunta.

—¡Oiga, es la madre de la niña y tiene derecho a saber su estado! —dijo David agresivo.

El policía le fulminó con la mirada. —Antes contestarán unas preguntas y manténgase en silencio.

—¡Soy abogado y sé mis derechos! ¡Quiero ver a mi hija!

—Su hija está bajo la protección del estado hasta que se sepa qué ha ocurrido y ahora cierre la boca de una vez —dijo el otro agente dejándola de piedra.

—¿Bajo la protección del estado?

La mujer la miró a los ojos y al ver su angustia dijo —Su hija tenía morados en los brazos y las piernas. Aparte de la brecha en la cabeza. Hemos tenido que ponerle diez puntos.

—¡Oh, Dios mío! —Se tapó la boca y sus ojos cuajados en lágrimas miraron a David que había palidecido. —¡Maldito cabrón! —Se tiró sobre David sorprendiéndoles a todos y le arañó la cara con ganas de matarle.

Los policías tuvieron que separarla mientras gritaba —¡Cómo os volváis a acercar a ella os mato, hijos de puta! ¿Me has oído? ¡Enterraré a toda tu jodida familia antes de que vuelvan a tocarle un pelo!

—Tranquilícese —dijo la doctora asustada al ver su estado—. Se pondrá bien. No ha sufrido daños graves.

David se sentó apoyando los codos sobre las rodillas y pasándose las manos por el cabello.

—Quiero ver a mi hija —pidió ella llorando sin darse cuenta—. Por favor.

—Yo se lo explicaré, agentes —dijo David—. Pero dejen que vaya a ver a la niña.

Los agentes se miraron y uno de ellos asintió. La doctora le mostró el camino y sonrió con pesar. —No se preocupe. Le he hecho todo tipo de pruebas y no tiene nada de importancia.

Al ver a su hija en una cunita de plástico transparente únicamente con los pañales y ver los morados en sus brazos y piernas casi le da algo, pero cuando vio su cabecita envuelta con una gasa blanca, cayó redonda de la impresión tirando un carrito que tenía al lado.

Cuando se despertó sobresaltada por un fuerte olor. Estaba sobre una camilla y vio a David sentado a su lado mirándola impotente mientras la doctora de color sonreía yendo hacia la puerta. —Bienvenida. Tengo trabajo, tómeselo con calma.

Volvió la vista al otro lado y suspiró de alivio al ver a su bebé. Se levantó a toda prisa y David asustado intentó detenerla, pero ella le dio un bofetón diciendo con odio —No vuelvas a tocarme.

David apretó los labios apartando la mano y se levantó de la camilla sin perderle de vista antes de acercarse a la cunita de su hija. Casi tocándola con miedo por si le hacía daño le acarició la mano. —Hola, mi amor. No te preocupes, te vas a poner bien. No te va a doler nada, ya verás. Mamá está aquí.

Como si su voz estimulara a la niña, abrió los ojos despertándose y levantó sus bracitos. Laia sonrió. —Eh, pillina estás despierta. ¿Querías engañar a mamá? —Se agachó y la besó en la barriga haciéndola soltar un gorgorito para alivio de Laia, que sonrió más abiertamente. —Cuando nos diga la doctora volvemos a casa.

—Nena, podemos irnos cuando quieras —dijo David como si estuviera agotado.

—¡La niña no tiene ropa! —Le fulminó con la mirada. —¿Me la llevo así?

—Le cortaron la ropa para no provocar más daños si es que los tenía. —Tenso rodeó la camilla. —¿Quieres que llame a casa para que traigan ropa a la niña?

—Me llevaré la sábana —dijo desviando la mirada porque cada vez que le miraba tenía ganas de matarle—. Ya la devolveré.

David vio que la cogía con cuidado como si fuera a romperse sin saber cómo sujetar su cabecita porque no sabía dónde tenía los puntos. —Ya me han dado la medicación y los papeles del alta —dijo él preocupado.

Sin contestar nada fue hasta la puerta y David la abrió a toda prisa. —Cielo, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que la lleve yo por si te vuelves a desmayar?

Le miró de tal manera que helaría el desierto y David asintió siguiéndola al exterior. Se subieron a un taxi y Laia fue consciente de que debía ser de madrugada porque las calles estaban vacías. Al llegar a casa David le abrió la puerta y las siguió hasta la habitación de la niña donde le dijo —Déjame sola. Voy a darle de comer.

—Y no puedo quedarme...

Ella se sentó en el sillón blanco que había en la habitación. —¿No me acabas de oír?

Él salió de la habitación como si estuviera derrotado, pero Laia no sintió ningún remordimiento. En ese momento odiaba a todo el mundo, él incluido. Estuvo con su hija un par de horas hasta que se quedó dormida. Preocupada por si le dolía la cabeza, se quedó sentada a su lado y cuando se abrió la puerta David susurró —Nena, está bien y tienes que comer algo y descansar. No querrás volver a desmayarte, ¿verdad?

Laia le ignoró. Sabía que esa era la mejor táctica para que la dejara en paz, así que ni siquiera le miró. Se pasó al lado de la cuna de su hija toda la noche por si la necesitaba y después de cambiarla y de darle de mamar de nuevo, se volvió a quedar dormida tras darle las gotitas que le habían recetado. Se levantó para ponerla en su cuna y decidió comer algo. Iba hacia donde creía que estaba la cocina cuando le escuchó hablar en el salón, así que se detuvo en el pasillo en la penumbra. Le vio sentado en uno de los sofás de cuero con los codos apoyados en las rodillas hablando por teléfono.

—No, no podéis bajar. Está de los nervios. No se ha separado de la niña en toda la noche —dijo agotado pasándose la mano libre por los ojos—. No quiero más dramas. ¡Ahora necesita estar tranquila, joder! Se desmayó al ver a la niña y no me extraña nada. ¡Cuando la vi yo por poco me muero del susto! —Se mantuvo en silencio durante unos segundos y se tensó. —¿Crees que ahora me preocupa que intente recuperar la custodia? ¡Lo único que quiero es que Alex se ponga bien! ¡Te juro que cuando vea a los niños de Harmony les voy a inflar a collejas! —Laia entrecerró los ojos apretando los puños. — ¡Me importa una mierda que esté arrepentida de lo que dijo! ¿Sabes lo que le podía haber pasado a mi hija por las tonterías que le salen por la boca? ¡Estoy seguro de que los niños solo lo hicieron por quedar bien ante su madre, porque saben que odia a Laia y ni entendían lo que hacían! ¡Podían haber matado a Alex! ¡Tiene morados en el cuerpo como si la hubieran cogido por los miembros con saña! —David apretó los labios. — ¡Joder, mamá! ¡No llores! No ha sido culpa tuya.

Laia no estaba segura de eso. No estaba segura de ninguno de los Mathews. — Veremos qué ocurre, pero ahora no quiero veros por aquí. Tenéis que entenderlo. Tengo que dejarte. Voy a ver si consigo que Laia desayune. Dile a papá que necesito que esta semana vaya a trabajar. No puedo ir al bufete. Le llamaré más tarde para darle los detalles de los casos que tengo entre manos.

Al ver que colgaba dudó si salir a la luz o no, pero se dijo que su opinión le importaba muy poco ya, así que salió al salón provocando que se levantara de inmediato forzando una sonrisa. —¿Quieres que te haga el desayuno?

—No. No quiero nada de ti. —Entró por el pasillo que efectivamente iba hacia la cocina que se veía al fondo. Una cocina muy moderna en acero y gris, que brillaba

impecablemente demostrando que se usaba poco. Abrió la nevera y sacó la jarra de zumo. Él a toda prisa sacó un vaso de la alacena y para demostrar que no quería nada de él sacó otro vaso del mismo sitio. Bebió el zumo de naranja bajo su atenta mirada y cuando se iba a ir él negó con la cabeza. —Ni se te ocurra. Vas a comer algo. O haces las comidas que tienes que hacer o te largas de mi casa.

Laia apretó el vaso entre sus dedos con ganas de tirárselo a la cabeza. —Me da igual lo que digas. Después de lo que le ha ocurrido a mi hija, no habrá un tribunal en este país que te la dé.

David dio un paso hacia ella. —Nena...

—¡Ni se te ocurra! —gritó histérica porque no quería sentirle de nuevo y perder el juicio—. ¡Me quedaré aquí hasta que me asegure de que a mi hija no le va ocurrir nada durante el viaje, pero después volveré con mi familia! ¡No volveréis a molestarnos, porque como se te ocurra llamarme siquiera, pienso ir a la prensa para contar lo maravillosos que sois como familia! ¡Te juro que como te acerques de nuevo, os hundo tanto en la mierda que nunca más saldréis a flote! —Dejó el vaso sobre la encimera y salió de la cocina para regresar con su hija.

—¿Crees que a mí no me importa? —preguntó siguiéndola—. ¿Crees que yo no me he asustado por lo que ha ocurrido? ¡Es mi hija también!

—¡Pues compórtate como un padre!

—¡Eso hago!

—¿De veras?

—¡Fuiste tú quien se la llevó de mi lado! ¡Yo me hice responsable de ella desde el minuto uno!

—¡Eso es mentira! ¡Impediste que llegara a tiempo a la guardería a recogerla!

David palideció. —Ahí todavía no sabía que era mía. Eso no es justo.

—¿Quieres saber lo que no es justo? ¡Qué para no hacer sufrir a tu familia, has expuesto a tu propia hija a eso! —gritó señalando la habitación de Alex.

—¡Yo no sabía que eso, como tú lo llamas, iba a pasar! ¡Creía que estaría segura!

—¿Segura con una familia que la odia?

—¡No la odian!

—¡Sí! ¡Nos odian a las dos porque no somos lo que se esperaban para su niño bonito!

—¡Estás diciendo disparates! —Se pasó la mano por su cabello negro antes de poner los brazos en jarras. —Mira, no quiero discutir. Los dos no hemos dormido y estamos alterados. Tú no te vas a ir a ninguna parte cuando la niña se ponga bien. Seguiremos adelante con lo que habíamos hablado en Michigan y...

Ella negó con la cabeza mirándole con desprecio. —Jamás me casaré contigo. No te quiero y no quiero que seas el padre de mi hija.

David dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —No sabes que estás diciendo.

—Lo sé perfectamente. Solo compartimos una maldita noche que ni recuerdo y cuando estamos juntos solo discutimos. Puede que nos hayamos acostado y haya sido fantástico, pero nunca nos llevaremos bien. Odio a tu familia y odio cómo me hacen sentir. ¡Y te odio a ti por hacerme recordar continuamente esa maldita noche! ¡Yo decidí tener a la niña y jamás debí decirte nada! ¡Es mía! ¡Nunca ha sido tuya y no tienes derecho a dirigir nuestras vidas como te dé la gana!

—¡Sí que lo tengo! ¡El tribunal me ha dado ese derecho!

Levantó la barbilla retándole. —Pues prepárate a luchar porque yo pienso jugar sucio si hace falta. Como tú has hecho conmigo amenazándome con la libertad de mi abuela y de mi madre. —David apretó los puños. —¿Quieres continuar? —preguntó con burla—. Prepárate para escuchar mi lacrimógena historia en la televisión y enseñar el parte médico de la niña.

—No lo harías. Son familia de Alex. No querrás hacerle daño a la niña con esto.

—Pruébame —siseó con rabia mirando el arañazo en su mejilla—. ¡Haré lo que haga falta para alejarla de vosotros, pijos estirados!

David entrecerró los ojos dando un paso hacia ella y Laia se asustó al ver su mirada. David se lanzó sobre ella y Laia chilló apartándose en el último segundo y corriendo hacia el pasillo. Gritó sorprendida cuando la agarró por la cintura e intentó soltarse cuando la cogió rodeándola con sus brazos para meterla en la habitación donde habían pasado la noche de su llegada. La tiró sobre la cama sujetando sus piernas cuando intentó patearle en el estómago. Sorprendiéndola vio como arrodillaba una pierna entre las suyas y llevaba las manos a la cinturilla de su pantalón. —¡Déjame! —Intentó golpearle y David cogió sus muñecas tumbándose sobre ella. Furiosa apartó la cara cuando intentó besarla y gritó sorprendida cuando tiró de su camiseta rompiéndola para acariciar su pecho por encima del sujetador. Cerró los ojos intentando resistirse a los besos en su cuello sin darse cuenta de que había destapado su pecho hasta que apretó su pezón entre sus dedos haciéndola gemir. David la cogió por la barbilla para que lo mirara. Cuando sus ojos se encontraron él susurró —Nena, dame otra oportunidad. Te juro que la niña y tú seréis lo primero.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Me lo juras?

—Te lo juro. Nada se interpondrá entre nosotros. Ni mi familia ni el trabajo. Nada. —David acarició sus mejillas borrando sus lágrimas con los pulgares. —Shuss, no quiero que llores más. Siempre te hago llorar y lo odio.

—¿No nos harán más daño? ¿No lo permitirás?

—No os harán más daño. Créeme, nena. No podéis dejarme.

La besó con ternura y Laia acarició su nuca sin darse cuenta queriendo más. Él gimió entrando en su boca besándola con pasión antes de apartarse para quitarse el polo a toda prisa y recuperar sus labios. Impaciente Laia acarició su espalda hasta meter las manos bajo la cinturilla del pantalón arañando sus glúteos y David apartó su boca besando su cuello. Laia protestó retorciéndose cuando él besó sus pechos apartando su ropa con rudeza y suplicó —¡Ya!

David tiró de sus vaqueros hacia abajo sin desabrochárselos y los consiguió sacar quitándole las zapatillas de deporte de paso. Impaciente alargó las manos hacia él y David mirándola con deseo se desabrochó los vaqueros quitándoselos a toda prisa antes de tumbarse sobre ella besándola como si la necesitara. La volvió poniéndola sobre él y Laia cogió su miembro endurecido en su mano guiándolo a su interior. Gimió sintiendo como entraba en ella dejándose caer lentamente. David cerró los ojos como si el placer fuera exquisito y acarició sus muslos hasta llegar a sus caderas, cuando ella apoyándose en su pecho se elevó dejándose caer con fuerza. Ambos gritaron de placer antes de que ella repitiera el movimiento de nuevo perdiendo el control, elevándose una y otra vez muerta de deseo hasta que el placer fue tan insoportable que pensó que moriría. David apretando sus caderas, elevó su pelvis con fuerza haciéndola estallar en un orgasmo increíble que la estremeció cayendo sobre su pecho, cubriéndolos con sus rizos pelirrojos.

Capítulo 11

Los días siguientes su relación cambió. Al no haber problemas del exterior, empezaron a conocerse y sin darse cuenta se enamoró de él. No solo era un padre maravilloso y un amante increíble que erizaba su piel con solo mirarla. Era inteligente, la hacía reír y se entendían tan bien como si llevaran unidos años. Una mañana al levantarse ella se asustó cuando no le encontró tumbado a su lado. Ahí se dio cuenta de que si le dejaba perdería más que un padre para su hija.

Todos los días iba un médico contratado por él para revisar a la niña y cuando le quitaron los puntos, David estaba casi tan nervioso como ella. El médico le dijo que casi ni se notaría, pero ella al ver a su hija con la cicatriz sonrojada, con esa zona rapada de la cabeza, no pudo evitar echarse a llorar.

David le dio las gracias al doctor antes de acompañarle a la puerta y cuando volvió la abrazó apartándola de la cuna. —Se va a poner bien y el pelo le crecerá. Nena, no llores. Ya verás cómo en unas semanas ni se le nota. Tenemos que dar gracias porque no le ha pasado nada grave.

—Sí, soy tonta. Pero es que me he emocionado —susurró contra su pecho.

—No eres tonta.

En ese momento llamaron a la puerta y David se tensó. —Será la asistente preguntando si aún tiene trabajo. Ahora vuelvo.

Laia le vio salir de la habitación, pero sabía que no era la asistente porque le había escuchado hablar con ella por teléfono diciendo que durante esa semana se cogiera vacaciones porque quería estar a solas con su familia.

Fue hacia el pasillo siguiéndole y le escuchó hablar en susurros en el hall. Fue hasta allí para ver a su antiguo jefe escuchando atentamente lo que le decía su hijo. Cuando la vio dijo con pesar —Lo siento muchísimo, Laia.

David se volvió de golpe. —Nena, ahora voy. Vuelve con la niña.

Laia miró a Greg que parecía que había envejecido diez años y apretó los labios porque quizás había sido injusta con ellos que también se habían disgustado. Forzó una sonrisa. —¿Quieres verla? Está despierta.

—¿Puedo verla? Me sentiría más tranquilo.

David la miró dándole las gracias y ella fue hasta la habitación sin esperarles. Les escuchó caminar tras ella sin decir palabra y cuando entraron en la habitación, Greg se quedó impresionado por la cicatriz perdiendo parte del color de la cara. —Lo siento muchísimo. No deberíamos haberla dejado sola en...

—Papá, ahora no —dijo David muy serio cogiendo a la niña en brazos.

El abuelo cogió a la niña como si fuera el objeto más delicado del mundo y nervioso se sentó en el sillón como para asegurarse de que no se le caía. Acarició su manita con ternura y Laia apretó los labios reprimiendo las lágrimas. David la abrazó por los hombros pegándola a él algo nervioso. —¿Cómo te va en el despacho?

—Uno de tus clientes quiere verte el lunes sin falta. Ryan no sé qué. Ha dicho que como no estés, se irá a otro sitio. Yo le he dicho que tu hija había tenido un accidente y que podía irse a la mierda.

David gimió y preocupada le miró. —¿Era importante?

—Sí, nena. Era muy importante. Papá, si te deje al frente era para suavizar estas cosas.

Su padre se encogió de hombros sin dejar de mirar a la niña y se dio cuenta de que estaba tan preocupado por la situación que todo lo demás le daba igual. —No tiene nada en el cráneo, ¿verdad?

—No, Greg. Está muy bien.

Miró a David de reojo. —Vete a buscar a tu madre.

—Si no quieres...

—Vete. Así se quedará más tranquila.

Su suegra llegó a toda prisa y al ver la cicatriz en su nieta se echó a llorar tapándose la boca. Era obvio que ambos pensaban que habían fallado a David con la niña echándose la culpa de todo. Pero eso era algo que tenían que resolver con su hijo, que ella bastante tenía con lo suyo. Harmony estuvo un rato con la niña en brazos hasta que Alex quiso comer. Su suegro se la entregó y susurró sin mirarla a los ojos —Lo siento muchísimo. No sabes cuánto.

Se fue antes de que pudiera decir una palabra y David siguió a sus padres. —Nena, ¿quieres que pida comida china?

Ella asintió viéndole salir antes de sentarse en su sillón y mirar a su hija que ya empezaba a buscar su pecho con la boquita.

Esa noche estaban cenando sentados en el sofá mirando la tele y Laia cogió unos tallarines con los palillos preguntando —El lunes vas a trabajar, ¿verdad? No quiero que por nosotras pierdas el avión.

David se echó a reír acercándose para besarla. —No voy a arruinarme por perder un cliente.

—¿Ese Ryan no sería el del avión?

—Voy a tener que comprarte uno para que estés contenta.

—Ja, ja. ¿Me comprarías un avión? —preguntó en coña—. Pues que tenga una cama enorme.

—Eso sería lo primero que pediría, nena.

—Lo sé. No me has contestado.

—Sí, el lunes iré a trabajar. ¿Y tú? —Levantó ambas cejas y él sonrió. —Lo he pillado.

—Ahora no es el momento.

—Lo sé. No hay prisa.

Le vio comer mirando la tele y cuando se echó a reír por un video de un idiota que se prendía fuego al cabello para tener más seguidores en YouTube le preguntó —¿Cuándo nos casamos? ¿O ya no quieres casarte?

Sorprendido la miró a los ojos. —Nena, creía que ya no...

—Ah —dijo decepcionada mirando a la televisión.

David apagó la tele dejando el envase de comida china sobre la mesa de centro e hizo lo mismo con el suyo. —Laia, ¿quieres casarte?

Se sonrojó. —No, claro que no. Así estamos bien.

—Después de lo que ocurrió con la niña, no quería presionarte con la boda. ¿Debo hacerlo?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¡No lo sé! ¡Me tienes perdido!

Asombrada le miró a los ojos. —¿Y eso qué significa?

—¡Tengo miedo de meter la pata de nuevo! Por eso no te presiono.

—Ah.

No sabía por qué, pero no le gustaba un pelo que ahora no quisiera casarse cuando antes quería formar una familia. Le miró de reojo y vio que la observaba como si fuera una bomba de relojería. —Ya no quieres formar una familia.

—¡Lo sabía! —Se levantó enfadado. —¡Sabía que hiciera lo que hiciera me lo ibas a echar en cara! —La señaló con el dedo. —Ya te voy conociendo. Si te decía que quería casarme, me echarías la bronca con que soy un insensible después de todo lo que había ocurrido. ¡Y también sabía que si no te obligaba a casarte, recibiría una bronca por lo de la familia!

Jadeó indignada. —¡Eso es mentira!

—¡Ja! ¡Es lo que acaba de ocurrir!

Sonrió maliciosa. —Así que me vas conociendo. ¿Y qué estoy pensando ahora?

Él gruñó al verla quitarse la camiseta antes de hacerla reír a carcajadas cuando se tiró sobre ella besándola apasionadamente.

David empezó a trabajar y también empezó la rutina. La asistenta, una mujer de cincuenta y tres años llamada Lucy, estaba encantada con la niña, tanto que dejaba de lado su trabajo para cuidarla con mucho cariño, así que Laia se entretenía limpiando la casa cuando Lucy se distraía. Sus suegros bajaban de vez en cuando para ver a la niña y llevarle regalitos. Se quedaban un rato y a veces Greg hablaba unas palabras con ella, pero se notaba la tensión pasada y las conversaciones nunca eran demasiado extensas.

Lucy estaba haciendo la comida. Estaba cortando unas verduras sobre una gruesa base de madera mientras Laia leía el periódico sentada a la mesa de la cocina con Alex en su cochecito a su lado, cuando la asistenta la miró de reojo.

—Es una pena lo que está ocurriendo.

Levantó una ceja distraída. —¿Con qué?

—Me dan pena los Mathews. ¿A usted no?

—Lucy, ¿estás cotilleando? —Divertida pasó la hoja.

—¿Yo? —Sonrojada la miró como si estuviera ofendida. —¡Yo no cotilleo, señora!

—Como me vuelvas a llamar señora, no te hablo más.

Lucy siguió cortando unas zanahorias quedándose callada y Laia suspiró cerrando el periódico. —Es una situación muy difícil después de haber ocurrido mil cosas. No quiero hablar de eso.

—O sea que no me lo cuenta.

Se echó a reír por la frustración de su asistenta. —¿Qué sabes?

—Casi todo. Les escuchaba hablar cuando decoraban la habitación de la princesita.

—¿Qué? —Se echó a reír a carcajadas. —¿Y qué es lo que quieres saber?

—Me he preguntado por qué no se quedó David a la niña y te trajo aquí cuando ya tenía la custodia, pero como os vais a casar es que os queréis. ¿Verdad?

Se sonrojó con fuerza. —Yo sí que le quiero. Él no me lo ha dicho.

—Oh, él te quiere —dijo muy segura—. Se puso como loco cuando desaparecisteis.

Negó con la cabeza. —No, si se ha enamorado de mí tuvo que ser después.

—No, seguro que no. Se enfadó muchísimo al principio y sé que contrato un detective para averiguar dónde estabas.

—¿De veras?

—Sí. Un día le oí gritar desde el despacho diciendo que tenía que encontrar a su mujer. —Laia se sonrojó. —Y esa eres tú. —Tiró las zanahorias en la olla. —Es significativo que no dijera tengo que encontrar a mi hija, ¿verdad?

Entrecerró los ojos. —¿A dónde quieres llegar?

La mujer la miró con sus ojitos azules. —Me da la sensación de que va a haber más escollos con su familia. —Laia se tensó. —Cuidado con la hermana mayor. Todas las hermanas la temen.

—¿Cómo lo sabes?

—A veces ayudo a la señora Mathews cuando tienen cenas y esas cosas. Me viene bien el dinero extra. Y una escucha de todo. Tiene una lengua viperina cuando se enfada y domina a su familia con el dedo meñique. No le gusta no estar al tanto de todo lo que pasa, pero si hay a alguien a quien adora sobre todos sus hermanos, es a David. No sé la razón, pero lo protege como una leona.

—Bueno, David es mayor que ella y seguro que de pequeños pasaron mucho tiempo juntos —dijo algo preocupada.

—De hecho, fue David el padrino de su boda y no su padre. Sus hermanos se quedaron perplejos.

La miró sorprendida. —¿Qué? ¿Y Greg no se ofendió?

—¿Ves cuando te digo que domina a la familia con su dedo meñique? Ten cuidado. Puede que te dé problemas. La has dejado en evidencia ante toda su familia por lo que han hecho sus hijos y David no le habla. Es la guerra. No te confíes. Cuando menos te lo esperes te dará el hachazo. —Con el cuchillo golpeó la tabla de madera con fuerza sobresaltándola. Preocupada se mordió el labio inferior.

Dos horas después recibió una llamada al móvil y sonrió al ver que era David. —Hola, cielo. ¿Qué tal el trabajo?

—Estoy en el juzgado. ¿Qué llevas puesto? —Se echó a reír sin poder evitarlo y David se unió a ella. —Serás mal pensada. Solo quiero saber si vas en vaqueros.

—Sí, voy en vaqueros. —Bajó la voz mirando hacia la puerta de la cocina. —Y no llevo braguitas.

Él gimió al otro lado de la línea haciéndola reír. —Pues cámbiate y ven a buscarme que te invito a comer.

Se levantó de inmediato. —¿A un lugar bonito?

—Un restaurante precioso en el centro. Ponte ese vestido verde con el que te conocí, nena.

Sorprendida porque recordara ese vestido dijo —¿El verde?

—Sí, te espero aquí que el restaurante está cerca. —Le dio indicaciones de cómo encontrarle y ella sin soltar el móvil entró en el vestidor. Cogió el vestido colocándolo sobre la cama. —¿Puedes estar aquí en media hora?

—Creo que sí. ¿Y la niña?

—Mejor que se quede con Lucy —dijo inseguro—. No te importa, ¿verdad? Solo serán unas horas.

—No, claro que no. Ella la cuidará bien.

—Perfecto. Pues te veo aquí. —Bajó la voz. —Y nena, ponte bragas. Hace algo de viento.

Se echó a reír al escucharle y entró de nuevo en el vestidor colgando el teléfono. Distráida abrió el cajón equivocado y vio la ropa interior de David impecablemente colocada. Tenía al menos cincuenta calzoncillos blancos de Calvin Klein todos ordenados en hileras. Colocó bien la goma de uno antes de cerrar el cajón pensando que debería hablar con él de ese trastorno obsesivo compulsivo de tenerlo todo tan ordenado. Abrió su cajón que era un desastre. Cuando encontró la ropa interior negra, salió casi corriendo para empezar a cambiarse.

Se dejó los rizos sueltos porque sabía que a David le gustaban más. Emocionada después de maquillarse ligeramente, cogió el bolso saliendo a toda prisa para encontrarse con Lucy con la niña en brazos paseando por el salón mientras le cantaba una nana. —Lucy no como en casa.

La miró sorprendida. —¿Y eso?

—David me invita a comer fuera. ¿Puedes quedarte con la niña?

La mujer sonrió. —Claro que sí. Vete tranquila.

Sonrió radiante. —Gracias, eres la mejor. Tienes que darle biberón. Aunque igual llego a tiempo, porque no creo que tenga hambre antes. Los tienes en la nevera.

—Lo sé. Vete y pásalo bien.

Corrió hacia la puerta haciéndola reír, pero volvió a regresar corriendo para darle un beso a Alex en la frente. Abrió los ojos como platos para mirar a su hija. —Papá me ha invitado a comer.

La niña gorgoteó contenta haciendo reír a Lucy. —Será posible. Vete de una vez antes que iniciéis una conversación que no puedas dejar a medias.

—Muy graciosa.

Se volvió para irse. —¿Estoy bien?

—¡Estás muy guapa! —gritó desde el salón.

—¡Llámame si surge algo!

Consiguió un taxi y pensando en el dinero mientras miraba distraída hacia el parque, se dijo que tenía que empezar a trabajar porque dentro de poco no le quedaría dinero en el banco. No quería perder su independencia y que los Mathews le echaran en cara que era una mantenida. Asintió dándole vueltas. La niña ahora estaba bien y podía trabajar. Lo hablaría con David porque igual ya no quería que volviera a la oficina. Ahora eran pareja y puede que fuera incómodo para él tenerla allí todo el día y después en casa. Sí, tenían que hablar de ello seriamente.

Cuando llegó a los juzgados, subió las escaleras corriendo y cuando entró sonrió a David, que a pesar de haberle dado las explicaciones necesarias para llegar hasta él, ya estaba allí esperándola. Se acercó a él cuando la detuvo un agente de seguridad.

—Debe pasar por el arco.

—Oh... —Confundida miró el arco de seguridad. —Solo vengo a recoger a mi novio para ir a comer.

—Nena, pasa el arco. Tengo que hacer algo todavía.

Miró a David y él le hizo un gesto con la mano para que fuera hacia allí. —¿No prefieres que te espere aquí?

—Quiero presentarte a alguien —dijo divertido.

Resignada fue hasta el arco y dejó su bolso en la cinta. Cuando lo recogió emocionada fue hasta David, que la cogió por la cintura pegándola a él. —Hola.

—Hola, preciosa. —Miró hacia su escote. —Cada día estás más hermosa.

Se sonrojó y susurró avergonzada —David, nos están mirando...

Él se echó a reír y le dio un rápido beso en los labios. Sin soltarla la guió sujetándola por la cintura. —Ven, quiero que conozcas a alguien.

—¿Es el del avión?

—No, ese te lo presentaré otro día. —Entrecerró los ojos. —Igual no te lo presento. Es muy atractivo y estás encantada con su avión.

—Cariño, no te cambiaría ni por cien aviones. —A David se le cortó el aliento al ver el amor que le tenía reflejado en sus ojos y se detuvo girándola para que le mirara a de frente.

—¿Eres feliz, nena?

—Mucho. ¿Y tú?

Él sonrió. —Nunca lo he sido más.

El corazón de Laia casi estalla en su pecho y cuando él acarició su nuca antes de besarla, fue como tocar el cielo. Emocionada miró sus ojos grises cuando se apartó. —¿Y esto?

—¿No puedo besar a mi mujer?

—Todo lo que quieras.

David se echó a reír cogiéndole la mano y tirando de ella hacia un despacho. —
Date prisa, llegamos tarde.

—¿Llegamos tarde? ¿A dónde?

David llegó a una puerta y la abrió pasando a un pequeño despacho. Pero David lo atravesó para abrir otra puerta a otra enorme y entraron en otro despacho mucho más soleado. Pero Laia no se fijó en eso, sino en que toda la familia Mathews estaba allí incluidos los niños. Se detuvo en seco asombrada y tensándose sin poder evitarlo. David cerró la puerta. —Entiéndelo, nena. Tenían que estar aquí.

—¿Por qué?

David sonrió a un hombre que ella no conocía. Tenía la edad de Greg y David tiró de ella hasta él. —Él es el juez Clayton y nos va a casar.

Asombrada miró a David. —¿Qué?

—He pensado que mejor no te lo pido y vamos al grano.

Al grano. Se quedó sin habla mirando a su alrededor. ¡Ella no quería casarse así!
¿Y su familia? ¿Y su hija?

—Encantado de conocer a la novia de nuestro David. —Se echó a reír. —He
oficiado los matrimonios de cuatro hermanos. Él no iba a ser menos.

—¿David?

En ese momento le sonó el teléfono a Greg que al mirar la pantalla sonrió. —
¡Ha llegado!

David frunció el ceño. —¿Quién?

—Cariño, ¿quién va a ser? Le avisamos en cuanto nos enteramos. ¿No podías
casarte sin él?

—¡No sé quién es el que falta, pero aquí faltan muchos más! —dijo Laia
empezando a enfadarse—. David, no me caso sin mi madre.

David no le hizo ni caso, sino que le soltó la mano para acercarse a su padre. —
¿Dónde está?

—¡David! ¡Mi abuelo se muere si me caso sin él! ¡Y mi abuela! ¡Además, yo
puede que no tenga hermanos, pero tengo primos y tíos! ¿Cómo se te ocurre...?

—Pues debe estar entrando —dijo su padre confundido—. ¿No te alegras?

David salió corriendo del despacho dejándolos con la boca abierta y atónita miró
a su suegro. —¿Quién viene?

—Su hermano Daniel.

El corazón se le paralizó mirando los ojos verdes de su antiguo jefe. —¿Su
hermano Daniel? ¿Desde cuándo tiene David un hermano?

—Desde que nació porque son gemelos —contestó Harmony maliciosa—. Gemelos idénticos.

Le costó procesar la información quedándose en blanco y de repente miles de imágenes acudieron a su memoria. David diciéndole que nunca iba a discotecas. Negando con la cabeza porque él siempre se ponía preservativo. Su hermana gritándole que él no cometía errores. Ella leyendo el papel del análisis de ADN con la coincidencia. —¿Idénticos? —susurró pálida como la muerte.

—Laia, ¿qué ocurre? —preguntó Martha—. ¿No te había dicho que tenía un hermano? Se le pasaría. Vive en Los Ángeles con su mujer y su hija.

Dejó caer el bolso al suelo sin darse cuenta y aterrorizada caminó hasta la puerta como a cámara lenta mientras los demás murmuraban confusos al ver que se iba.

—Laia, seguro que vuelve enseguida —dijo su suegra caminando tras ella.

Sin hacerle caso llegó al pasillo y vio a David discutiendo acaloradamente con un hombre que estaba de espaldas a ella. Al verla David palideció y el hombre se volvió dando un paso atrás con cara de horror mostrando que la conocía.

Laia se quedó sin aire sintiendo que su estómago se retorció de dolor antes de gritar desgarrada mientras sus piernas se doblaban sin fuerzas cayendo al suelo. David corrió hacia ella cogiéndola por los brazos. —Laia no pasa nada —dijo asustado—. La niña es mía.

Le miró a los ojos sin darse cuenta de que estaba llorando. —Lo sabías desde el principio. Dejaste que creyera que fuiste tú.

Su madre jadeó tapándose la boca mirando horrorizada a su otro hijo que no se había movido del sitio aun impresionado.

—No te mentí. ¡La niña es mía!

—¡Mientes! —gritó desquiciada—. Lo sabía. ¡Me di cuenta la primera noche y dejaste que siguiera creyendo que habías sido tú!

—¡Lo que ocurrió esa noche no tiene importancia! ¡Eres mi mujer y Alex es mi hija!

Una lágrima cayó por su mejilla y susurró —Sí que tiene importancia. — Angustiada le miró reflejando todo el dolor que le había ocasionado. —¿No lo entiendes? Me humillaste para proteger a tu hermano. Me llamaste zorra cuando tú estabas protegiendo una traición. Ni Alex ni yo te hemos importado nunca. Solo te importaba él y proteger lo que había hecho.

David palideció. —No, no fue así.

Sin saber de dónde sacaba las fuerzas se levantó lentamente y soltó sus brazos sintiéndose asqueada consigo misma. Se había acostado con los dos y David había provocado que se enamorara de él, ocultándole que su hija era de otra persona. Era tan humillante que agachó la cabeza muerta de la vergüenza.

—Laia seguro que estás equivocada —dijo Greg inseguro—. No puede ser cierto que...

—Papá no te metas —susurró Sara cogiéndole del brazo para apartarle de Laia—. Tu bolso.

—Gracias —susurró cogiéndolo a toda prisa para empezar a caminar por el pasillo.

—Nena, no te puedes ir. —La cogió por el brazo y le dijo desesperado —¡No lo entiendes! ¡Cuando llegaste al despacho diciéndome que yo era el padre, pensaba que me querías timar! Fue cuando vi las fotos cuando me di cuenta de lo que había ocurrido.

—No quiero explicaciones. —Se soltó mirándole con desprecio aparentando estar muy calmada, aunque lloraba sin darse cuenta. —Ya no las necesito.

David palideció soltando su brazo. —¿No tengo derecho a explicar lo que ha ocurrido?

Laia negó con la cabeza. —No. No tienes derecho a hacerlo ahora que lo he descubierto todo. Llegas tarde.

Se volvió lentamente y siguió caminando sintiendo que su mundo se había derrumbado bajo sus pies. Hace unos minutos se sentía la mujer más feliz del mundo. Tenía una hija maravillosa y estaba enamorada del hombre de su vida. Ahora descubría que todo era mentira y nada le aliviaría el dolor que sentía en ese momento.

Salió de los juzgados y bajó las escaleras sin saber qué hacer. Su hija no era suya ante la ley cuando David ni siquiera era su padre. Se había acostado con los dos hermanos. Nunca podría mirar a los Mathews a la cara de nuevo y lo que era peor, nunca podría mirar a su familia a la cara sin sentir vergüenza por lo que había hecho. Pensar qué opinaría su hija cuando fuera mayor del comportamiento de su madre, la hizo llorar angustiada tapándose la boca mientras caminaba por la acera. Cuando un hombre la miró con curiosidad, corrió hacia el metro y pasó la tarjeta sin molestarse en recogerla. Bajó las escaleras a toda prisa y llegó a la línea amarilla de seguridad marcada en el suelo al lado de la vía. Miró la línea escuchando como el metro se acercaba dando un paso más. Solo un paso y todo se acabaría. La cara de su hija fue lo último que vio antes de que todo se volviera negro.

Capítulo 12

Sentada en su silla de ruedas miraba por la ventana de la habitación del hospital donde estaba ingresada. Su madre entró en ese momento y apretó los labios al ver las pocas ganas de vivir que tenía su hija. Pálida, muy delgada y totalmente deprimida por su situación, ya no sabía qué hacer para que saliera adelante. Porque desde que había ocurrido todo, ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos. Forzó una sonrisa acercándose. —Hola, cariño.

—Hola —susurró sin mirarla.

—¿Qué tal la rehabilitación? Me ha dicho tu fisio que no te esfuerzas.

Se encogió de hombros y Mina se mordió el labio inferior sentándose en el alfeizar de la ventana. —¿No quieres ponerte bien?

—¿Le estás preguntando eso a alguien que se ha tirado al metro? Creo que la pregunta está de más.

—Laia, por Dios... ¿Y tu hija? ¿Y nosotros?

—Estáis mejor sin mí —respondió en voz baja.

Mina reprimió las lágrimas. —El abuelo quiere venir a verte.

Laia la miró con horror. —¡No!

—Y la abuela está dispuesta a subirse al primer avión. ¡Tú verás lo que haces! —dijo intentando mantenerse firme, gimiendo interiormente cuando se echó a llorar tapándose la cara con las manos, mostrando lo avergonzada que estaba. Mataría a los Mathews si pudiera por lo que le habían hecho a su hija. La había destrozado de todas las maneras posibles y jamás sería la misma.

Se agachó a su lado y le acarició su cabeza donde el cabello empezaba a crecer de nuevo. Después de tres operaciones habían conseguido salvarla y Mina daba gracias a Dios cada día por ello. —Venga. Esto no lleva a ningún sitio. Llevas así dos meses y solo sufres. Cariño, tienes que vivir. Con lo que somos las Clark, no puedes dejarte vencer así.

Eso la hizo sentirse todavía peor, porque hasta que ocurrió todo siempre había pensado que era una mujer fuerte, pero estaba claro que no. No se parecía en nada a su madre y a su abuela, tomando el camino fácil.

—¿Quieres ver a la niña? He ido a verla esta mañana y le he sacado unas fotos.

Negó con la cabeza. Sentía que había fallado a todo el mundo. Su madre suspiró levantándose y volviendo hacia la ventana sentándose de nuevo. —Está preciosa, ya tiene unos ricitos pelirrojos que está para comérsela.

—¡Mamá, déjalo ya! —gritó desgarrada queriendo huir de todo.

Su madre cerró la boca y Laia la miró arrepentida. —Lo siento.

—¡Deja de decir eso! —gritó su madre—. ¡Tú solo cometiste un error y lo has pagado con creces! ¡Son ellos los que se sienten horriblemente mal por destrozarte! ¿Cómo crees que está David después de sacarte de esa vía?

La miró sorprendida y su madre vio en sus ojos que ella no sabía nada. —Hija, fue David quien se tiró a la vía para sacarte cuando se detuvo el tren. Iba detrás de ti cuando te tiraste. Vio como el tren te arrollaba. ¿No lo sabías?

—No. —Pálida negó con la cabeza. —Nadie me lo había dicho.

—Fue un shock para él. No se lo podía creer. Cuando llegué al hospital él estaba sentado en una silla rodeado de su familia susurrando que estaba detrás de ti. Que ni se dio cuenta de lo que había pasado. Tenía el traje lleno de sangre y se apretaba las manos diciendo que él te había matado. No era coherente y fue su padre quien me explicó lo que había ocurrido. Ni fui capaz de gritarle que era un cerdo, porque bastante se torturaba él. Por mucho que yo le hubiera dicho, no se habría enterado. Fueron diez horas terribles.

Avergonzada por todo el sufrimiento que había ocasionado desvió la mirada. Apoyando el codo en el brazo de la silla se pasó la mano por los ojos cansada de todo. Solo quería dormir.

Su madre apretó los labios dándose cuenta de que se había vuelto a encerrar en ella misma. —Creo que deberías irte.

Miró a su madre. —¿Qué?

—A una ciudad donde nadie te conozca. Donde no te sientas culpable por todo lo que ha ocurrido. Empezar de cero. Olvidarte de todo y de todos.

—¿Y la niña?

—No te importaba cuando te tiraste a la vía. —Laia apretó los labios intentando no llorar. —No te importa nada de ella. No te importa nadie.

—Eso no es cierto.

—¡Sí que es cierto! ¡Si hubieras pensado en nosotros, jamás lo hubieras hecho!

—¡Sí pensé en vosotros!

Entonces su madre lo entendió todo. —Oh, Dios mío. Te avergonzaba explicarnos lo que había ocurrido, ¿verdad? —Se agachó a su lado apartándole las manos con las que se había tapado la cara. —¡Dímelo! —le gritó—. ¡Dime que te avergonzabas de decirnos que David no era el padre de Alex!

La miró a los ojos por primera vez en dos meses y susurró —¿Qué clase de madre soy? Ni siquiera sabía quién era el padre de mi hija. ¿Cómo iba a explicárselo al abuelo?

—Oh, Dios mío. —Mina la abrazó con fuerza. —Y yo pensando que te había hecho daño que David te hubiera ocultado la verdad. —Se apartó para mirarla a la cara cogiéndola por las mejillas. —Jamás me avergonzaría de ti. Y los abuelos tampoco, porque te queremos con locura. Cometiste un error. Nada más. Y te enamoraste de un hombre en el que confiabas. Fue él quien fue a buscarte a nuestra casa. Fue él quien te mintió y te puedo asegurar que es él quien tiene que sentirse avergonzado por haberte tratado como lo hizo. Tu hija jamás se sentirá avergonzada de ti, porque has luchado por traerla al mundo y por darle una vida mejor que la tuya buscando a su padre. Te engañaron. No eres responsable de lo que ocurrió después y si te has enamorado de David, es porque tienes un corazón enorme. Nunca te avergüences de eso, mi vida. De lo único que tienes que arrepentirte, es de darte por vencida porque eso es algo que no tiene que ocurrir nunca. Lucha hasta la muerte y lo que digan las malas lenguas debe darte igual, porque con lo que has hecho solo les has dado satisfacción para tener más carnaza con la que atacarte. Y me refiero a esa zorra de Harmony.

A Laia se le cortó el aliento. —¿La conoces?

—Fue quien llamó a Daniel para informarle de la boda. Hizo números y se dio cuenta de que su hermano había estado en Nueva York en la fecha en que te quedaste embarazada y sacó sus conclusiones porque al parecer David es un buen chico y el otro es el garbanzo negro de la familia. Informó a sus padres para darles la sorpresa, pero se guardó decírselo a su hermano. Quería ver tu reacción antes de la boda y consiguió lo que quería.

—Así que fue ella. —Se encogió de hombros. —Eso da igual. Si David me lo hubiera dicho...

—¡Sino hubiera sido por ella, no te hubieras enterado allí sino en un sitio controlado! Deberías hablar con David, cielo. Aclarar las cosas de una vez. Han pasado dos meses donde solo os estáis torturando. Tú por la vergüenza que sientes y él por haberte mentido hasta que llegaras a intentar...

—No tengo nada que hablar con él. Que siga su vida.

Su madre se dio cuenta que tampoco quería ver a David por vergüenza y entrecerró los ojos. —Bueno, ahora eso da igual. ¿Quieres ver las fotos de la niña?

Por primera vez en dos meses asintió ansiosa. Se echó a llorar al ver una foto de su hija en la cuna. —Está preciosa.

—Sí, ahora las dos tenéis cicatrices en la cabeza —dijo su madre irónica haciéndola reír. Su madre sonrió porque era la primera risa que escuchaba en meses y se dijo que conseguiría que saliera adelante.

Por su psiquiatra tenía las visitas restringidas solamente a su madre, así que una semana después, como Mina había tenido que volver a casa por un problema en el trabajo, no esperaba visitas. Dolorida después de una sesión de fisio especialmente horrible, se levantó de la silla para tumbarse en la cama gimiendo de dolor al ponerse de costado mirando hacia la ventana. Ya estaban en verano, pero no la podía abrir por si se tiraba por ella. Cerró los ojos suspirando y cuando los abrió, frunció el ceño porque le había parecido oír un ruido en la habitación. Al volverse se quedó sin respiración al ver a David al lado de la puerta. Había adelgazado y parecía cansado, pero lo que le llamó la atención fueron sus ojos que reflejaban un vacío enorme. Sin saber qué decir, volvió la cara hacia la ventana tumbándose de nuevo. Sintió como se acercaba a su cama y pudo sentir su mirada por las cicatrices que tenía en su cabeza y en las piernas, de las operaciones a la que la habían sometido.

—Hola, nena —susurró él como si temiera hablarle siquiera. Los ojos de Laia se llenaron de lágrimas al escuchar su voz después de tanto tiempo, pero no se movió—. ¿Cómo te encuentras?

Como no respondía, se sentó en la cama a su lado. —La niña está muy bien. Lucy dice que no hay niña en Nueva York más bonita que la nuestra. —Se tensó sin poder evitarlo y él se dio cuenta, pero aun así continuó —Sonríe mucho y empieza a dormir menos por el día. Te echa de menos. —Una lágrima cayó hasta su nariz y se la limpió a toda prisa, pero David lo vio. —El fisio dice que esta semana te has esforzado mucho. ¿Te duele?

Su mano rozó su brazo y Laia se encogió como si la hubiera golpeado. David se levantó mirándola arrepentido. —Nunca he querido hacerte... —Sin terminar la frase salió de la habitación.

Daño. Se limpió las lágrimas diciéndose que su madre tenía razón. En cuanto saliera del hospital, buscaría un abogado para recuperar a Alex, aunque después de lo que había ocurrido dudaba que le dieran a su hija.

Al día siguiente le sorprendió que le enviaran flores. Rosas blancas, e imaginándose que eran de sus amigas abrió la tarjeta.

“Seguro que no me crees y seguro que no hago bien al decirte esto, pero te amo por encima de todo y siento no haberte protegido como te merecías. David”

Sus labios temblaron llevando la tarjeta a su pecho, sintiendo que su corazón latía de nuevo. Su madre entró en ese momento y se detuvo en seco al ver su cara. —Hija, ¿qué ocurre?

Ella alargó la tarjeta y su madre se acercó para cogerla. Cuando la leyó, los ojos verdes de Mina se llenaron de lágrimas y suspiró mirando a su hija. —Qué bonito.

—Me ha dicho que me ama. Nunca me lo había dicho.

Su madre se sentó a su lado. —¿Se lo has dicho tú?

Negó con la cabeza. —Está claro que un hombre que te ama después de todo lo que habéis pasado vosotros, es que te quiere de verdad, mi vida. —Se miraron a los ojos. —¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer? Primero tengo que salir de aquí para poder recuperar mi vida.

Mina sonrió. —Bien dicho. Y pégale un puñetazo a esa zorra de mi parte.

Trabajo muchísimo durante tres semanas para intentar recuperarse lo más rápido posible, deseando ver a su hija y a David. Su fisio le quería dar el alta y solo quedaba que el psiquiatra diera el visto bueno. Después de una sesión de dos horas, su médico la miró satisfecho desde detrás de su mesa. —Estoy muy contento con tu recuperación, pero de todas maneras quiero que visites a esta colega cuando salgas de aquí, para que te haga un seguimiento.

—Lo entiendo —dijo cogiendo la tarjeta que le ofrecía. Sonrió encantada—. ¿Entonces soy libre?

El doctor se echó a reír. —Sí, eres libre, pero tómate las cosas con calma.

Laia le miró a los ojos mintiendo descaradamente. —¿Con calma? Haré lo que pueda.

Su madre la esperaba en su habitación con la maleta hecha y le señaló con la cabeza la ropa que estaba sobre la cama.

—¿Un vestido rojo?

Se mordió el labio inferior porque en su pierna derecha tenía una cicatriz muy fea.

—No tienes que esconderte y ahora forman parte de ti. Si te gusta un vestido te lo pondrás, ¿me oyes?

Asintió acercándose a él cojeando ligeramente. —Tienes razón. Pero me pongo un pañuelo en la cabeza.

Su madre hizo una mueca. —Sí, alguien puede impresionarse un poco.

Laia se echó a reír desnudándose y antes de darse cuenta estaba vestida. Se puso unas bailarinas negras y cogió la maleta, aunque su madre protestó. —Mamá, es mi maleta y la llevo yo. —Abrió la puerta y se quedó de piedra al ver allí a David a punto de llamar.

Se miraron a los ojos y David sonrió. —Hola, nena. —Ella levantó la maleta y David se la cogió de la mano rozando sus dedos. Se sonrojó desviando la mirada mientras él se la comía con los ojos. —¿Nos vamos a casa? La niña está deseando verte.

—Y yo a ella —susurró mirando de reojo a su madre.

David vio que cojeaba un poco y frunció el ceño. —Espera, que voy a por una silla de ruedas.

—No la necesito.

Caminó hacia el ascensor y su madre se echó a reír. —Ha amenazado a los celadores con pegarles un tiro como se acercaran con la silla. Así se forzaba a caminar y eso la hace mejorar.

David la siguió y entró en el ascensor tras ella. —¿Te duele?

—No me duele nada.

Los dos sabían que mentía, pero estaba tan nerviosa por ver a David y por ver a su hija, que ni se dio cuenta apretando sus manos. David metió una mano entre las suyas cogiéndole la mano derecha y ella le miró. —Tenemos que hablar.

—Mucho. Hablaremos mucho, pero primero la niña. Llevas mucho sin verla.

Mina sonrió como si estuviera de acuerdo. Un coche con chófer les estaba esperando y su madre se sentó delante antes de que nadie pudiera impedirlo. Algo avergonzada entró antes que David, que le dio la maleta al chófer. Se sentó a su lado y cogió su mano de nuevo como si necesitara tocarla. Sin darse cuenta su pulgar acariciaba el suyo y Laia miró sus manos unidas. —No volviste —susurró sin poder evitarlo.

—No quería empeorar las cosas. Me pareció prudente esperar a que te recuperaras, aunque me moría por verte. —Apretó los labios como si se retuviera.

—Me mentiste.

Él la miró a los ojos. —Deja que me explique, por favor. Sólo una vez. Si después quieres que me vaya, no te molestaré más.

Se le puso un nudo en la garganta viendo la súplica en sus ojos y sin poder pronunciar palabra asintió, pues esperaba su respuesta. David levantó su mano besándola suavemente. —Gracias, nena.

Desvió la mirada sintiendo miles de emociones encontradas, pero aun así no se sentía capaz de apartar la mano de él como si su ser necesitara tocarle.

El coche se detuvo y Laia miró a su alrededor. —¿Dónde estamos?

—Estamos en casa.

Asombrada vio que salía del coche y no tuvo más remedio que seguirle. Al salir del coche reconoció que estaban en Midtown West ante una casita de tres pisos preciosa. Miró a David que le sonrió animándola. —Bienvenida a casa.

—¿Te has mudado?

—Nos hemos mudado. Creo que era lo mejor para que estuvieras cómoda.

Asombrada miró a su madre. —¿Tú sabías esto?

—Claro. Hace tres semanas que vengo aquí a ver a la niña. Te va a encantar.

Se dejó llevar confusa porque hubiera dejado el piso en el que vivía antes y subió los tres escalones que llevaban a la maravillosa puerta labrada que tenía un llamador de plata, cuando se abrió la puerta y Lucy sonrió emocionada. —¡Bienvenida!

Se sonrojó intensamente porque no sabía lo que Lucy pensaba de ella. Seguramente que estaba loca. Lucy perdió la sonrisa poco a poco y miró a David de reojo que se había tensado. —Pasa.

Entró insegura soltando la mano de David mientras todos la miraban como si fuera a explotar en cualquier momento. Al mirar a su alrededor vio hall enorme pintado en crema con las puertas y las molduras en blanco al igual que la escalera. Era precioso. Se notaba que estaba todo cuidado hasta el más mínimo detalle. Incómoda porque todos la observaban, juntó las manos en medio del hall y susurró —Quiero ver a Alex.

David asintió. —Sí, claro.

—Está en la cuna. Se acaba de despertar —dijo Lucy preocupada.

—Vamos, nena. —Alargó la mano yendo hacia la escalera y Laia se la cogió mientras subían los escalones.

Lucy suspiró aliviada. —Lo arreglarán.

—Eso espero.

—David está haciendo todo lo posible para que esté cómoda.

—¿Se sabe algo de los Mathews?

La asistenta puso los ojos en blanco. —¡No le dejan en paz! Estoy más que harta de ellos.

—A mí me dan pena. Han perdido a un hijo y a su nieta con todo esto. Si no fueran tan entrometidos... Y esa asquerosa... —dijo con rabia. Mina miró hacia arriba donde ellos ya habían desaparecido—. Como me la encuentre...

—Ha dado a luz ayer y todos llamaron a David para que fuera al hospital.

Mina apretó los labios furiosa. —Dame un café. Estoy que me caigo de sueño.

—¿Qué tal lo del trabajo? ¿Lo has arreglado?

—Estoy en el paro.

—Ah...

Mina se echó a reír por la cara que puso. —Me tomaré unas vacaciones.

—¿Lo sabe tu hija?

—No. Y no quiero que se lo digas.

—Soy una tumba.

Capítulo 13

Laia siguió a David por un pasillo y se detuvieron ante una puerta con el pomo de cristal. —Entra, nena. Te está esperando.

Le miró a los ojos algo confusa por su actitud. —¿No temes que le haga daño?

David le acarició la mejilla. —Nunca le harías daño y lo que ocurrió fue solo culpa mía.

Los ojos de Laia se llenaron de lágrimas. —No es cierto. Fue culpa mía. No me sirve de nada que asumas mis errores.

—Entonces cada uno tendrá que asumir lo que ha hecho. —Bajó la mano de su mejilla hasta su cuello y ella cerró los ojos disfrutando de su contacto, pero David apartó la mano cuando una lágrima cayó por su mejilla. Preocupado susurró —Me muero por tocarte, pero no sé si es lo correcto dadas las circunstancias. Creo que por una vez debo ser sincero contigo antes de agobiarte.

Se sonrojó porque ella no quería que dejara de tocarla y asintió abriendo la puerta. La habitación era totalmente distinta a la anterior. Estaba decorada de amarillo y blanco y era mucho más alegre. Pero ella simplemente miró la cuna donde su hija estaba tumbada vestida solo con el pañal. Estaba enorme y sus rizos ya le habían crecido ocultando su cicatriz. Emocionada se acercó y la niña chilló como si la reconociera.

David vio como la miraba durante unos segundos como si le diera miedo tocarla, pero al final no pudo resistirse y la cogió en brazos acercándola a ella aspirando su olor. Vio como a Laia le cambiaba la expresión y cuando le sonrió radiante de felicidad, le dio un vuelco en el estómago como la primera vez que la había visto. Se dijo en ese momento que haría cualquier cosa por recuperarla.

Laia ajena a sus pensamientos, se llevó a su hija hasta la ventana y miró con adoración a su niña que cogió la punta de su pañuelo tirando de él. —Hola, mi amor. ¿Me has echado de menos? Mamá es muy tonta, pero no se separará nunca más de ti. Te lo prometo. —Acarició su pelito mirándola fascinada por todo lo que había crecido. —Pesas mucho. Papá te da mucho de comer.

David se rió por lo bajo. —Te aseguro que se acaba todos los biberones. Lo comprobarás enseguida.

Le miró de reojo al darse cuenta de que le había llamado papá. —No es hija...

—No lo digas, nena. Es mi hija. Para todos, pero sobre todo para ella.

—Pero...

—No te preocupes por eso. Ya lo hablaremos. —Se acercó a ellas y le dijo — Nena, siéntate. No quiero que te canses.

—Estoy bien. —Aunque era cierto que le dolía algo la espalda porque no estaba acostumbrada a estar tanto tiempo con tanto peso en los brazos después de lo que había ocurrido.

—No seas terca —dijo divertido guiándola hasta el sofá—. Siéntate.

—¡No soy terca! —Suspiró de alivio al sentarse y él se acuclilló ante ellas. Parecía encantado de tenerla allí y se sonrojó de gusto. Pero era muy consciente de que debía estar horrible comparada con hacía unos meses. Queriendo borrar esos pensamientos, miró a su hija que para su sorpresa se había quedado dormida. —Vaya.

David se echó a reír. —En una hora se despertará berreando y podrás disfrutar de ello.

—Mi hija no berrea. Es una princesita. —Acarició su pelito. —Está bien, ¿verdad? El golpe en la cabeza...

—Está perfecta. Como su madre.

Se le cortó el aliento mirándole a los ojos. —Soy lo menos perfecta que existe.

—Para mí eres perfecta. —David apretó los labios al ver que no se creía una palabra y se incorporó cogiendo a la niña en brazos para llevarla hasta la cuna. Ella iba a protestar —Creo que debemos hablar. Podrás estar con ella después.

Preocupada se apretó las manos y él se acercó para cogerla de la mano. —Vamos a la habitación, así no la despertaremos.

De repente se puso muy nerviosa por tener que hablar de todo lo que había ocurrido, pero sabía que era mejor dejar las cosas claras antes de continuar. Si estaba allí era únicamente por su hija y por la nota que le había enviado con las rosas. Puede que se estuviera montando castillos en el aire. No quería que todo volviera a estallarle en la cara de nuevo. Se levantó y se dejó llevar a la habitación del fondo del pasillo. Era enorme y estaba pintada en color gris perla, pero lo que le encantaron fueron las ventanas en forma de diamante donde habían colocado una chaise longue en color borgoña. Al mirar a su alrededor vio que había un vestidor frente a la cama y después de atravesarlo había un baño. —Es una habitación increíble —susurró cuando él la sentó sobre la enorme cama. Acarició el edredón de seda con colores grises y borgoñas—. ¿Quién la ha decorado?

—Una amiga. Me hizo un favor porque tiene mucho trabajo, pero sabía que tenía prisa y aceleró las cosas dejando otros trabajos a un lado.

Le miró con desconfianza. —¿Muy amiga?

David asintió. —Lo fue.

—Ah. —Chasqueó la lengua antes de mordérsela por si decía algo que la dejara en evidencia.

—Nena, no tienes que estar celosa de Beth. Creo que la has visto una vez en la oficina.

Jadeó con los ojos como platos. —¡La del Birkin!

David la miró confundido. —¿La del qué?

—¡La pija! La que estaba cabreada.

—Sí, algo enfadada estaba. La acababa de dejar porque una pelirroja había puesto mi vida patas arriba.

Se sonrojó intensamente y divertido se sentó a su lado sin soltar su mano. —¿Sabes lo que pensé cuando te vi en aquel ascensor con aquel vestido verde? Que eras la mujer con la que me gustaría pasar el resto de mi vida. —Se le cortó el aliento al escucharle y David sonrió. —Estabas llena de vida y eras descarada. Se notaba que tenías carácter y eras preciosa, pero sobre todo supe que entre nosotros había una química que no había sentido nunca. Imagínate mi alegría cuando me enteré de que eras mi secretaria. Mi padre me había dicho que eras la mejor secretaria que había tenido nunca. —Sorprendida abrió la boca y él sonrió. —Así que estaba dispuesto a esperar todo lo que hiciera falta. Pero cuando entraste en el despacho y me dijiste la razón por la que te habías ausentado... Al principio creía que me estabas tomando el pelo, pero cuando me gritaste que era yo el padre de tu hija... Me invadió el pánico cuando vi las fotos de Daniel en tu teléfono. No podía tener tan mala suerte. Él había estado en Nueva York varios meses antes y recordaba que había estado de fiesta con sus amigos de toda la vida. Por Dios, su esposa acababa de dar a luz a su hija y tiene prácticamente la misma edad que Alex. Se me pasaron mil cosas por la cabeza.

—La primera fue que tenías que deshacerte de mí.

La miró arrepentido. —Sí, debo reconocer que al principio solo quería que salieras del despacho a toda prisa, pero cuando vi el recibo de la tarjeta de crédito supe que se descubriría que era la tarjeta de Daniel, así que para protegerle...

—Le suplantaste —dijo perdiendo todo el color de la cara.

Él se levantó apartándose de ella y se pasó las manos por el cabello preocupado. —Me comporté como un cabrón contigo porque estaba celoso de mi hermano. ¡De un tío del que no te acordabas y que pensabas que era yo! ¡Ni nos conocíamos y me moría de celos porque habías pasado la noche con él! —Los ojos de Laia se llenaron de lágrimas y él la miró arrepentido. —Nena, no llores. Todo esto es solo culpa mía. Cuando después de tu cita con ese Lewis vi que habías llorado por lo que te había dicho, me sentí un miserable pero aun así no di mi brazo a torcer. Fue cuando te vi destrozada ante mi familia cuando me di cuenta realmente de la humillación a la que te estaba sometiendo al dejarte en evidencia ante todos. —Se agachó ante ella y le cogió las manos desesperado. —En tu casa después intenté arreglarlo, pero me di cuenta de que necesitarías tiempo, por eso me fui. Pero...

—Me fui a casa de los abuelos.

La miró a los ojos. —El lunes no fuiste a trabajar y pensé que os había perdido. Así que hice lo único que podía hacer, que era reclamar a la niña para obligarte a volver a Nueva York. Cuantos más días pasaban sin saber dónde estabas, más quería estar contigo, así que me dije a mí mismo que para proteger a Daniel lo mejor era que nos casáramos y cuando conseguí la custodia fui a buscarte sin prever nada de lo que ocurrió después porque sólo me guiaba por mis sentimientos. —Una lágrima cayó por su mejilla y se la limpió desesperado. —Lo que le ocurrió a Alex... No me podía creer que mi propia familia hiciera algo así. No quise presionarte con la boda y cuando la mencionaste, me diste la alegría de mi vida. Pero ni se me pasó por la imaginación que Harmony se lo diría a Daniel para darme una sorpresa. No esperaba verle hasta las Navidades y tenía previsto decirte que tenía un hermano cuando estuvieras preparada. —Él agachó la cabeza como si no pudiera ni mirarla. —Cuando te vi tan destrozada y avergonzada... No fue culpa tuya. Todo fue culpa mía por no ser sincero desde el principio. Te seguí después de salir del juzgado porque temía que me dejaras y no se me pasó por la imaginación que te había hecho tanto daño como para hacer lo que hiciste.

—No debí hacerlo. Fue culpa mía. —Soltó su mano y acarició su cabello negro porque él también había sufrido. —Actué de manera cobarde quitándome del medio en lugar de enfrentarme a los problemas.

—No vuelvas a hacerme esto —dijo él antes de abrazarla con fuerza—. No vuelvas a dejarme.

Entonces se dio cuenta que él después de volver de Michigan solo había intentado protegerla y que las circunstancias les habían atropellado a los dos. Acarició su nuca. —David...

Él levantó la vista como si temiera lo que iba a decir. —No fue culpa tuya. Dijiste que me protegerías, pero no puedes protegerme de todo. Lo único que puedes hacer es estar a mi lado y lo has hecho. Pero no vuelvas a ocultarme nada, mi amor.

A David se le cortó el aliento. —¿Me quieres?

—Cualquier otro hubiera salido corriendo y tú sigues aquí. —Sonrió al ver que se había quedado perplejo.

—¿Te has enamorado de mí por insistir? —Parecía indignado.

—Me enamoré de ti cuando en el avión me acompañaste a la habitación para ayudarme con la niña. Ahí me quedé algo confundida porque se me había pasado el enfado. ¿Cómo podía estar deseando acostarme contigo después de lo que había pasado?

—Es que soy muy sexi.

—Eso también. —Se miraron a los ojos y vio que él quería besarla, pero se retuvo. Laia agachó la cabeza cortándole el aliento y le besó suavemente en los labios. David gimió incorporándose y llevando las manos a su cuello tomó el control del beso tumbándola en la cama. Fue el beso más maravilloso de su vida y cuando él se apartó abrió los ojos mostrándole todo lo que le amaba. Él acarició su mejilla. —Te quiero, nena.

—¿Por encima de todo?

—Por encima de todo y de todos.

Un año y medio después

—Mamá, ese centro queda fatal —dijo mirando un centro hecho de piñas que pensaba poner en la mesa de Navidad.

—Es que todavía no le he echado el spray plateado.

—Esas cosas son baratas comprándolas, ¿por qué te molestas en hacerlas?

—Porque es parte de la Navidad. —La regañó con la mirada. —Sino no haríamos nada. Ni las galletas, ni el ponche, ni...

—Vale, lo pillo. —Se pasó la mano por sus rizos pelirrojos que le llegaban a los hombros mirando la mesa para seis. —Tengo que ir al aeropuerto a buscar a los abuelos. ¿Te quedas con Alex cuando la traiga David? Lucy ha ido a la tienda a comprar más azúcar glass.

—¿Más? ¿Pero qué va a hacer ahora?

—La casa de galleta más enorme del mundo. Quiere impresionar a la niña.

—Va a impresionar a todo el barrio. —Gruñó porque no se le había ocurrido a ella. Desde que su madre se había quedado a vivir con ellos, la rivalidad entre la abuela real y la postiza era tan evidente, que David había hablado con ella seriamente porque a veces ni él podía coger a su hija. Fue Laia la que tuvo que poner las cosas bien claritas para que se comportaran. Al menos ante su marido.

En ese momento sonó el teléfono y gimió yendo hacia la puerta. —Cógelo tú o no llegó.

Se estaba poniendo el abrigo cuando su madre se puso ante ella con el teléfono inalámbrico en la mano tapando el auricular. —Es tu suegra.

Se le cortó el aliento porque no habían hablado desde aquel día horrible. Preocupada por si había pasado algo, cogió el teléfono mirando a su madre.

—Coge un taxi y ve a por los abuelos. —Su madre asintió mientras ella se colocaba el teléfono al oído. —¿Diga?

—¿Laia? —La voz de su suegra le indicaba que algo no iba bien.

—Sí, Harmony. Soy yo.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. —Vio que su madre salía de casa poniéndose el gorro. —Estamos muy bien.

—Te preguntará para qué te llamo.

La verdad era que sí, pero no quería presionarla. Aunque ya que lo decía... —La verdad es que me ha sorprendido la llamada. ¿Ocurre algo? ¿Greg está bien?

—Oh, sí. —Sorbió por la nariz. —Estamos bien. Al menos de salud. Queríamos...

Se tensó porque esperaba que no dijera lo que se imaginaba. —Sé que es mucho pedir, pero...

—Harmony si llamas por la cena de Nochebuena...

—El año pasado no vinisteis y nos reunimos toda la familia. Fue mi triste. Si estuviéramos todos juntos...

En ese momento se abrió la puerta y su marido entró sonriendo al verla. Cerró la puerta y se acercó para darle un beso en la mejilla. Frunció el ceño al ver su rostro. —¿Qué ocurre?

—¿Es David? —preguntó su suegra asustada antes de colgar el teléfono.

Laia apretó los labios mirando a su marido que se tensó. —¿Era mi madre?

—Ha llamado por la cena.

—Olvidalo. —Cogió el teléfono de su mano antes de empezar a quitarse la bufanda y el abrigo.

—Cariño...

—¿No tenías que ir a buscar a los abuelos?

—Ha ido mamá.

—Estupendo. Toda para mí.

—David, no quiero que pierdas a tu familia por mi culpa.

—Les voy a ver todas las semanas. Y me llevo a la niña. No tienen por qué hacerte sentir culpable por esto. —Se acercó a ella y la abrazó. —¿Llevas el abrigo por algo?

—Iba yo al aeropuerto antes de que llamara tu madre.

Él se lo quitó a toda prisa cogiéndola en brazos haciéndola reír. —¿Qué haces?

—Celebrar la Navidad. —La besó suavemente en los labios antes de empezar a subir las escaleras.

—¡Alto ahí! ¡Tengo mil cosas que hacer!

—¿No me digas? —preguntó malicioso—. ¿No habrás abierto mi regalo?

—No. ¿Por qué? ¿Qué me has regalado?

—¿Cómo decías que tenías mucho que hacerme?

Se echó a reír. —¿Serás tonto? ¡A ti no voy a hacerte nada! Tengo que ayudar con la cena. —Él la dejó sobre la cama y antes de darse cuenta ya le había quitado el jersey. Él se quedó de piedra al ver el conjunto de alta lencería que le había comprado y Laia gimió. —Sorpresa.

—¡Sorpresa! ¡Era mi sorpresa! ¡Y dijiste que no habías abierto el regalo!

—No lo he abierto yo. Alex está incontrolable. —La cara de David la hizo reír a carcajadas.

—¡Ahora voy a abrir el mío!

Asombrada vio que salía de la habitación. —¡David! ¡David, ni se te ocurra! —Corrió tras él y se tiró sobre su espalda. Su marido riendo la cogió por las piernas y la volvió a meter en la habitación. —¡Te compensaré!

La dejó sobre la cama y se volvió mirándola malicioso. —Así que al final sí que vas a hacerme algo.

—¿Quieres ver cómo me queda mi regalo? —Se abrió el botón de su vaquero, bajándose la cremallera lentamente y mostrando la parte de arriba de su braguita.

Él se quitó la chaqueta del traje sin perder detalle y cuando sus pantalones pasaron por sus caderas ya se había quitado la corbata impaciente. Laia se echó a reír tumbándose en la cama para sacar los vaqueros y David gruñendo se los sacó por los talones. —Te queda muy bien.

Ella se volvió para mostrarle el trasero que era en tanga. —¿Y por detrás?

David acarició su trasero pasando el pulgar por una de las cicatrices. —Te queda tan bien que te compraré más.

Provocadora se puso de rodillas y le miró por encima del hombro. —¿No me las vas a arrancar?

A David se le cortó el aliento mirándola a los ojos. —Sí que se te quedó grabado.

—Un poco.

Él estiró la fina tira que estaba entre sus nalgas haciéndola gemir. —Joder, nena... Sigues excitándome con una sola mirada.

Inclinó su trasero hacia atrás rozando su excitación a través de los pantalones. Rozándole la suave piel de sus nalgas se desabrochó los pantalones sin dejar de mirarla excitándola muchísimo y cuando su mano la acarició entre las piernas se mordió el labio inferior con anticipación. Con la otra mano tiró con fuerza de la tira de su tanga haciéndola gritar de placer y más aún cuando entró en ella de un solo empujón. Laia arqueó su cuello disfrutando al sentirse llena por él y cuando empezó a moverse en su interior, disfrutó de la exquisita tortura que la recorría de arriba abajo. Acariciando su espalda hasta llegar a sus hombros entró en ella una y otra vez hasta que la elevó pegándola a su torso. —Córrete, preciosa. —Movié sus caderas con fuerza

estremeciéndola de placer mientras la abrazaba a él sin dejar de moverse alargando su orgasmo.

Volvió en sí cuando él estaba besando su cuello y acarició los brazos que la rodeaban. —Te amo tanto que asusta —susurró él en su oído.

—A mí me asusta perderte.

—Eso no pasará nunca. —La besó en la sien apartándose y ella gimió cuando salió de su cuerpo. Laia se tumbó sobre la cama haciendo una mueca al ver el tanga colgando de la pierna. Él rió por lo bajo. —¿Ahora te arrepientes?

—Un poco, pero ha sido... —Le miró maliciosa haciéndole reír mientras iba hacia el baño. —Cariño, date prisa que tienes que ir a la guardería.

—Lo sé.

Se levantó a regañadientes, aunque lo que quería era meterse en la cama. Fue hasta la ducha y se metió con él quitándose el sujetador. Se estaban enjabonando cuando él miró sus pechos llenos de espuma antes de bajar la vista hacia su vientre. —Nena, ¿has engordado un poco?

—¿No te gusta?

David la cogió por la cintura pegándola a él. —Estás preciosa. —La miró a los ojos. —¿No tienes nada que decirme?

—Que como no te des prisa, no llegarás a tiempo y esa bruja te hará pagar veinte pavos.

Su marido le dio un beso antes de seguir duchándose. Laia volvió a pensar en la llamada de su suegra y se dio cuenta que al fin y al cabo ellos no tenían la culpa de nada. Era entre David, Daniel, Harmony y ella. —David... —Su marido bajo la alcahofa de la ducha se volvió. —Igual deberíamos pasarnos por la cena de tus padres.

Él se tensó. —Daniel estará allí. Y su esposa. Eso por no hablar de Harmony.

—Lo sé. —Acarició su torso. —¿Pero no deberíamos dar normalidad al asunto?

—No quiero que te sientas incómoda. Y yo tampoco quiero recordar lo que ocurrió. —Se volvió y Laia apretó los labios.

—No lo olvidaremos nunca.

Él agachó la cabeza dejando que el agua cayera en su nuca como si intentara relajarse. —No quiero que se entere.

—Alex se enterará porque a alguien se le escapará y con lo lista que es no tardará en descubrirlo —dijo con pena—. Pasaremos ese puente cuando llegue, pero ahora tus padres lo están pasando mal. No será tan terrible.

Su marido se volvió mirándola preocupado. —No quiero que tú sufras.

—Si me encuentro incómoda nos vamos. Además, los abuelos no les conocen.

—Será incómodo para todos.

Acarició su brazo. —Tu madre estaba llorando. —David apretó los labios furioso. —No te enfades. Estoy segura de que no lo ha hecho para hacerme sentir culpable. Seguro que ha hablado contigo millones de veces de esto y no me has dicho nada.

—Está bien. Iremos después de la cena a saludar y tomar una copa, pero en cuanto vea que estás incómoda nos largamos.

Asintió sonriendo. —Muy bien.

Se vistió con un vestido verde entallado con unos zapatos de tacón que estilizaban sus piernas. Hizo una mueca porque al caminar la cadera se resentía un poco, pero esa noche quería tener el mejor aspecto posible. Mirándose al espejo se puso el cinturón negro que iba a juego con las medias. Parecía casi la de antes. Casi, porque ahora era inmensamente feliz.

Capítulo 14

Sus abuelos aparecieron cargados de regalos y David con la niña en brazos les saludó mostrando lo bien que se llevaban. Sus abuelos adoraban a David después de todo lo que había ocurrido. Su abuelo abrazándola con fuerza le dijo que estaba preciosa. Hacía seis meses que no se veían y ella se emocionó sin poder evitarlo.

A la cena se unió Lucy que no tenía familia y como vivía con ellos, lo lógico es que esa noche la pasaran todos juntos porque ahora formaba parte de su familia. Laia cogió la mano de su marido viendo como Lucy encantada colocaba en el centro de la preciosa mesa un pavo enorme. Cogió la copa de champán y se levantó sorprendiendo a su marido. —Este es el segundo año que pasamos aquí y me alegra muchísimo que hayáis venido. —La niña aplaudió sentada sobre las rodillas de su bisabuela. —Gracias, cariño.

Todos se echaron a reír y su marido frunció el ceño cuando levantó la copa de champán. —Quiero brindar por un año maravilloso y deseáros toda la felicidad del mundo. Feliz Navidad.

Todos levantaron su copa. —Feliz Navidad.

Iba a beber cuando su marido se levantó quitándole la copa de la mano. — ¡David!

Él se sonrojó al ver que toda la mesa se le había quedado mirando asombrados y carraspeó sentándose. —Nena, no puedes beber alcohol.

—¿Pero qué dices? Claro que puedo. —Intentó cogerle la copa, pero él la apartó. Atónita se sentó a su lado. —¿Qué disparates dices, David? Dame la copa.

David sonrió encantado girándose a los demás. —No puede beber alcohol porque está embarazada.

Todos gritaron de la alegría mientras que ella les miraba como si estuvieran mal de la cabeza. —No estoy... —Negó con la cabeza antes de entrecerrar los ojos contando mentalmente. Abrió los ojos como platos al darse cuenta de que el mes pasado no había tenido el periodo y ni recordaba si lo había tenido el mes anterior.

David se echó a reír a carcajadas y la besó en la mejilla. —Pensaba que lo sabías y que querías darme una sorpresa. Llevo esperando dos meses y me imaginaba que querías decírmelo mañana.

—¿Cómo te lo iba a decir si no lo sabía?

Todos se echaron a reír encantados y la niña aplaudió de nuevo. Su marido muy contento pasó su brazo por el respaldo de su silla. —¿Estás contenta?

Le miró con amor. —¿Y tú?

—No podría estarlo más.

Acarició su mejilla antes de besarle suavemente en los labios. —Te quiero.

—Es estupendo. Espero que sea niño —dijo el abuelo ganándose una mirada de reproche de todas las mujeres de la mesa.

Arthur se sonrojó. —Bueno es por si David necesita testosterona en la casa.

David se echó a reír guiñándole un ojo. —Brindo por eso.

La cena fue maravillosa y cuando estaban en el salón, Lucy llevó la enorme casa de galleta. La niña miró maravillada todos los bastones de caramelo y las golosinas que llevaba pegadas. La pobre se quedó dormida en los brazos de su padre chupando uno de los caramelos mientras los mayores charlaban.

Al ver que eran las diez de la noche miró a su marido a los ojos y este hizo una mueca. —¿De verdad quieres ir?

—Nos pasamos a saludar y volvemos. No será para tanto.

—Pues díselo tú a tu familia.

—¿Qué ocurre, hija?

—Vamos a ir hasta la casa de los Mathews a saludar.

Las caras de sus familiares lo decían todo. No querían ir sin llevar sus escopetas.

—Solo será un momento y a Harmony y a Greg les hará mucha ilusión.

Mina apretó los labios levantándose. —Vamos papá.

Arthur se levantó a regañadientes para ir hacia el abrigo al igual que la abuela. No les gustaba, pero irían por su bien. Sonrió a su marido. —¿Ves?

—Veo que va a haber problemas.

—Va. Serás exagerado.

Con la niña dormida en sus brazos, acompañada de la abuela y de Lucy iban en el coche con David, mientras su madre y el abuelo iban en taxi. Se tensó un poco al llegar a la casa en el Upper West Side, pero disimuló por su marido.

Entraron en el ascensor todos juntos en silencio y su madre cogió a la niña en brazos. Miró de reojo a David y forzó una sonrisa cogiendo su mano.

—Esto no es buena idea.

—Ya lo veremos.

Como no habían avisado, cuando llamaron a la puerta Greg chilló de la alegría al verles allí. —Pasar, pasar. —La miró a los ojos. —Laia, estás preciosa.

—Eso le digo yo todos los días.

Harmony apareció en el hall y abrió los brazos a su hijo. —Me alegra que hayáis venido. Hemos cenado, pero...

—Mamá, ya hemos cenado.

—Sí, claro. —Miró a Laia y la abrazó antes de darse cuenta. —Gracias.

—No sé si os conocéis —dijo disimulando su emoción—. Ellos son mis abuelos. Arthur y Rose.

—Bienvenidos —dijo dándoles la mano con una gran sonrisa en los labios antes de mirar de reojo a Mina y acercarse—. Mina, ¿quieres dejar a la niña en...?

Su madre negó con la cabeza algo tensa. —Estoy bien. Gracias.

—Sí, claro. —Perdió algo la sonrisa. —Pasar. Estamos en el salón.

No podía reprender a su madre por proteger a su nieta y entendía su actitud, pero le susurró al oído —Relájate un poco.

—Ya claro.

David la cogió por la cintura después de quitarse los abrigos llevándola hasta el salón donde toda la familia estaba en silencio como el día que ella les vio por primera vez. Sus ojos recayeron en Daniel, que al lado de una mujer morena la miraba con desconfianza. Su marido al ver a quien miraba, se tensó apretando su cintura. Ella le miró sonriendo.

—Pasar por favor —dijo Harmony preocupada—. No os quedéis ahí. Mirar quienes han venido. ¿A que es una sorpresa maravillosa?

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Martha levantándose del sofá seguida de sus dos hermanas. Harmony se quedó al lado de su marido mientras las saludaban educadamente sin poder mirarla a la cara.

Fue ella la que se acercó con su marido y David le presentó a Roger que estaba obviamente incómodo al lado de su esposa. —Me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo.

—Hola Laia —susurró Harmony mirándola por primera vez—. Me alegro de verte tan bien.

—Está preciosa —dijo Greg como si estuviera orgulloso de ella.

—Está embarazada —dijo su marido sonriendo por primera vez.

Las hermanas de David se alegraron mucho y Daniel se acercó a su hermano para felicitarle. Al verles a los dos juntos era cierto que eran idénticos, pero David tenía la raya del cabello hacia la derecha al contrario que Daniel. Y su cuñado estaba algo más delgado.

Daniel la miró y le tendió la mano. —Laia.

—Daniel, me alegro de verte. ¿Has venido a pasar las navidades?

—Sólo hasta pasado mañana.

Su mujer se acercó y ella la miró. Otra víctima de una noche loca. —Ella es mi esposa, Ingrid.

—Encantada —dijo extendiendo la mano.

La mujer se la estrechó porque no tenía más remedio. No debía ser agradable tener que comportarse así con la que había tenido un lío con tu marido. Ella lo entendió.

Aliviados se sentaron en los enormes sofás y para su sorpresa la conversación surgió sola por el embarazo. Se echaron a reír cuando ella dijo que porque se lo había dicho David, que ella no se había dado ni cuenta.

Sabía que nunca tendrían una relación familiar como la que tenían con su familia, pero quería que al menos los abuelos fueran felices en esas fiestas.

Después de que los que podían tomaran una copa, ella se levantó para ir al baño antes de irse. Cuando salió se encontró con Harmony en el pasillo. La hermana de David estaba muy nerviosa y supo lo que quería al instante. —No digas nada.

—Llevo año y medio queriendo hablar contigo y ya no aguanto más. —La cogió por el brazo. —Necesito que me perdones. No imaginaba que...

—Lo sé. Nadie se podía imaginar que yo reaccionara así. Y te puedo asegurar que hace dos años, si me lo hubieran contado, no me lo habría creído. Pero ya pasó. Soy feliz con mi marido y no necesito más.

—¿Eres feliz? —Pareció aliviada. —Me alegro mucho. Te lo juro. Creía que lo hacía por deber y no me di cuenta de que te amaba de verdad hasta que le vi en el hospital desgarrado de dolor temiendo por tu vida.

—Lo sé.

—¿Nena?

Se volvieron hacia David que las miraba tenso al final del pasillo. Sonrió para que no se preocupara. —Todo está bien.

—¿De verdad?

Harmony volvió por el pasillo pasando ante su hermano sin mirarle siquiera como si temiera su reacción y Laia se quedó de piedra. No le hablaba a su hermana. David se acercó y le acarició la mejilla. —Vamos a casa.

—No. —Dio un paso atrás asombrada. —No le hablas, ¿verdad?

—No tenía que haberse metido donde nadie la llamaba.

—¿Eres el único?

—Su relación se ha resentido con todos, pero es lógico. ¿No crees?

—¡No! ¡No es lógico!

Su marido vio asombrado como enfadada volvía al salón y ponía las manos en jarras.

—Ahí va... —dijo su madre satisfecha.

—Vamos a ver, que me estoy empezando a poner de mala hostia.

Los Mathew la miraron con la boca abierta. —¡Aquí hemos metido todos la pata! Empezando por él —dijo señalando a Daniel que se sonrojó—, y por mí. ¡Harmony metió la nariz donde nadie la llamaba, pero lo hacía porque quería a su hermano y quería protegerle! ¡Aquí todos queríais proteger a David de mí, pero ella es la única que tuvo huevos para hacer algo!

Harmony hizo una mueca cruzándose de brazos. —Pues sí.

—Harmony... —le advirtió Greg.

—Si yo hubiera sabido con quién me acostaba, nada de esto habría pasado. Si Daniel no se hubiera ido a la mañana siguiente, tampoco habría pasado. ¡Si David me hubiera abierto los ojos cuando le acusé de la paternidad, tampoco habríamos llegado a esto! ¡Qué Harmony llamara a Daniel sólo precipitó que me enterara de la verdad y solo yo... repito, solo yo, soy la responsable de lo que ocurrió después! ¡Nadie más! Así que quiero que le pidáis disculpas a Harmony.

Su madre jadeó indignada mientras Martha y Sara sonreían de oreja a oreja mirando a David. —Cada día me cae mejor —dijeron a la vez.

Él miró orgulloso a su mujer y cuando Laia le fulminó con la mirada dijo asombrado —¿Yo?

—¡Tú el primero!

—Yo no pienso disculparme con ella.

—¡Bien dicho, yerno! —Mina se levantó con ganas de matar a alguien y puso a la niña sobre el regazo de su consuegra, que claramente estaba atónita por cómo se estaban desarrollando las cosas. —Vamos a ver, que me estoy cabreando.

Su abuelo silbó. —Esto se calienta

—¡Esta tía —dijo señalando a Harmony que se sonrojó—, quiso hacerte daño a propósito! ¡Le hizo daño a mi nieta y quiso humillarte ante la familia de tu marido! ¿Estás loca?

—¡Lo hizo para proteger a David! ¡A mí no me conoce!

—Exacto —dijo Harmony—. Yo solo quería ponerla en evidencia.

—Pues podías cerrar la boca, bonita —dijo la mujer de Daniel dejándolos a todos con la boca abierta—. ¡Si te hubieras callado, me hubieras ahorrado mucho dolor!

Harmony se sonrojó, pero Daniel se levantó. —No. Laia tiene razón. Si hubiera sido responsable de mis actos, nada de esto hubiera ocurrido. Ellos se hubieran enamorado igual y no hubiera pasado todo lo que vino después.

—¿Queréis dejarlo de una vez? —dijo uno de los niños que jugaba con una video consola sentado en la alfombra. Todos le miraron ponerse boca abajo sin apartar la vista del videojuego—. Han sido un cúmulo de meteduras de pata. Qué pesados son los mayores. No pienso salir con ninguna chica. Solo dan problemas.

Los mayores se miraron avergonzados y carraspearon antes de que Harmony dijera —Cariño, a la sala de juegos.

—Sí, ahora.

Puso los ojos en blanco avergonzada y miró a David. —Vale, no hace falta que me pidas disculpas.

—¿No me digas?

Laia le dio un codazo en el costado haciéndole gemir.

—Creo que lo mejor es que hagamos borrón y cuenta nueva —dijo Arthur satisfecho—. Greg, este coñac es de primera. ¿Tienes más?

—Por supuesto.

—Yo quiero más de ese pastel tan delicioso —dijo la abuela apoyando a su marido—. Y coñac. Un buen lingotazo.

Todos se echaron a reír y David pasó el brazo por sus hombros besándola en la sien. Para relajar aún más el ambiente las mujeres decidieron jugar al Monopoly mientras los hombres jugaban al póker. Al final estuvieron allí tres horas más organizando una auténtica fiesta.

Tumbada al lado de su marido le abrazó el torso susurrando antes de quedarse dormida —No ha estado mal.

—Gracias, nena.

—¿Por qué?

—Por intentar que mi relación con mi familia vuelva a ser la de antes. Debes quererme muchísimo para pasar por eso, cuando cualquier otra persona simplemente querría olvidarles.

Sonrió abrazándole más fuerte. —¿Te pusiste celoso?

—No.

Le miró sorprendida. —¿No?

—No. Hace un año me hubiera subido por las paredes, pero ahora sé que me amas tanto que ni se te ocurriría mirar a otro dos veces. Por mucho que se parezca a mí.

Entrecerró los ojos. —Ah.

David se echó a reír. —¿Quieres ponerme celoso?

—No, pero... —Fastidiada gruñó. Su marido se echó a reír a carcajadas. —¿No tiene gracia!

—Tú sí que te pones celosa todavía.

—No. —Levantó la barbilla orgullosa.

—¡Ja! Sé que controlas a mi secretaria llamando a Milly.

Se puso como un tomate haciéndole reír de nuevo. —¡Es que es muy mona!

—¿No me digas? —La volvió tumbándola sobre la cama y la besó en el cuello haciéndole cosquillas. Se estaba riendo cuando David se apartó. —No me has dado mi regalo.

—Tienes que abrirlo por la mañana —susurró abrazando su cuello—. Ahora ámame.

—Siempre, nena. Te amaré siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Huir del amor” o “Vuelve”. Próximamente publicará “Por orgullo” y “Las pruebas del amor”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa historias para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.